

aurora

VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA

Año 2020 • N° 3 • Distribución gratuita

**EL FUTURO
ES AHORA**



JESUITAS
CONFERENCIA DE PROVINCIALES EN
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE - CPAL

Coordinador aurora
Roberto Jaramillo S.J.

Responsabilidad Editorial
**Conferencia de Provinciales en
América Latina y El Caribe (CPAL)**

Producción Editorial
**abediciones de la Universidad
Católica Andrés Bello
Caracas-Venezuela**

Corrección de textos
Maritza Barrios

Diseño Gráfico
Isabel Valdivieso

Colaboradores
**Yolanda González Cerdeira
Kenia María Gutiérrez Gómez
Federico Carrasquilla
Rosa Cañete Alonso
Jorge Cela Carvajal S.J.
Karina Fonseca Vindas
Carlos Duarte
Karem Paredes
Tony Mifsud S.J.
Camila Yáñez M.
Matthew Ippel, S.J.
Inés Aray
Eva Boyle Bianchi**

Dirección de la CPAL
**Ave. Fulgencio Valdez 780,
Distrito Breña, Lima 5 - Perú**

Visite nuestra página en la WEB
www.jesuitas.lat

aurora es una publicación digital de
la Conferencia de Provinciales en
América Latina y el Caribe-CPAL

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	
Yolanda González Cerdeira	3
1. Testimonio: cómo vivimos en Nicaragua el doble virus de la dictadura y del COVID-19 Kenia María Gutiérrez Gómez	5
2. Lectura de fe de la pandemia ocasionada por el COVID 19 Federico Carrasquilla.....	9
3. Las desigualdades de género en el centro de la solución a la pandemia del COVID-19 y sus crisis en América Latina y el Caribe Rosa Cañete Alonso.....	19
4. Mas aprendizajes Jorge Cela Carvajal S.J.....	29
5. Desaprender y reaprender para el cuidado de la vida Karina Fonseca Vindas.....	31
6. Ruralidad global y COVID-19 Carlos Duarte.....	35
7. Las juventudes activas para... <i>el día después de mañana</i> Karem Paredes.....	43
8. Bendita Pandemia Tony Mifsud S.J.	47
9. La abolición del cuerpo en tiempos digitales Camila Yáñez M.....	51
10. ¿Por qué permanezco en mi misión en África durante la pandemia del COVID-19? Matthew Ippel, S.J.....	53
11. Las que cuidan deben ser cuidadas Una reflexión situada sobre las desigualdades de género en el contexto del COVID- 19 Inés Aray	67
12. Retomar la vida después de la pandemia Eva Boyle Bianchi.....	63

Este tercer número de **aurora** viene cargado de futuro. Cargado de voces y rostros de jóvenes, de mujeres, de campesinas que sufren esta pandemia y que no quieren volver a la normalidad que el COVID-19 develó con crueldad; todas esas personas nos animan y dan pistas para que soñemos y construyamos una nueva normalidad latinoamericana digna, justa e incluyente. No nos dicen que el camino es fácil, pero sí que merece la pena.

En estos tiempos, los invisibles se hacen visibles. Los colectivos más empobrecidos y afectados por la crisis son quienes nos están ayudando a salir de ella, o al menos a mitigar su impacto. El campesinado y pequeños productores rurales, eternos olvidados de las políticas de desarrollo en el continente, siguen cultivando los alimentos esenciales que ahora valoramos más que nunca. Las capacidades y el trabajo de cuidado de las mujeres —infravalorados cotidianamente— se revelan imprescindibles para sostener los precarios sistemas de salud, la sobrevivencia de las familias y el impulso de las redes de solidaridad. También se hace visible la juventud y su fuerza motora y rebelde, los hombres y mujeres que luchan contra Estados y políticas autoritarias, y las personas para las que no funciona el “quédate en casa” y buscan como sobrevivir de manera honesta, entre muchos otros.

La normalidad que sueñan los autores y los protagonistas de este nuevo número de **aurora** nos habla de la cultura del encuentro, de lo colectivo, de redefinir las prioridades y de quiénes son los realmente imprescindibles. Para construir esta nueva normalidad -nos dicen- debemos ser a la vez valientes y humildes, y reaprender a cuidar la vida. Si queremos caminar hacia un nuevo futuro debemos -personal, comunitaria, eclesialmente- fortalecer nuestra opción por los pobres, estar abiertos a las nuevas realidades, renunciar a los privilegios y promover nuevas relaciones entre hombres y mujeres.

Como bien rapea la cantante chilena Anita Tijoux, a quien encontrarán en medio de estas páginas: *“con las ganas y el aliento, con cenizas, con el fuego del presente, con recuerdo, con certeza y con desgarró, con el objetivo claro, con memoria y con la historia... el futuro es ahora”*.

Yolanda González Cerdeira
Área de investigación-Derechos Humanos
ERIC-Radio Progreso, Honduras

EL FUTURO ES AHORA

PRESENTACIÓN

aurora
VOCES JESUITAS SOBRE LA PANDEMIA

TESTIMONIO: CÓMO VIVIMOS EN NICARAGUA EL DOBLE VIRUS DE LA DICTADURA Y DEL COVID-19

aurora • año 2020 • N° 3

4

Auto presentación: Tuve la dicha de nacer y crecer en una familia maravillosa. Tuve una infancia linda. De niña no fui a la escuela, pero vivía feliz en una finca. No había luz eléctrica ni televisor, pero jugaba con mis hermanos en el enorme patio. Le preguntaba a mi madre cómo se escribían ciertas palabras y fue así como aprendí a leer sin ir a la escuela. Adoraba montar a caballo e ir a pastorear las vacas con mi padre y mis hermanos. Siempre he dicho que Dios me dio a los mejores padres y los mejores hermanos del mundo. Fui a una escuela cuando tenía 16 años y estudié la primaria, la secundaria y, en la universidad, hasta tercer año de derecho. Soy madre soltera de dos hijos. En mi historia veo reflejada las de otras muchas, miles de mujeres de mi país y del mundo entero.

Kenia María Gutiérrez Gómez

Introducción.

La dictadura Ortega-Murillo con sus discursos y represión han dejado claro que no está dispuesta a dejar el poder. Tampoco dan señales de cambiar su manejo “errático” ante la pandemia del Covid 19. El 6 de abril, la prestigiosa revista británica “the Lancet” publicó un informe sobre la situación sanitaria de Nicaragua en la que afirmaban que “la respuesta del gobierno nicaragüense a la pandemia ha sido, hasta la fecha, quizás la más errática de los de cualquier otro país del mundo”. La pareja dictatorial, desde la arrogancia del poder absoluto, continúa reprimiendo a la mayoría de la población que se rebeló en abril del 2018, mientras su actitud ante la pandemia es de negación y de negligencia criminal. Ambas pandemias (Ortega-Murillo y Covid -19) implican más sufrimiento para el pueblo nicaragüense que ya empieza a morir en los parques y mercados.

Nací el 17 de febrero de 1982, en una comarca llamada El Ensayo, en Nicaragua, Departamento de Chinandega, en la finca los Limones. Mi padre y mi madre tienen raíces campesinas, siempre han trabajado la tierra. Mi madre, como la mayoría de las mujeres del campo, mujeres de mucho valor, me dio a luz en la finca.

Nací cuando en mi país ya estaba entablada la dictadura sandinista de Daniel Ortega, que empezó en 1979. Los abusos de su gobierno provocaron una guerra civil que duró nueve años, en la que murieron más de 50 mil personas. Familias enteras fueron asesinadas por oponerse a sus abusos. Miles de mujeres fueron abusadas sexualmente por los grupos armados del gobierno. Yo creo que un 70 por ciento de los asesinados y de las mujeres abusadas sexualmente eran campesinos.

Mis padres, Juan Gutiérrez y Leonila Gómez, por oponerse al gobierno dictatorial, fueron desalojados de sus tierras en 1984, cuando yo tenía dos años. En la guerra, que terminó hasta 1990, mi madre perdió a dos de sus hermanos.

Pero, aunque la guerra terminó con las elecciones que pusieron fin a la dictadura de Daniel Ortega, los asesinatos selectivos de los campesinos que habían luchado en la guerra contra la dictadura continuaron. El Ejército sandinista, que quedó en pie, los mataba. En 1998, cuando yo tenía catorce años, volvimos a vivir el miedo de que el sandinismo, con la misma persona, con Daniel Ortega, regresara al gobierno. Gracias a Dios que lo impidió.

Al cumplir 18 años, empecé a participar en las campañas electorales como activista, junto a mi hermano Álvaro Gómez. Todo lo que queríamos era que el sandinismo no volviera a gobernar en nuestro país, para que no se repitiera esa noche oscura que había traído tanto sufrimiento, luto y dolor.

Tristemente, en 2007 volvió Daniel Ortega al gobierno. Nunca me expliqué cómo era posible que volviera a ganar elecciones, cómo era posible que la gente confiara en él, que muchos hasta dijeran que él ya había cambiado. No lo pude comprender, hasta hoy no lo puedo aceptar. Cómo puede ser posible que muchos hayan olvidado a tantos miles de asesinados en la guerra de los años 80. Cómo olvidaron la llamada “Navidad Roja” en la Costa Caribe, donde los sandinistas asesinaron a tantos miskitos para robarles sus tierras.

Desde 2007 y durante años, siguieron los asesinatos selectivos de campesinos, los abusos de la Policía y del Ejército en el campo. Y la gente en el resto del país no reaccionaba. La indiferencia de gran cantidad de gente en mi país me dolía mucho.

Desde aquel año 2007, trate de sobrellevar mi vida, temiendo siempre que la historia se iba a repetir. En el año 2013 surgió, en el sur de Nicaragua, no en la zona en donde yo vivía, el Movimiento Campesino, que reclamaba contra la ley canalera, la Ley 840, hecha para expropiar a campesinos de sus tierras en diferentes zonas del país, con el pretexto, o con la pretensión, o con la mentira del gobierno dictatorial de Ortega, de construir un Canal Interoceánico por Nicaragua.



Los campesinos de la zona por donde iba a abrirse ese canal se organizaron y empezaron su lucha por la defensa de sus tierras. Pero la mayoría del pueblo de Nicaragua fue indiferente ante la lucha del campesinado. Yo no. El Movimiento Campesino me dio esperanzas. Y con mi hermano Álvaro creamos una página en Facebook con el nombre de “Chinandega contra el Canal Interoceánico” y empezamos a publicar apoyo a los campesinos. Algunas personas nos decían que por qué tanta bulla, si a Chinandega no le afectaba en nada el Canal, porque por Chinandega no iba a pasar...

En abril de 2018, la indiferencia del pueblo empezó a cambiar. Cuando el incendio de la Reserva Indio-Maíz, los estudiantes universitarios salieron a protestar ante la negligencia del régimen para lograr calmar el incendio. Días después, fueron las protestas de la juventud universitaria, en defensa de los ancianos pensionados, por las injustas reformas que la dictadura le hizo al Seguro Social.

Los campesinos no dudamos en sumarnos a esa protesta, al ver todos los abusos de los policías y las turbas sandinistas contra los ancianos y jóvenes que protestaron. El Movimiento Campesino se unió también a las protestas de los universitarios. El Movimiento Campesino, que llevaba cinco años luchando por los derechos humanos y constitucionales, se involucró de lleno en la lucha de todos. Desde entonces, y en medio de las protestas que se levantaban en todo el país, se ganó la simpatía del pueblo de Nicaragua y hoy es esperanza para muchos miles de nicaragüenses.

Yo soy miembro del Movimiento Campesino. Sentimos una responsabilidad enorme y un compromiso moral con el pueblo de Nicaragua. Estamos en esta lucha por amor a nuestro país. Y en esta lucha la Iglesia católica nos ha apoyado como organización, con consejos de sus pastores que nos llenan de esperanza y de fortaleza.

En 2018, y con nueva fuerza, empezó de nuevo mi lucha contra la dictadura sandinista. Nos organizamos en grupos, formamos movimientos, creamos páginas en las redes sociales evidenciando todos los abusos que habían hecho durante años. En mayo de 2018, fanáticos del gobierno robaron en mi negocio, mi familia y yo estábamos siendo amenazados en las redes sociales. Los fanáticos del régimen publicaban fotos de mis hijos y mías, con amenazas e insultos.

Finalmente, el 25 de agosto de 2018 fui apresada por la policía sandinista. No lo podía creer, nunca imaginé que por protestar cívicamente iría a la cárcel. Primero me llevaron a la estación de policía de Chinandega y enseguida me trasladaron a Managua, a la cárcel El Chipote, utilizada como cárcel de torturas y aislamiento desde la época de Somoza. Dos días antes, el 23 de agosto, había participado en una marcha cívica

de protesta. Al terminar la marcha, paramilitares armados nos encañonaron a varias con sus armas. Una amiga me gritó: “¡Hagamos algo!”. Yo salí corriendo y le dije: “¡Tengo miedo, prefiero que me peguen un tiro y morir que ir a El Chipote!”

De eso me acordaba cuando los policías me trasladaban a El Chipote. Mi miedo era terrible. Pedí a Dios que me diera fuerzas para resistir cualquier cosa. Al llegar traté de estar calmada y no demostrar el miedo que sentía. Unas dos horas después me llevaron a una sala de interrogación, donde fui sometida a todo tipo de torturas físicas y psicológicas. Luego me llevaron a una celda, la número 37, en donde permanecí 48 días.

Allí sufrí los peores horrores que jamás imaginé. Nunca pensé que la maldad de algunas personas no tiene límites. A los 39 días de estar en la cárcel recibí la primera visita familiar. Unos días antes mi hijo mayor cumplía años. Y les pedí, por favor, que me dieran el derecho a una llamada. Quería felicitarlo y decirle cuánto los amaba a él y a su hermanito, pero me dijeron que no tenía derecho a nada.

En la cárcel El Chipote tuve el gusto de conocer a muchas mujeres valientes que, al igual que yo, luchaban por la democracia y la libertad de Nicaragua. A muchas las tenían algunas horas y las dejaban ir después de maltratarlas y amenazarlas. A otras las tenían allí dos, tres, cinco, siete días y las dejaban ir, después de maltratarlas y amenazarlas y de abusar de ellas sexualmente. Otras éramos procesadas judicialmente y trasladadas a la cárcel de mujeres La Esperanza.

Durante días esperaba o ser liberada o ser procesada. A los 46 días de mi apresamiento me presentaron ante el juez y me hicieron un proceso ilegal de principio a fin. El 12 de octubre de 2018 fui trasladada a la cárcel La Esperanza, donde estuve hasta el 20 de mayo de 2019. Hasta hoy soy la presa AJ.145 de El Chipote. En La Esperanza encontré a otras mujeres, igual que yo, prisioneras políticas. Todas fuimos sometidas a muchos abusos y a muchas injusticias. También nuestros familiares.

Salí de la cárcel llena de temores y de inseguridades, pero con la meta de continuar en la lucha por nuestros derechos y libertades. Enseguida empezaron de nuevo las amenazas, a mis hijos, a mi hermano y

a mí. Tuve que irme de mi casa para no arriesgar a mi familia, para poder continuar en esta lucha. No ha sido nada fácil tener que vivir escondida y cambiando de lugar todo el tiempo, con el temor de volver a ser encarcelada o de ser asesinada. Pero siento que tengo mi frente en alto y mi corazón lleno de amor y de esperanza, y sigo confiando que los nicaragüenses vamos a ser libres muy pronto.

Aun no puedo creer que mi vida cambió tanto desde 2018, que la vida de mi familia ha cambiado tanto. A veces me despierto por las noches y siento tristeza al ver el techo... porque no es el techo de mi casa, porque no estoy con mis hijos. Muchos kilómetros de distancia nos separan y también nos separa este régimen dictatorial, que sigue ahí.

En muchas ocasiones quiero ir a mi casa y estar con mi familia, pero mi hermano se encarga de recordarme que no debo hacerlo, que nuestras vidas cambiaron. Extraño mi vida de antes, cuando mi tarea era trabajar y cuidar de mis hijos. Recuerdo lo que hacía, cosas valiosas que no tienen precio... poderles cocinar la comida, ayudarlos en sus tareas escolares, salir de compras con ellos y llevarlos a comer un helado, jugar con ellos... y hasta regañarlos de vez en cuando. Extraño los fines de semana, cuando iba a la finca con mis hijos a ver a mis padres y a almorzar con ellos una sopa de res o de gallina india. Extraño correr en moto y sentir el aire en mi rostro, sentir como el viento movía los rizos de mi cabello. Extraño esa libertad.

Es difícil aceptar que mi vida cambió tanto por los intereses personales y la ambición desmedida de unas cuantas personas que nos desgobiernan. Tengo aún grabado en mi mente el rostro de miedo y de terror de cada mujer que llegaba a El Chipote. Aún escucho su llanto y siento su desesperación cuando pensaban en sus familiares.

Hoy todavía decenas de presos políticos están en esas cárceles inmundas, sufriendo torturas de todo tipo y expuestos a contagiarse del COVID-19. Como excarcelada política no puedo dejar de pensar en mis hermanos presos injustamente, indefensos. Me duele pensar que pueden morir de este virus o asesinados a manos de los fanáticos que trabajan en los penales, como le ocurrió a don Eddy Montes.

Hoy, cuando aquí apenas empieza a atacar el virus, duele en el alma ver como cada día sacan videos, en las redes sociales y en los medios de comunicación, de personas que van falleciendo por el virus. Y no se les informa nada a sus familias, que ya no pudieron despedirse de ellos, ni velarlos como corresponde, ni llevarlos a la iglesia para hacerles una misa, ni a enterrarlos con mariachis.

Cargo con muchas noches de insomnios, muchas noches de pesadillas, con mucho dolor en mi alma y en mi corazón. Pero me consuela el hecho de estar viva y de tener a mi familia. Porque muchos murieron y muchos perdieron a sus familiares asesinados por este régimen criminal.

Hoy todavía decenas de presos políticos están en esas cárceles inmundas, sufriendo torturas de todo tipo y expuestos a contagiarse del COVID-19. Como excarcelada política no puedo dejar

de pensar en mis hermanos presos injustamente, indefensos. Me duele pensar que pueden morir de este virus o asesinados a manos de los fanáticos que trabajan en los penales, como le ocurrió a don Eddy Montes.

Hoy, en Nicaragua, como en todo el mundo, estamos enfrentando una pandemia que ha matado a miles de personas. Nicaragua está enfrentando esta crisis sin dirección. El inconstitucional presidente de Nicaragua no ha sido capaz de llamar a una cuarentena ni ha hecho llamados a la gente para que se cuide y tome precauciones. Todo lo contrario, llama a sus seguidores a participar en concentraciones masivas, marchas o actividades inventadas, que aglomeran a las personas y aparentan que en nuestro país todo está normal.

En Nicaragua, las mujeres han luchado organizadas desde antes de abril de 2018, desde hace muchos años, por sus derechos y por los derechos de todos. Hoy, además de seguir resistiendo a la dictadura criminal y asesina de Daniel Ortega, sufrimos el doble pensando qué les hará este virus mortal a nuestros hijos, a nuestros padres y hermanos, a nosotras, a todos los nicaragüenses. Médicos y enfermeras también están corriendo hoy un gran peligro por la irresponsabilidad y la crueldad de este régimen. Seguimos orando, pidiéndole a Dios nos dé fuerzas para resistir y para mantener viva la esperanza de que pronto lograremos nuestra libertad.

Hoy, cuando aquí apenas empieza a atacar el virus, duele en el alma ver como cada día sacan videos, en las redes sociales y en los medios de comunicación, de personas que van falleciendo por el virus. Y no se les informa nada a sus familias, que ya no pudieron despedirse de ellos, ni velarlos como corresponde, ni llevarlos a la iglesia para hacerles una misa, ni a enterrarlos con mariachis.

Los familiares reciben a sus fallecidos en un ataúd sellado. Esto nos hace recordar la guerra de los años 80, cuando durante la primera dictadura de Daniel Ortega, entregaban a nuestros familiares en ataúdes sellados y les prohibían a sus familiares abrirlos. En mi caso, tengo mucho miedo por mi familia, por mis hijos, por mis padres ya ancianos, por mis hermanos, por mis amistades, por todos los nicaragüenses.

Dios mío, hasta cuándo... El régimen dictatorial y ahora el COVID-19 ¿van a acabar con nuestro país, con nuestra gente? Dios mío, hasta cuándo... Porque en el campo, el Ejército y los paramilitares siguen asesinando campesinos, nos siguen intimidando. Hay testimonios de estos asesinatos, testimonios de madres y padres de niñas abusadas sexualmente por gente del Ejército. En el campo las personas viven aterradas, no tienen valor de salir en público para denunciar lo que están sufriendo, porque son amenazadas de muerte por el mismo Ejército si denuncian. Las niñas y las mujeres abusadas sexualmente saben que no serán atendidas en los hospitales ni tratadas psicológicamente. Están forzadas a callar y a seguir con sus vidas... Dios mío, hasta cuándo...

Mientras escribo todo esto no puedo evitar las lágrimas. Porque me duele tanto ver que los nicaragüenses vivimos y sufrimos el doble, por el virus y porque vivimos en un estado de terror y en una total indefensión. Y sigo llorando.

Dios mío, hasta cuándo... El régimen dictatorial y ahora el COVID-19 ¿van a acabar con nuestro país, con nuestra gente? Dios mío, hasta cuándo... Porque en el campo, el Ejército y los paramilitares siguen asesinando campesinos, nos siguen intimidando. Hay testimonios de estos asesinatos, testimonios de madres y padres de niñas abusadas sexualmente por gente del Ejército

Lectura de fe de la pandemia ocasionada por el **COVID 19**

Federico Carrasquilla, Pbro.¹

9

La mayor parte de los que han reflexionado sobre esta pandemia dicen que ha llegado el momento de hacer “un alto en el camino” para reflexionar sobre lo que nos ha pasado, porque afirman que ya tenemos todos los elementos para comprenderla; que solo queda por aclarar su origen, pero que ya sabemos con qué contar para recomenzar, porque “el mundo ya no es ni será el mismo”.

Les propongo ahora “hacer una lectura de fe” de lo que nos ha pasado, para comprender mejor lo que vivimos e ir construyendo desde ahora el mundo del futuro. Esta reflexión tendrá tres puntos: de qué realidad se trata, lectura de esta realidad y lectura de fe de esta realidad.

1. De qué realidad se trata

Se trata de una realidad de “muerte” no sólo por el número de decesos que ocasiona (muy inferior al de otras epidemias y a los decesos producidos por el hambre, la violencia, el dengue, etc.), sino que está marcada por dos circunstancias que le son propias: el contagio es rápido y tan universal a tal punto que, en este momento, puede decirse casi que toda la humanidad está infectada; y por otro lado, se caracteriza por la repercusión económica que la acompaña: ha quebrado, o por lo menos modificado, todas las previsiones económicas de los países donde ha llegado. La conciencia de esto tiene que permanecer siempre como tela de fondo de toda reflexión que se haga sobre esta pandemia.

1 Sacerdote Diocesano, más de 50 años viviendo y transformando vidas en los sectores populares de Medellín. Colombia. Artículo fechado 05/2020

Pues bien, lo que más me ha impresionado de lo que he podido leer sobre COVID 19 es que el 80% de los comentarios procuran buscar lo que nos revela y nos enseña esta pandemia, mientras pocos se aprovechan de la situación para atacar, culpabilizar, hacer pasar una ideología o buscar las causas de origen de lo que está pasando

2. Lectura de esta realidad

Hay dos maneras de acercarnos a la realidad: una “para juzgarla, medirla con normas o entenderla y comprenderla desde unas doctrinas”, la otra es hacerlo para aprender de ella, para descubrir el mensaje que encierra. Las dos son válidas pero tienen finalidades totalmente distintas¹.

Pues bien, lo que más me ha impresionado de lo que he podido leer sobre COVID 19 es que el 80% de los comentarios procuran buscar lo que nos revela y nos enseña esta pandemia, mientras pocos se aprovechan de la situación para atacar, culpabilizar, hacer pasar una ideología o buscar las causas de origen de lo que está pasando. En ese sentido podemos decir que la lectura de la realidad nos deja cinco enseñanzas o convicciones que pueden (o deben) cambiar nuestra manera de pensar y de actuar; enseñanzas que son un reto para construir una nueva humanidad, a pesar de ser un hecho de muerte. Estas cinco convicciones o enseñanzas son las siguientes: i) Todas las seguridades -de todo tipo- se nos fueron al piso. Somos seres esencialmente frágiles. ii) Este mundo es de todos y para todos. Todos somos iguales, pero diferentes. iii) El valor primero y fundamental que tenemos que defender y hacer crecer es la vida humana. iv) La naturaleza -el planeta- es la Casa Común que tenemos que cuidar y poner al servicio de la vida humana de todos. v) La esencia de nuestro ser como ser humanos y lo que nos da la felicidad auténtica es la relación con los otros. Nuestra esencia humana no es ser racionales (Aristóteles) sino relacionales (E. Lévinas)

2.1. Todas las seguridades, de todo tipo, se nos fueron al piso. Somos seres esencialmente frágiles

Edgar Morin expresa bien este sentimiento en un pequeño escrito de abril del 2020 titulado *Un festival D’Incertitudes*:

Todas las certezas del siglo XX que profetizaban el futuro a partir de las corrientes del presente, se derrumbaron...la irrupción de lo imprevisto en la historia no había penetrado en sus consciencias. Ciertamente, la llegada de lo imprevisible era previsible pero no de esta manera. De allí mi máxima permanente: espera siempre lo inesperado... Me considero de esas personas que habían previsto las catástrofes en cadena que podían surgir tanto del desbordamiento tecnológico como de las provocadas por la degradación de la biosfera, pero nunca había previsto la catástrofe viral. (pág.1)

El COVID 19 tumbó todas nuestras seguridades, aquello en que la humanidad había ido poniendo cada vez más su confianza: la ciencia, la técnica, el poder; y con ello el dinero, el control, la riqueza; todo se ha ido al suelo. El reto que tenemos hoy está en que, como en la vida no podemos prescindir de seguridades, estamos invitados a generar un modo de vida y crear una manera de actuar que nos permitan no caer en el pánico o la angustia, sin por ello ocultar lo grave y letal de esta situación.

El COVID 19 tumbó todas nuestras seguridades, aquello en que la humanidad había ido poniendo cada vez más su confianza: la ciencia, la técnica, el poder; y con ello el dinero, el control, la riqueza; todo se ha ido al suelo. El reto que tenemos hoy está en que, como en la vida no podemos prescindir de seguridades, estamos invitados a generar un modo de vida y crear una manera de actuar que nos permitan no caer en el pánico o la angustia, sin por ello ocultar lo grave y letal de esta situación.

¹ “Hacer lectura de la realidad es acercarse a la realidad no para juzgarla sino para aprender de ella, para descubrir y elaborar el mensaje que encierra” (M. Eliade)

2.2. *Este mundo es de todos y para todos. Todos somos iguales, pero diferentes*

EL COVID-19 golpea por igual a ricos y pobres, a intelectuales e ignorantes, a gente de clase alta y a habitantes de la calle; a pobladores de una aldea perdida en el África y a gobernantes de las grandes potencias europeas. Es una verdad que la sabíamos intelectualmente, pero el COVID-19 nos lo ha hecho sentir muy concretamente. Pero lo más significativo es que el COVID-19 nos mostró que el ser iguales no anula las diferencias; a cada persona le cae según su organismo. Esta realidad creó de inmediato una consciencia de universalidad: de que este mundo es de todos, que lo que pareciera ser sólo de uno tiene que ver con todos. Y eso se expresó, de una manera concreta, en la extraordinaria solidaridad que ha suscitado, en todos los grupos sociales y entre todas las naciones, buscando favorecer a los más pobres.

Es ahí donde está el reto mayor: hacer que esta solidaridad no sea algo pasajero, sino que se convierta en “ley de vida” y se viva no solamente “en favor de los más pobres y vulnerables” sino sobre todo “desde los más pobres y vulnerables”; que se construya no desde arriba sino desde abajo. El riesgo de la solidaridad es que sigamos tratando a los más pobres y débiles como objeto de nuestra solidaridad y no busquemos al mismo tiempo que ellos se hagan sujetos de su propia vida y solidarios con los que los rodean.

No basta que busquemos favorecer a los más pobres. Es preciso que las acciones las hagamos desde y con los más pobres y débiles, porque lo que tenemos que repartir no es la riqueza sino la responsabilidad de la pobreza de los pobres. El mundo no será para todos mientras no miremos la pobreza de los otros como algo nuestro: algo que tenemos que repartir -responsablemente- entre todos.

2.3. *El valor primero y fundamental que tenemos que defender y hacer crecer es la vida humana*

El COVID destapó fuertemente la crisis sanitaria. Mientras que al mundo le importaban más otros valores como los del poder, del tener y del saber que la misma vida humana, llegó el virus y con él enfermedad/debilidad universal, y encontró a todos los países

sin suficiencia sanitaria. Lo que importaba era consumir y no crecer según los valores auténticamente humanos.

Dos situaciones producidas por el COVID-19 nos los lo muestran trágicamente. La primera es la caída de los países que daban la primacía a proyectos de guerra sobre proyectos educativos, de salud, de solidaridad. De un día para otro todo este poderío se fue al suelo. Las imágenes de grandes ciudades del mundo y sus avenidas suntuosas completamente solas muestran que esos valores no resisten la fuerza de un microscópico virus. La segunda situación, más fuerte quizás, tiene que ver con el valor que de un momento a otro adquirieron cantidad de gestos y actitudes que no habíamos valorado: los pequeños gestos familiares, el servicio que nos prestan personas sencillas como recicladores, barrenderos, personal de servicios básicos en la cocina, en la portería, en los arreglos de casa, el trabajo de todos los que hacen los servicios de salud, los transportadores, los encargados de nuestra seguridad en todas partes, etc.

El reto es, entonces, hacer de la vida el criterio que busquemos a través de todos nuestros proyectos y opciones personales, como sociedad y como Estado. Evidentemente eso no se puede hacer por decreto; “el mundo nuevo se construye desde abajo”, todos podemos y tenemos que ayudar a construir un futuro diferente.

2.4. *La naturaleza -el planeta- es nuestra casa común que tenemos que cuidar y poner al servicio de la vida humana de todos.*

Desde hace algunos años el tema de la Ecología había surgido como algo primordial en la manera como estamos “tratando” el planeta. Hasta los científicos habían hecho predicciones trágicas. Pero vino el CO-

El COVID destapó fuertemente la crisis sanitaria. Mientras que al mundo le importaban más otros valores como los del poder, del tener y del saber que la misma vida humana, llegó el virus y con él enfermedad/debilidad universal, y encontró a todos los países sin suficiencia sanitaria. Lo que importaba era consumir y no crecer según los valores auténticamente humanos.

VID-19 y nos mostró que no eran solo apreciaciones, sino realidad. En pocas semanas vimos como el aire, el agua, los animales, las plantas, las montañas tomaban otro aspecto y que la destrucción causada por el hombre es real.

No se trataba de dictar leyes o decretos sino de cambiar nuestra mirada y nuestra actitud frente a la naturaleza y el planeta. Como decía un escritor colombiano comentando las tímidas medidas ecológicas del gobierno: “comprendamos al menos que no fuimos nosotros los que hicimos el planeta sino que somos sus invitados; que esta casa común es para embellecerla, no para destruirla; que nuestra tarea es hacer de la naturaleza que nos prestaron (no nos la vendieron o regalaron) un mundo más agradable y habitable para todos; que las riquezas naturales no son de nadie, ni siquiera del Estado sino de todos; y que debían servirnos para que todos fuéramos más humanos.” (William Ospina).

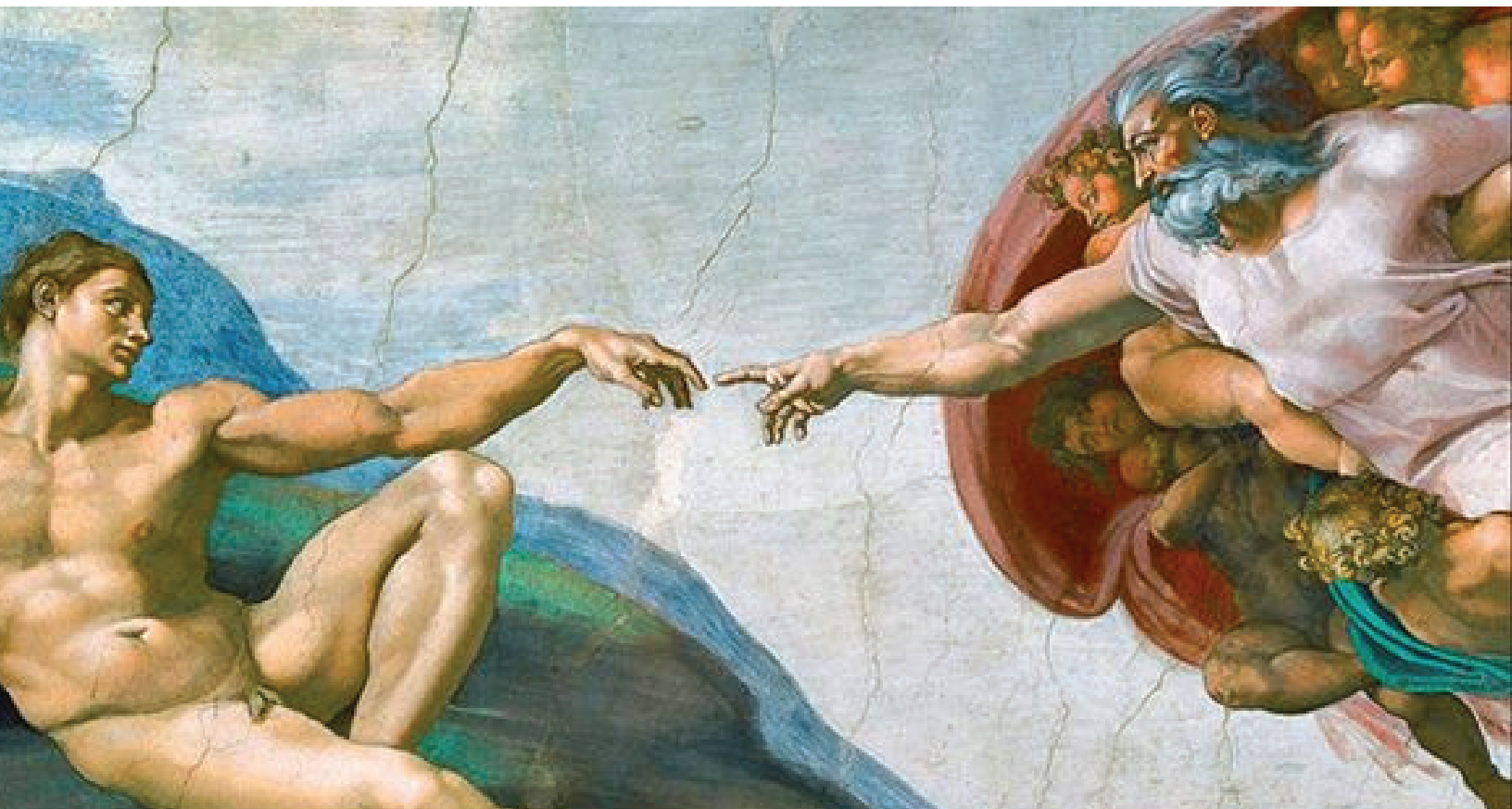
Por eso nuestro reto está, ante todo, en cambiar la mirada e ir construyendo -tanto en el plano personal como social- prácticas (y también normativas y leyes) que respeten y reconozcan el valor de nuestra Casa Común.

2.5. *La esencia de nuestro ser humano y lo que nos da la felicidad auténtica es la relación con los otros. Nuestra esencia como seres humanos no es ser racionales (Aristóteles) sino seres relacionales (Lévinas)*

Creo que este es el aporte más importante y el que le da, en último término, valor a todos los otros. Y este es el valor (dentro de todas las críticas que se le puedan hacer) de la cuarentena que la OMS propuso como medida para enfrentar la pandemia.

Lo típico de esta pandemia -lo decíamos arriba- es su capacidad de contagio; en pocas horas toda una multitud puede contagiarse. Y a través de la cuarentena hemos descubierto que más importante que nuestra salud, es la salud del otro. Nos hemos convencido de que, si el otro está bien, nosotros podemos estar seguros. Se nos ha repetido hasta la saciedad que son necesarios “los protocolos” en nombre del bienestar de todos, especialmente los que están más cerca de nosotros. “No salga de su casa”; “hágalo no por las sanciones sino por los demás, por los suyos”.

Así, en términos antropológicos descubrimos de una manera “brutal” que yo (nosotros) no puedo (podemos) ser nosotros sin los demás. Y luego, en la vivencia de la cuarentena, pudimos comprender que nuestra



¿Cuál es entonces el reto que nos plantea el COVID? Aprender a relacionarnos con los otros, aprender a amar (¡que no es un asunto innato!), aprender a enfrentar los conflictos (sin enfrentarse los que se relacionan) y hacer de esos momentos oportunidades de crecimiento en las relaciones y no de destrucción de las personas. De esto es de lo que no hemos caído en cuenta: todo lo relacional y lo afectivo lo tenemos que aprender, de la misma manera que lo racional y los conocimientos los tenemos que aprender. Solo que es otro tipo de aprendizaje (no es como el aprendizaje intelectual), pues tiene otras reglas y genera otras actitudes.

que “toda relación es conflictiva” (de ahí el aumento de la violencia intrafamiliar), y que lo que se opone a la relación no es el conflicto sino el individualismo y la falta de comunicación. Lo primero, lo positivo, lo expresaba poéticamente el premio nobel mexicano de literatura Octavio Paz: *“Para ser yo / he de ser otro. / Salir de mi buscándome en los otros/ los otros que no son si yo no existo / los otros que me dan plena existencia”* Lo segundo, lo negativo, lo expresan también gráficamente dos grandes escritores franceses: “el infierno son los otros” (J. P. Sartre) y “el infierno es no poder amar” (G. Bernanos).

La cuarentena nos ha permitido descubrir que no es el saber, el poder, el tener lo que nos hace personas, sino el amar; y que sólo amando a los otros es como nos hacemos personas, porque sólo amando a los otros (concretos, los prójimos - los próximos) somos nosotros mismos.

felicidad estaba precisamente en vivir en armonía con los demás, en la buena relación con los otros. Esto nos hizo caer en la cuenta de algo que, desde la década del 60, los más grandes pensadores de Occidente nos venían repitiendo: que nuestra esencia y valor de ser humanos no está en la razón sino en la relación. Y toda relación entre personas solo es posible en el amor. La esencia del ser humano está en el AMOR.

Al mismo tiempo, y paradójicamente, la cuarentena nos hace descubrir (también de manera bruta o “brutal”) lo que también se nos venía diciendo desde la década del 60:

¿Cuál es entonces el reto que nos plantea el COVID? Aprender a relacionarnos con los otros, aprender a amar (¡que no es un asunto innato!), aprender a enfrentar los conflictos (sin enfrentarse los que se relacionan) y hacer de esos momentos oportunidades de crecimiento en las relaciones y no de destrucción de las personas. De esto es de lo que no hemos caído en cuenta: todo lo relacional y lo afectivo lo tenemos que aprender, de la misma manera que lo racional y los conocimientos los tenemos que aprender. Solo que es otro tipo de aprendizaje (no es como el aprendizaje intelectual), pues tiene otras reglas y genera otras actitudes.

Todos los retos mencionados anteriormente tienen un valor de “Utopía”. No son para ponerlos en práctica sino para orientar e impulsar la práctica. Eduardo Galeano decía que “la utopía era como el horizonte: cuando uno llegaba, ya estaba lejos”. ¿Entonces, para qué sirve? Pues “para obligarnos a caminar” respondía.

3. Lectura de fe de esta realidad

La lectura de fe es una lectura que hacemos desde la experiencia de la fe. Esto significa que es necesario, primero, hacer una lectura con los elementos intelectuales y criterios ideológicos que nos da la cultura. Hasta ahí para nada interviene la fe cristiana. Pero una vez hecha esa interpretación/compreensión que llamamos lectura de la realidad, le damos el sentido que nos ofrece nuestra fe cristiana; le damos “un sentido al sentido” que hemos realizado con nuestros racionales.

El sentido que le damos a la realidad es el que surge de la fe en la persona de Jesús. Por eso hay que distinguir tres tipos de fe: i) la fe humana es la aceptación de unas doctrinas con base en la autoridad de la persona; ii) la fe religiosa va en la misma línea: es la aceptación de unas doctrinas basadas en la autoridad de Dios, y iii) la fe cristiana es todo lo contrario: es la acogida y el encuentro con la persona de Jesús y desde ahí aceptamos las doctrinas. Este fue el gran aporte de todo el magisterio de Benedicto XVI (cfr. *Deus caritas est*)

De ahí se siguen dos consecuencias que le dan un vuelco a nuestra práctica cristiana: la primera es que todo lo de Jesús es oferta, porque yo no puedo imponer la relación con una persona; y la segunda, es que

La realidad actual no sólo nos invita, sino que nos urge a organizar el mundo de otra manera. Y precisamente, eso es hacer presente el Reino de Dios, la realización del proyecto de Dios para la humanidad: un proyecto de fraternidad universal, “donde se vivan los valores auténticamente humanos, sin violencias ni dictaduras y construido desde los más pobres, los más vulnerables.” (Jon Sobrino)

el sentido que nos ofrece Jesús lo expresamos luego (en un segundo momento y de manera falible) en doctrinas y normas.

Por eso afirmamos que para hacer una lectura de fe cristiana es absolutamente necesario conocer la “Persona de Jesús” y hacer de su Persona no solamente un punto de referencia sino La “Clave” para comprender la realidad. Y a ese Jesús sólo se le conoce en la oración y el evangelio: la buena noticia para los pobres: “La Palabra se hizo carne y habitó entre nosotros” (Jn.1 ,14). “La Palabra se hizo carne para que la carne se hiciera Palabra” (G. Gutiérrez). Este es el punto más original de toda la propuesta religiosa de Jesús: solo hay encuentro con la Persona de Jesús en la realidad. Y aquí tenemos que añadir lo que decíamos en el punto anterior, algo que con mucha frecuencia hemos olvidado trágicamente en la espiritualidad latinoamericana: para decir que el Señor está en la vida es preciso que, de antemano, hayamos conocido a Jesús (por eso la importancia del anuncio). ¡Yo no puedo decir que esta o aquella pintura es de Botero o de Goya si no conozco primero el estilo de Botero y el estilo de Goya! Y solo conocemos a Jesús en la oración y el evangelio.

¿Cómo hacer esa lectura de fe de lo que vimos?, es decir: ¿qué le ofrece Jesús primero a la realidad de muerte que ha producido el COVID-19? y, luego, ¿que nos dice sobre las cinco enseñanzas o convicciones que nos deja como consecuencias?

3.1. *Frente a esta realidad de muerte, de caos, de sufrimiento, de incertidumbre, Jesús nos ofrece su presencia viva, portadora de paz y esperanza*

Tomemos como dirigidas a nosotros las palabras de Jesús a los discípulos antes de entregarse a la Pasión: “en el mundo tendrán que sufrir mucho, pero tengan coraje: Yo he vencido el mundo” (Jn.16,33) Y

antes de retirarse corporalmente de ellos: “Yo estaré con ustedes siempre hasta el final del mundo” (Mt. 28,20). Más cercana a nosotros podemos evocar la experiencia que nos narra Pablo cuando, después de unas revelaciones, escribe a los Corintios:

...para que la excelencia misma de esas revelaciones no me enorgulleciera, se me dio un aguijón de la carne (parece que era una enfermedad), un ángel de satanás encargado de golpearme para que no me enorgulleciera (sic). Por tres veces le rogué al Señor que me lo quitara. Pero Él me dijo: “mi gracia te basta porque mi poder obra en la debilidad”. Por eso me complazco en mis persecuciones, en mis debilidades, en mis angustias, en los ultrajes, en los desprecios. Porque mientras más débil soy, soy más fuerte. (2Cor,12,7)

Esto tiene para nosotros dos consecuencias muy fundamentales: la primera es una invitación firme a mirar la muerte sin dejarnos llevar del pánico y la angustia. Mirar la muerte como la miraba un sacerdote español que escribía semanas antes de morir: “*morir solo es morir / morir se acaba / morir es una hoguera fugitiva / es cruzar una puerta a la deriva / y encontrar lo que tanto se buscaba.*” (J. L. Martín Descalzo); y la segunda es descubrir en el dolor y el sufrimiento la presencia de Jesús: “Jesús no vino a explicar el dolor ni a suprimirlo sino a llenarlo de su presencia.” (Paul Claudel)

3.2. *Frente a esta experiencia de que todos somos iguales pero diferentes Jesús nos ofrece el Reino de Dios como su proyecto de sociedad*

La realidad actual no sólo nos invita, sino que nos urge a organizar el mundo de otra manera. Y precisamente, eso es hacer presente el Reino de Dios, la realización del proyecto de Dios para la humanidad: un proyecto de fraternidad universal, “donde se vivan los valores auténticamente humanos, sin violencias ni dictaduras y construido desde los más pobres, los más vulnerables.” (Jon Sobrino)

Este proyecto de sociedad ya lo está construyendo el Señor en medio de nosotros. Y por eso es absolutamente necesario que creamos en lo que decía Jesús a los discípulos: “el Reino de Dios está en medio de ustedes” (Lc.17,21). Hoy, en medio de esta pandemia,

Jesús está construyendo su Reino. Por otra parte, es necesario que humanicemos el Reino, es decir: que miremos que las propuestas de Jesús son para este mundo, para ya, para ahora; que es hoy (¡y no mañana!) cuando se nos invita a colaborar en su Reino y a vivir la vida humana en plenitud.

3.3. *Jesús le da a la vida humana un valor superior: la hace divina*

Cuando Jesús habla de dar vida, habla y valora la vida que él mismo escogió para llevar su vida humana y encarnarse: habla de la vida de los pobres de su tiempo. De hecho, desde el principio de su vida pública, a Jesús lo despreciaban por su origen social: por ser un carpintero - “de dónde le viene a éste esta sabiduría y estos milagros que se hacen por sus manos si este no es más que un carpintero” (Mc.6,1). Nació en el peor lugar donde podría nacer una persona y murió, también, de la peor manera que podría morir una persona en todos los tiempos.

Pero esta vida humana de Jesús es la vida de Dios, y por tanto le dio un valor superior: la hizo sagrada, hizo que esta vida nuestra se hiciera la vida de Dios. Sin embargo, a esta opción de Jesús por llevar una vida pobre como la de los pobres le hemos dado unos sentidos que no van en la línea de la encarnación. Decimos que la opción de Jesús por el pobre y la pobreza “fue por humildad” y otros han llegado inclusive a politizar esta opción divina. En realidad, el sentido de la pobreza de Jesús (que fue la pobreza de los pobres de su tiempo) surge de la Encarnación: Jesús, el Hijo de Dios, se hizo hombre para mostrarnos con su vida el modelo de vida humana que nosotros podíamos y debíamos vivir. Es decir: que la opción de Jesús por el pobre tiene un sentido humano, no sociopolítico ni ético. Jesús se hizo pobre como los pobres porque Él venía para todos, para situarse en un lugar donde todos lo podíamos encontrar. Y la vida pobre es la vida universal. Todos podemos ser pobres a la manera de Jesús.

Es la explicación que le dio el Padre Charles de Foucauld a la opción de Jesús por nacer y morir como pobre: “Jesús nació como los más pobres porque ahí lo podían encontrar todos: nació en un pesebre y los pastores, los más pobres de su tiempo, fueron los primeros en ir a verlo. Pero también fueron los Magos. Si hu-

biera nacido en un palacio los magos hubieran podido entrar, pero no los pastores. Y murió en una cruz, en el peor lugar donde una persona podría morir para que toda persona pudiera recibir, en la situación más dolorosa y degradante, la palabra consoladora y liberadora”.

Jesús nos mostró, entonces, con su vida, su acción y su muerte, que si queremos un mundo para todos, donde la vida sea considerada como el bien supremo al que hay que subordinar todos los otros valores, hay que construirlo no solo en favor de los más pobres, sino desde y con los más pobres, como ya lo decíamos arriba.

3.4. *Jesús nos propuso tener una mirada contemplativa de la naturaleza*

El COVID-19 puso al descubierto “el abismo” en que estábamos con nuestro comportamiento ante la naturaleza, sobre todo en lo referente al cambio climático. Una visión teológica y pastoral de esta relación de la humanidad con la naturaleza la expresó hace cinco años, de manera bellísima y profunda, el Papa Francisco, con la encíclica *Laudato Si*.

Situándonos ahora más bien en la manera como Jesús nos reveló, con su Palabra y su Práctica, su manera de vivir y de mirar la Casa Común, podemos resumirla en cuatro propuestas que le dan “un sentido al sentido” que le damos a nuestras reflexiones ecológicas. Jesús nos dice:

- **Aprendan de la naturaleza:** “miren los pájaros del cielo ...observen los lirios del campo” (Mt.6,26-28). No se sitúen como dueños, como amos sino como discípulos. Cambien su mirada mercantilista por una mirada gratuitamente contemplativa.
- **Sigan el ritmo de la naturaleza.** “Un hombre sembró la semilla y luego se fue a dormir... la semilla produjo la espiga y luego el grano”.

Jesús nos mostró, entonces, con su vida, su acción y su muerte, que si queremos un mundo para todos, donde la vida sea considerada como el bien supremo al que hay que subordinar todos los otros valores, hay que construirlo no solo en favor de los más pobres, sino desde y con los más pobres

Acepten que la vida se va desarrollando lentamente, que tenemos que creer en la acción de Dios que hoy está haciendo crecer el trigo en medio de tanta cizaña, en medio de todo lo que estamos viviendo de caótico y destructor.

- **Confíen que hay Alguien que se cuida de todos**, y que está más interesado por nosotros que nosotros mismos, igual que el pastor que se preocupa de la oveja que se perdió y las conoce por su nombre, o igual que la mujer que busca su moneda (Lc.15,4ss) sin descanso, hasta encontrarla.
- **Manténganse unidos a mi si quieren producir mucho fruto como la rama que saca la savia del tronco y encuentra ahí su vitalidad** (Jn.15,1). Que la clave de la eficacia de todo lo que hacemos por salir de esta situación no está solamente en la seriedad y responsabilidad que le estamos dando a la lucha contra el COVID-19, sino en la fuerza interior de un Dios Padre que está luchando con nosotros y nos asegura la eficacia de nuestros esfuerzos.

3.5. *Encontrar, en una relación personal con la persona de Jesús, el sentido humanizador y liberador de lo que hemos vivido en la cuarentena*

¿Cuál es la lectura de fe que le podemos hacer a la experiencia de la cuarentena? Esta experiencia ha sido única e inédita para todos en todo el mundo. Y a todos, y en todos los países, nos han quedado las dos enseñanzas que veíamos arriba: que la felicidad nuestra está en la relación interpersonal con el otro, y que esta relación es siempre conflictiva.

Es significativo que los Medios de Comunicación hayan centrado su mensaje en ayudar a vivir esa experiencia única de “permanecer en casa”. Son muchos los programas que se ofrecen para utilizar el tiempo de estar unidos y enfrentar las dificultades y conflictos que ese confinamiento ha traído. Se puede leer y vivir esta experiencia de una manera humanizadora y liberadora. Jesús nos ofrece tres aportes que no quieren suplantar ni contradecir las reflexiones que se nos están dando, sino que vienen a ofrecer un “sentido al sentido” que recibimos:

- i. Jesús nos ofrece su Persona para vivir con él una relación personal que quiere ser el fundamento de toda relación que tengamos con los otros. Esta relación con la persona de Jesús, como toda relación personal, se realiza en el amor. Una relación que tiene dos características que hemos olvidado en nuestra práctica cristiana. La primera es que es absolutamente gratuita: no la tenemos ganada (o garantizada); pero al mismo tiempo no tenemos que hacer nada para conquistarla (por eso no está mediada por la ética, es decir por el comportamiento nuestro), es un don, es gratuita, está y estará siempre ahí para nosotros. Nuestro mal comportamiento nos perjudica a nosotros, ¡es cierto!, pero Jesús siempre nos seguirá amando de la misma manera. Fue lo que Jesús dijo a los discípulos: “No fueron ustedes los que me escogieron. Fui yo quien los escogí a ustedes” (Jn.13,15). Y la segunda característica, es que es la única relación que no es conflictiva: “nadie ni nada me puede separar del amor que me da Jesús” (cfr.Rom.8,36). Por eso la podemos vivir desde la situación particular de cada uno, pues tanto lo bueno como lo malo de nuestro ser ya está asumido por Jesús; por eso es humanizadora, personalizadora y liberadora. Y si todo esto lo miramos desde lo que hoy consideramos como la esencia de la persona, es decir: que no somos personas primarias ni solamente racionales sino, ante todo, relacionales, podemos decir que, con sólo vivir esta relación personal con Jesús, ya nos estamos haciendo más persona, nos estamos humanizando.
- ii. Esta relación con la Persona de Jesús la tenemos que vivir en la relación con los otros. Esto es claro en todo el Evangelio, pero sobre todo en la Primera Carta de Juan: “El que dice que ama a Dios y no ama a su hermano es un mentiroso...”; el que ama a Dios tiene que amar a su hermano y viceversa: el que ama a su hermano, muestra que ama a Dios. Pero ¿cómo hacer si hemos dicho muchas veces que toda relación interpersonal es conflictiva.? Es muy sencillo, aunque nos cuesta entenderlo porque es un lenguaje nuevo: la relación con Jesús, que no es

conflictiva, la vivimos dentro de la relación con los otros que siempre es conflictiva. O dicho al contrario la relación conflictiva con los otros la vivimos en la relación con Jesús ¡que no es conflictiva! El conflicto hace parte de nuestra relación con Jesús, pero no la impide. Por eso la relación con Jesús es liberadora.

- iii. Esta relación con la Persona de Jesús hay que hacerla - construirla todos los días. No se puede suponer. Es lo que pasa con todo lo afectivo: no lo podemos suponer. La relación personal hay que hacerla todos los días; si la suponemos se muere. Lo expresa en lenguaje popular un psicólogo belga: “un novio no le puede decir a la novia el día de su boda: te amo para siempre y no hablemos más de eso. Si supone esa relación de amor y no la renueva cada día, muy rápido esa relación desaparece” (A. Vergote). Igual con Jesús. Todos los días tenemos que renovar el amor; es una relación que -igual que con los próximos- hay que inventar todos los días. Y de ahí surge la necesidad absoluta, en la relación con Jesús, de la oración, el Evangelio (la buena noticia para los pobres) y la Eucaristía

Conclusión

Ojalá estas reflexiones nos puedan ayudar a mirar lo que estamos viviendo: no como una desgracia, “un festival de incertidumbres” (E. Morin), sino como un momento de gracia, un *kairos*, como decía San Pablo. Una ocasión de rehacer nuestras vidas - personal y socialmente. Una ocasión de enderezar nuestra historia y reconstruir el mundo. ¡Maranatha, ven Señor Jesús!





**LAS DESIGUALDADES DE
GÉNERO EN EL CENTRO
DE LA SOLUCIÓN A LA
PANDEMIA DEL**

COVID-19

**y sus crisis en América
Latina y el Caribe**

La pandemia de la COVID-19 encuentra a la región latinoamericana fragmentada por desigualdades extremas y persistentes. Desigualdades que harán más vulnerable a toda la población si no son enfrentadas con políticas públicas. Una de las desigualdades más persistentes y profundas son las que se dan entre hombres y mujeres: estas son esenciales para atender y dar respuesta adecuada a los retos que conlleva la pandemia y sus crisis.

La distribución de los roles género ha conllevado a una mayor asunción del trabajo del cuidado por parte de las mujeres y niñas, sea remunerado o no, y esto las convierte en el colectivo más necesario para enfrentar la pandemia y las crisis derivadas de ella. Por otro lado, es igual que sean ricas o pobres, blancas o negras, urbanas o rurales: en promedio, las mujeres se encuentran en peores circunstancias que sus pares, los hombres. Por ello, ante la pandemia y las crisis que la acompañan, su voz ha de ser prioritaria en el diseño de las políticas que se desarrollen para atenuar las desigualdades que sufren y para contener la expansión del virus y sus efectos.

Las desigualdades de género convierten a las mujeres en un agente esencial para la contención, respuesta y recuperación frente a la pandemia. Las políticas y estrategias que se desarrollen deben entender esto, tanto para enfrentar la emergencia sanitaria como para transformar las sociedades a futuro, con el fin de vivir de forma más justa y feliz.

Hay cuatro crisis que la pandemia desnuda y que muestran de forma diáfana las desigualdades de género y sus implicaciones para las mujeres y, más aún, para la sociedad en su conjunto: la crisis de salud, la crisis de los cuidados, la crisis económica y la crisis de las masculinidades y la violencia de género. A continuación, se analizan brevemente cada una de ellas.

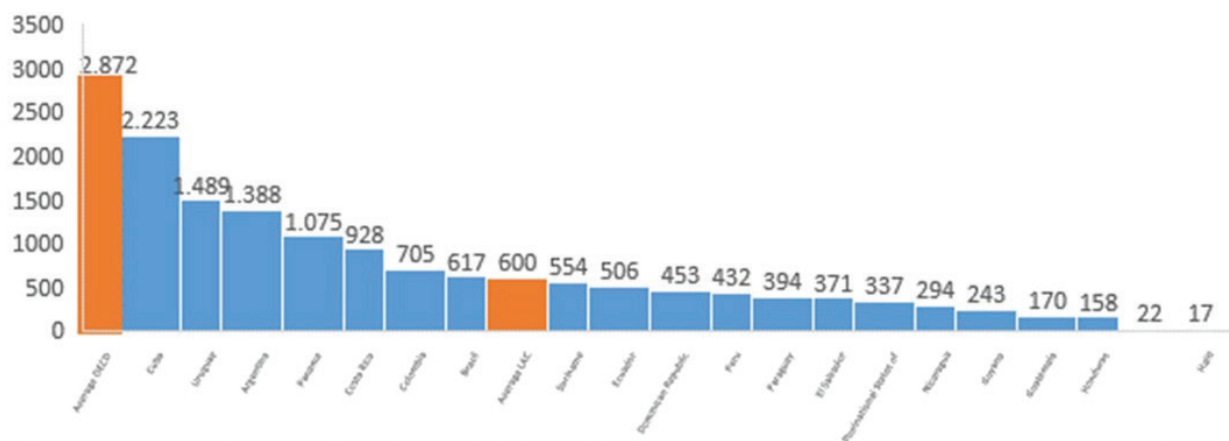
Las desigualdades de género convierten a las mujeres en un agente esencial para la contención, respuesta y recuperación frente a la pandemia. Las políticas y estrategias que se desarrollen deben entender esto, tanto para enfrentar la emergencia sanitaria como para transformar las sociedades a futuro, con el fin de vivir de forma más justa y feliz.

Crisis de salud

Según el Observatorio Social de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), los países de la región destinan en promedio únicamente un 2,2% del PIB a financiar la salud pública; y el gasto público por persona es, en promedio, equivalente a tan solo el 21% de lo que destinan los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) (Gráfico 1). Esto se ve reflejado en su capacidad de respuesta. Por ejemplo, los países latinoamericanos cuentan, en promedio, con aproximadamente la mitad de camas y médicos por cada 10.000 habitantes que los países de la OCDE (Organización Mundial de la Salud, 2017).

¹ Ha desarrollado y dirigido investigaciones sobre poder, democracia, desigualdad, élites, género, fiscalidad, políticas sociales y desarrollo territorial, especialmente en América Latina y el Caribe. Es autora de los informes y coordinó la campaña de Oxfam en América Latina y el Caribe contra la desigualdad. Artículo originalmente publicado el 20/03/2020 por la Fundación Carolina. Extraído de <https://www.fundacioncarolina.es/wp-content/uploads/2020/04/AC-20.-2020.pdf>

GRÁFICO 1. Gasto público en salud per cápita en dólares (paridad de poder adquisitivo)



Fuente: Organización Mundial de la Salud (2017).

Si los sistemas de salud europeos se han visto desbordados ante la pandemia, los latinoamericanos pueden verse colapsados y sin capacidad, no solo para atender a los enfermos, sino para proteger a su personal médico.

Esta es una de las vías que afecta directamente a las mujeres, ya que la división sexual del trabajo ha hecho que los sectores laborales relacionados con las tareas del cuidado, como la educación o la salud, estén feminizados. El 73% del personal médico de la región está conformado por mujeres que, además, sufren discriminación salarial, puesto que los ingresos laborales de las mujeres que trabajan en el ámbito de la salud son un 25% inferiores a los de los hombres del mismo sector (CEPAL, 2019). Las mujeres se encuentran, por tanto, en primera línea de batalla, pero sin los equipos adecuados, estando expuestas a un altísimo riesgo, para ellas y sus familias.

Otro factor que afectará a las mujeres vendrá de un posible reordenamiento de los recursos y servicios sanitarios que deje de considerar prioritaria la salud sexual y reproductiva. Algunos estudios muestran que, en otras emergencias globales previas, estos servicios fueron suspendidos, y que la pandemia de la COVID-19 ya está teniendo efec-

tos adversos en la cadena de suministro, fabricación y transporte de productos anticonceptivos (Riley et al., 2020). Además, el toque de queda y el confinamiento limitan la capacidad de adquisición de estos productos. Los equipos y el personal involucrado en la provisión de servicios de salud sexual y reproductiva pueden, por tanto, ser desviados para satisfacer otras necesidades. Las investigaciones estiman que una modesta disminución del 10% en la cobertura de la atención médica relacionada con el embarazo y los recién nacidos tendría consecuencias desastrosas en los países de ingreso medio y bajo a nivel mundial: 28.000 muertes maternas y 168.000 muertes adicionales de recién nacidos (Riley et al., 2020).

Por otro lado, es importante tener en cuenta que cuando el Estado no ejerce su labor de protección y cuidado, en general son las mujeres las que lo sustituyen. La falta de servicios públicos de salud universales y de calidad ha hecho que parte de estos servicios se traspasen a los hogares. Al no haber una distribución equitativa de las tareas del cuidado esto también acaba sobrecargando a las mujeres. Según la CEPAL, en México “se estimó que el valor monetario de los cuidados de salud brindados en el hogar equivalía al 86% del valor de los servicios hospitalarios y que las mujeres aportaban con su trabajo un 72% de ese valor monetario” (CEPAL, 2017).

Ante la falta de servicios sanitarios públicos y de calidad, las mujeres son las que aseguran este bien públi-

Si los sistemas de salud europeos se han visto desbordados ante la pandemia, los latinoamericanos pueden verse colapsados y sin capacidad, no solo para atender a los enfermos, sino para proteger a su personal médico.

co en las sociedades latinoamericanas, tanto de forma remunerada como no remunerada. Ante la pandemia, son las que más riesgos corren y más peso llevan en sus espaldas. Toda mejora en la atención pública en salud, ya sea en el corto como en el mediano y largo plazo, tendrá efectos positivos en la vida de las mujeres y, por supuesto, también en las sociedades en su conjunto. En cambio, cuando se mercantiliza un bien público, el esfuerzo de las mujeres es el que cubre la incapacidad de pago de millones de personas para garantizarse su derecho a la salud.

Crisis de los cuidados

De repente se ha hecho visible el trabajo de cuidado. Ese que siempre está ahí, ese que toda la sociedad necesita pero que está invisibilizado y no tiene ningún valor... porque, aparentemente, lo que tiene valor es solo el trabajo que se paga y se paga bien. Sin embargo, las tareas del cuidado son centrales para la sociedad y también para el mercado, aunque a menudo se ignore que toman mucho tiempo y esfuerzo. Las encuestas de uso del tiempo en América Latina y el Caribe muestran que las mujeres dedican entre 22 y 42 horas a la

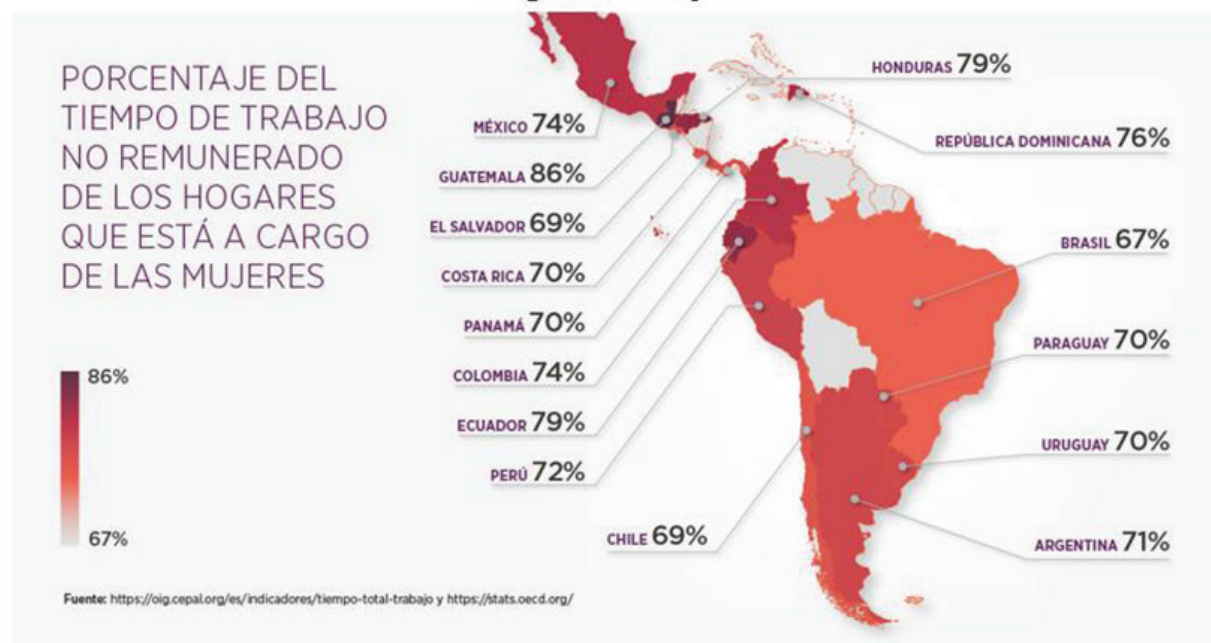
semana al trabajo doméstico y del cuidado no remunerado, tres veces más que los hombres (CEPAL, 2020a).

La distribución es claramente injusta y, dependiendo del país, las mujeres asumen entre el 67% y el 86% del trabajo del cuidado no remunerado que asumen los hogares (Gráfico 2) Jara Males, 2020). Partiendo de esta realidad analicemos las dos consignas clave para enfrentar la expansión de la Covid-19 y su impacto en las mujeres:

1. **#QuédateEnCasa.** Una de las políticas para frenar el contagio ha sido la suspensión de clases en las escuelas de 37 países y departamentos de la región. 113 millones de niñas, niños y adolescentes (UNESCO, 2020) necesitan ahora acompañamiento educativo y de otros tipos durante 24 horas al día. El confinamiento ha desdibu-

Por otro lado, es importante tener en cuenta que cuando el Estado no ejerce su labor de protección y cuidado, en general son las mujeres las que lo sustituyen. La falta de servicios públicos de salud universales y de calidad ha hecho que parte de estos servicios se traspasen a los hogares. Al no haber una distribución equitativa de las tareas del cuidado esto también acaba sobrecargando a las mujeres

GRÁFICO 2. Porcentaje del tiempo de trabajo no remunerado de los hogares que está a cargo de las mujeres



Fuente: <https://oig.cepal.org/es/indicadores/tiempo-total-trabajo> y <https://stats.oecd.org/>

jado las fronteras entre lo público y lo privado que se compaginan ahora de forma simultánea, en el mismo lugar. Aunque se cuenta con apoyo del personal docente, se debe responder de forma individualizada, y dentro de las familias, para garantizar el derecho a la educación, ya que los espacios colectivos de este tipo de actividades, como las escuelas, han sido suspendidos. Igual que con la salud, cuando no hay servicios colectivos de respuesta a bienes públicos como es la educación, en su mayoría son las mujeres las que asumen esta carga y todo esto se ignora. Los gobiernos y las empresas hacen oídos sordos a esta realidad. La presencia de niños y niñas menores de 5 años incrementa el tiempo de trabajo no remunerado de las mujeres entre un 20% y un 200% (CEPAL, 2018), y la presencia de menores de 15, aunque menos, también lo aumenta de forma significativa. A su vez, los envejecientes son uno de los colectivos de alto riesgo al que, por tanto, se ha recomendado que eviten salir de casa. Si, en situación normal, se trata de un colectivo que necesita cuidados en muchos casos, el aislamiento los convierte en personas más dependientes debido a que necesitarán ayuda para realizar sus rutinas más esenciales. De nuevo, esta ayuda será también cubierta mayoritariamente por mujeres (CEPAL, 2019)

2. **#LávateLasManos.** Esta consigna, aunque parece una petición muy básica, para el 21% de la población urbana latinoamericana que vive en barrios marginales, asentamientos informales o viviendas inadecuadas, no lo es. De acuerdo con la Base de Datos y Publicaciones Estadísticas de la CEPAL (Cepalstat), un 13,5% de los hogares no cuenta con fuentes de agua mejorada dentro del hogar y, en las zonas rurales, este porcentaje aumenta hasta un 25%. Esto es un importante ries-

go a tener en cuenta en el diseño de políticas y, para las mujeres, supone todavía un riesgo mayor ya que aumenta sus horas de trabajo. Según la CEPAL las mujeres que viven en hogares sin acceso a agua potable “dedican al trabajo doméstico y de cuidados no remunerado entre 5 y 12 horas semanales más que las mujeres que habitan en hogares con agua” (CEPAL, 2020a). Si a ello le unimos las necesidades extras de limpieza doméstica, más el constante lavado de manos que implica la lucha contra la pandemia, las horas de dedicadas a la búsqueda de agua y al trabajo doméstico se multiplican.

También los niveles de pobreza sobrecargan a las mujeres, dado que las mujeres del primer quintil de ingresos dedican un 39% más de horas semanales al trabajo del cuidado que las del quintil más alto de ingresos (CEPAL, 2020a). Existe un piso mínimo de 20 horas a la semana que afecta a estas mujeres, mientras que, para los hombres, ser rico o pobre no modifica mucho su aporte al trabajo doméstico o remunerado.

Otra de las medidas tomadas para enfrentar la pandemia consiste en el teletrabajo, que debe convivir de forma simultánea con el resto de trabajos domésticos y del cuidado. Esto asimismo pone en desventaja a las mujeres que, por los roles asignados de género, quedarán atrás en unas metas de productividad dictadas tan solo para unos seres abstractos y masculinos que no tienen a nadie que dependa de ellos.

Si bien los gobiernos de la región han tomado en general medidas para intentar aminorar la crisis sanitaria y económica, la crisis de los cuidados sigue siendo ignorada. Gobiernos y empresas olvidan que, pese a que las medidas de higiene y confinamiento son centrales para enfrentar la pandemia, estas aumentan el trabajo del cuidado que realizan las mujeres. Es como si este trabajo no fuese nada, no ocupara tiempo y esfuerzo. No se han aplicado en general medidas para ayudar a distribuirlo o aminorarlo, por lo que de nuevo se sobrecargan las espaldas femeninas que son las que deben soportar las consecuencias de la pandemia y sus crisis, invisibilizadas, infravaloradas y sin apoyos de políticas y medidas colectivas.

Si, en situación normal, se trata de un colectivo que necesita cuidados en muchos casos, el aislamiento los convierte en personas más dependientes debido a que necesitarán ayuda para realizar sus rutinas más esenciales. De nuevo, esta ayuda será también cubierta mayoritariamente por mujeres

Crisis económica

En marzo de 2020, la CEPAL publicó unas estimaciones según las cuales la contracción del crecimiento económico provocada por la COVID-19 sería de un -1,8% durante 2020, y el incremento del paro sería del 10% (CEPAL, 2020b). Además, podría haber un aumento de 35 millones de nuevos pobres en Latinoamérica, donde un 65% serían pobres extremos, es decir, personas que viven en hogares con ingresos insuficientes para cubrir el costo de los alimentos básicos de subsistencia.

Poco después, en abril de 2020, el Fondo Monetario Internacional (FMI) publicó unas estimaciones bastante peores, previendo que América Latina y el Caribe sufriría una contracción del PIB de más del 5% durante 2020, muy superior a la media mundial, estimada en el 3%. La recuperación prevista para 2021 sería también más lenta, a la mitad del ritmo que se experimentaría a escala mundial (FMI, 2020). En consecuencia, la estimación del aumento de la pobreza hecha por la CEPAL podría ser muy superior.

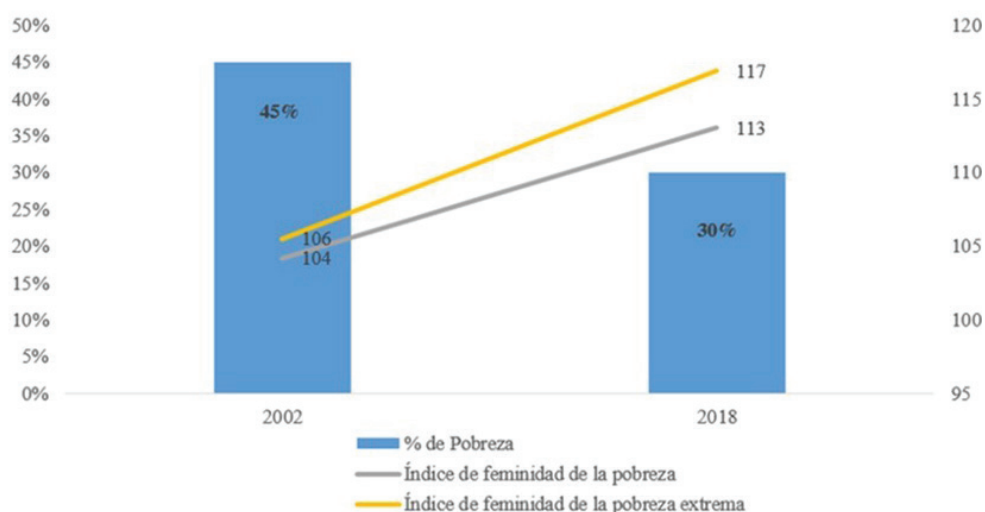
Si nos centramos en la pobreza femenina, en la región hay más mujeres que hombres pobres (113 mujeres pobres por cada 100 hombres). Desde una perspectiva evolutiva, es llamativo constatar cómo, entre 2002 y 2018, mientras que en términos generales la pobreza se redujo de forma considerable, pasando de afectar a un

45% de la población a un 30%, en el índice de feminidad sin embargo aumentó. Así, de las 105 mujeres pobres por cada 100 hombres pobres que se registraba en 2002, se pasó a una proporción de 113/100 en 2018. Peor aún, el índice de feminización de la pobreza extrema pasó de 105/100 en 2002 a 117/100 en 2018 (Gráfico 3). Esto significa que la reducción de la pobreza fue más masculina que femenina, lo cual indica que en este periodo no se desarrollaron políticas para enfrentar las desigualdades de género, o que no fueron suficientes ni efectivas. Esta ceguera sobre las políticas para combatir las desigualdades de género ha provocado que tan solo los hombres estén en condiciones de salir de la pobreza, en detrimento de las mujeres, agravando pues la desigualdad. En consecuencia, las próximas medidas para atenuar la crisis económica y su impacto en la pobreza deben tener en cuenta esta brecha, a fin de que la feminización de la pobreza no se agrave y, en cambio, se reduzca.

Por otra parte, el impacto en la vida de las personas que tendrá la contracción económica vendrá marcado por la reducción del empleo. Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en las Américas se

Según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en las Américas se experimentará una reducción del empleo de alrededor de un 6,7% de horas de trabajo, lo que afectará a 29 millones de trabajadores a tiempo completo (tomando como referencia un cómputo laboral de 40 horas semanales)

GRÁFICO 3. Baja la pobreza pero aumenta su feminización (2002-2018)



Fuente: Cepalstat.

experimentará una reducción del empleo de alrededor de un 6,7% de horas de trabajo, lo que afectará a 29 millones de trabajadores a tiempo completo (tomando como referencia un cómputo laboral de 40 horas semanales). Además, se trata de la región del mundo con un mayor porcentaje de empleo, un 43%, vinculado a los sectores que más se verán afectados por la crisis (OIT, 2020). A continuación, se analiza este impacto desde la perspectiva de género.

1. Habrá cuatro sectores en los que las medidas de aislamiento tendrán efectos más adversos: los servicios de comercio, restaurantes y hoteles; los servicios sociales; los empresariales; y el sector transporte y comunicaciones. Estos cuatro sectores concentran el 78% del trabajo formal femenino (CEPAL, 2020b).
2. Las mujeres ingresan en promedio un 19% menos que los hombres en la región y esta discriminación se da independientemente de su nivel de formación, es decir, ocurre también entre las mujeres y hombres con más altos niveles de formación (Cepalstat).
3. Pese a que las mujeres están ya en promedio más formadas que los hombres en América Latina y el Caribe, las cargas del cuidado no remunerado, así como otras discriminaciones, han hecho que su incorporación al mercado de trabajo remunerado haya sido precaria, asumiendo empleos a medio tiempo o por debajo de sus capacidades. Un 52% de las mujeres están ocupadas en sectores precarios desde el punto de vista de salarios, formalidad, protección social o estabilidad en el empleo (CEPAL, 2020a). Este tipo de trabajadoras serán las primeras en no ser renovadas ante la suspensión de actividades en muchas empresas, y son las que de forma más directa sufrirán la crisis por no tener, en su mayoría, acceso al subsidio por enfermedad, al seguro de desempleo, o a otras protecciones esenciales.
4. El confinamiento y la crisis de cuidados afectan fuertemente a las trabajadoras domésticas que, en América Latina y el Caribe, representan el 11% del empleo femenino. Según las estimaciones de la OIT, un 77,5% de las per-

sonas que se dedican a esta labor se encuentran en la informalidad. Pese a que 16 países de América Latina y el Caribe han firmado el Convenio sobre las trabajadoras y los trabajadores domésticos de la OIT (Convenio 189 de 2011), el cual les compromete a tomar medidas para asegurar el trabajo decente, su aplicación está aún muy lejos de ser una realidad. En la actualidad la mayoría de estas personas carece de derechos laborales, están al margen de la seguridad social, no tienen horario, no se les paga horas extra, no se les paga vacaciones, ni licencia por enfermedad, ni cesantía. Es más, según la CEPAL: “la vulnerabilidad de las trabajadoras domésticas remuneradas en este contexto es producto de la ausencia de regulación, las menores probabilidades de ejercer su derecho a asociarse o a negociar colectivamente, y la falta de valoración social de este tipo de trabajo en América Latina y el Caribe”. Pues bien, la presente situación de confinamiento las somete a la incertidumbre sobre si se las seguirá pagando durante la suspensión de actividades o si, por el contrario, estarán obligadas a continuar trabajando, exponiéndose al contagio y la sobrecarga de actividades durante las medidas de aislamiento.

Las medidas de protección a los salarios de las trabajadoras domésticas, su formalización, la protección del trabajo informal a través de espacios de asociación, el aseguramiento de ingresos mínimos a estos colectivos, o la adecuación de las metas de productividad laboral para las personas a cargo de dependientes, son retos que no pueden olvidarse para enfrentar la crisis económica y su feminización.

Crisis de las masculinidades y violencia de género

Al contrario de lo que se piensa, el hogar es un lugar de alto riesgo para el abuso sexual y la violencia de género. La gran mayoría de los casos de abuso en niños y niñas, así como los feminicidios, son perpetrados por familiares, parejas o exparejas. El confinamiento, por tanto, puede exponer a las mujeres y niñas a un mayor riesgo al verse aisladas y atrapadas con su agresor. El secretario general de la Organización de Naciones

Unidas (ONU), Antonio Guterres, ha hecho un llamado mundial a proteger a las mujeres en sus propios hogares, afirmando que “en las últimas semanas, con el aumento de las presiones económicas y sociales, y del miedo, hemos visto un estremecedor repunte global de la violencia doméstica” (Guterres, 2020).

En 2018 se produjeron en América Latina y el Caribe más de 3.250 feminicidios (Cepalstat). La crisis de las masculinidades se puede profundizar debido a la obligada suspensión de actividades económicas y de ocio en el espacio público que, aunque afectan en igual medida a hombres y mujeres, lamentablemente pueden ser peor encajadas por los hombres, a quienes se ha enseñado que su espacio es más el público que el privado. Así, en el actual contexto de emergencia, aumenta el riesgo de violencia contra las mujeres y las niñas, debido al incremento de las tensiones en el hogar y, también, al posible mayor aislamiento de las mujeres. Téngase en cuenta que el 29% de las mujeres mayores de 15 años en la región no cuenta con ingresos propios (Cepalstat), lo que significa que su dependencia económica es absoluta. La pobreza, unida al hecho de no tener un trabajo remunerado, aumenta la probabilidad de sufrir violencia. Además, la falta de ingresos limita, objetiva y subjetivamente, el recurso a la denuncia del maltrato y, de hecho, un bajo porcentaje de las mujeres denuncia que sufre violencia.

Es determinante, en suma, tener en cuenta que el hacinamiento es un detonante en los cambios conductuales de las personas y que puede inducir a que se generen actos de violencia intrafamiliar durante una cuarentena y en situaciones de toque de queda.

Es muy probable, por lo demás, que la situación de confinamiento y el limitado acceso a recursos y, por tanto, a dinero para disponer de datos en los celulares,

esté limitando las denuncias, de modo que es preciso buscar mecanismos que reviertan esta circunstancia. Por otro lado, existen pocas casas de acogida en la región para atender tanto a las mujeres en peligro como a sus hijos e hijas. Será necesario fortalecer la capacidad de las casas de acogida y de los albergues, preparándolos adecuadamente, garantizando las condiciones sanitarias que se requieran, para que la denuncia no vuelva a las mujeres más vulnerables. En el comunicado citado de Guterres se solicita, en este sentido, la implementación de sistemas de alerta y de emergencia en farmacias y supermercados, únicos comercios que permanecen abiertos en muchos países, y se plantea la necesidad de que las casas de acogida sean consideradas servicios esenciales: “Debemos asegurarnos que las mujeres puedan pedir ayuda de manera segura, sin que quienes las maltratan se den cuenta” (Guterres, 2020).

Políticas y oportunidades

Es evidente que la interseccionalidad de las desigualdades refuerza la exclusión. La falta de servicios

Es determinante, en suma, tener en cuenta que el hacinamiento es un detonante en los cambios conductuales de las personas y que puede inducir a que se generen actos de violencia intrafamiliar durante una cuarentena y en situaciones de toque de queda. Es muy probable, por lo demás, que la situación de confinamiento y el limitado acceso a recursos y, por tanto, a dinero para disponer de datos en los celulares, esté limitando las denuncias, de modo que es preciso buscar mecanismos que reviertan esta circunstancia.



básicos, la pobreza económica, el número de dependientes, el tipo de inserción laboral, la raza o la zona de residencia aumentan las vulnerabilidades ante la pandemia y sus crisis asociadas. Los roles de género, unidos al resto de interseccionalidades, acaban determinando el aporte y también la carga de las mujeres. Como se afirma desde la CEPAL: “Es importante que el tiempo de las mujeres no se convierta, como ha sucedido a lo largo de la historia, en un factor de ajuste del que los Estados disponen para afrontar la crisis y los nuevos escenarios económicos” (CEPAL, 2020a).

Durante la emergencia es necesario que se tomen medidas que aborden las desigualdades de género. Todas las medidas: sanitarias, de protección del empleo y los ingresos, de subvención a las empresas, educativas, tributarias y de gasto público. Estas medidas deberán incorporar propuestas que ayuden a reducir y transformar o, como mínimo, no aumentar las desigualdades que ya viven las mujeres. De acuerdo con la CEPAL: “Las políticas y medidas que se evalúen deben tener en cuenta cuáles serán las consecuencias sobre las mujeres migrantes, las trabajadoras domésticas remuneradas, las trabajadoras del sector de la salud, las cuidadoras, las trabajadoras informales y también aquellas que trabajan de manera no remunerada en los hogares” (CEPAL, 2020a).

Un hilo conductor fundamental, si se quiere asegurar una lucha efectiva contra la pandemia, será la reorganización, visibilización y valorización de los cuidados, sean estos remunerados o no. Solo la responsabilidad de las empresas, el Estado y los hogares (mejor dicho, de los hombres dentro de los hogares) para asumirlos, puede asegurar que las cuatro crisis que plantea la COVID-19 no profundicen las brechas.

La pandemia pone sobre la mesa la urgente necesidad de priorizar lo público y lo colectivo ante muchos de los retos que enfrentamos. Lo privado, el mercado y la individualización de las soluciones no son eficientes ni justas para afrontar la pandemia. Los principios de la economía feminista toman una relevancia fundamental ya que los trabajos del cuidado son centrales para asegurar el funcionamiento de la sociedad y del mercado. La respuesta pasa, pues, por promover estrategias que apuesten a respuestas colectivas y que ayuden a redistribuir estas labores.

Será asimismo necesario impulsar políticas contracíclicas que revaloricen los servicios públicos universales, políticas que aseguren ingresos a las trabajadoras informales y subcontratadas, políticas que aseguren el cuidado de las cuidadoras, y políticas que apoyen la dignificación y la formalización del trabajo doméstico remunerado. También será preciso generar una transformación que valore y redistribuya las labores domésticas y del cuidado para que, cuando acabe la pandemia, no volvamos a esa “normalidad” tan desigual, sino que avancemos hacia sociedades más justas y felices.

Referencias bibliográficas

- CEPAL (2017): *Panorama Social de América Latina 2016*. (LC/PUB.2017/12-P), Santiago, Naciones Unidas.
- (2018): “Los cuidados en América Latina y el Caribe: textos seleccionados 2007-2018”, Páginas Selectas de la CEPAL, Santiago, Naciones Unidas.
- (2019): “La autonomía de las mujeres en escenarios económicos cambiantes” (LC/CRM.14/3), Santiago, Naciones Unidas.
- (2020a): “La pandemia del COVID-19 profundiza la crisis de los cuidados en América Latina y el Caribe”. Santiago, Naciones Unidas. Extraído de https://repositorio.cepal.org/b_itstream/handle/11362/45335/1/S2000261_es.pdf
- (2020b): “COVID-19 tendrá graves efectos sobre la economía mundial e impactará a los países de América Latina y el Caribe”, Comunicado del 19 de marzo. Extraído de: <https://www.cepal.org/es/comunicados/covid-19-tendra-graves-efectos-la-economia-mundial-impactara-paises-america-latina>
- FMI (2020): *World Economic Outlook*, Chapter 1. “The Great Lockdown”, Washington D.C. Extraído de: <https://www.imf.org/en/Publications/WEO/Issues/2020/04/14/weo-april-2020>
- Guterres, A. (2020): “La lucha contra la violencia de género, parte vital de la respuesta de los países frente al COVID-19”, Nueva York, Naciones

Unidas. Extraído de: <https://www.un.org/es/coronavirus/articles/prevencion-reparacion-violencia-contra-mujeres-durante-COVID-19>

Jara Males, P. (2020): “¡Hombres... a compartir el cuidado!”, Blog Salud, BID. Extraído de <https://blogs.iadb.org/salud/es/hombres-a-compartir-el-cuidado/>

Listín Diario (2020): “Paciente con el virus muere en ambulancia tras ser rebotado de centro” (2/04/2020). Extraído de: <https://listindiario.com/la-republica/2020/04/02/611431/paciente-con-el-virus-muere-en-ambulancia-tras-ser-rebotado-de-centro>

OIT (2020): “Observatorio de la OIT: El COVID-19 y el mundo del trabajo Estimaciones actualizadas y análisis”, Ginebra. Extraído de: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/documents/briefingnote/wcms_743154.pdf.

Riley, T., Sully, E., Ahmed, Z. y Biddlecom, A. (2020): “Estimates of the Potential Impact of the COVID-19 Pandemic on Sexual and Reproductive Health in Low- and Middle-Income Countries”, International perspectives on sexual and reproductive health, vol. 46. Extraído de: <https://www.guttmacher.org/journals/ipsrh/2020/04/estimates-potential-impact-covid-19-pandemic-sexual-and-reproductive-health>

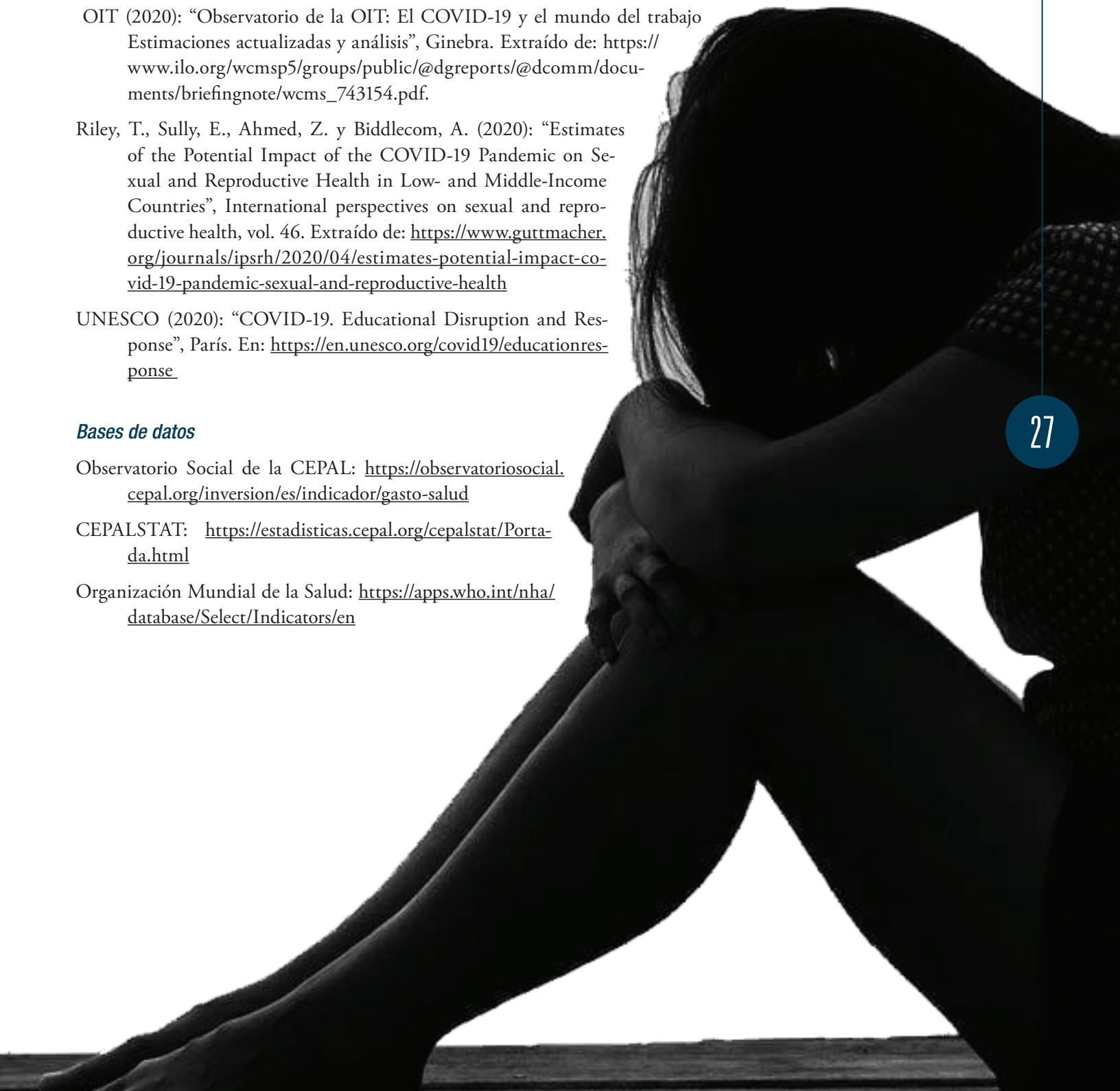
UNESCO (2020): “COVID-19. Educational Disruption and Response”, París. En: <https://en.unesco.org/covid19/educationresponse>

Bases de datos

Observatorio Social de la CEPAL: <https://observatoriosocial.cepal.org/inversion/es/indicador/gasto-salud>

CEPALSTAT: <https://estadisticas.cepal.org/cepalstat/Portada.html>

Organización Mundial de la Salud: <https://apps.who.int/nha/database/Select/Indicators/en>



MAS APRENDIZAJES



Jorge Cela Carvajal S.J.¹

Dicen que los países autoritarios han sido más exitosos en enfrentar el nuevo virus corona: China, Cuba, El Salvador. ¿Será verdad?

El otro día mi vecina me comentaba: “Manolo sí educa bien a sus hijos. Nunca los ves haciendo maldades, peleando, o faltando al respeto”. Es cierto -pensé yo- pero ¿a qué costo? Tampoco los veo sonriendo, ni jugando con sus amigos, ni tomando iniciativas. Los hijos de Candita también son respetuosos, pero alegres y cariñosos, llenos de amigos y de planes, inventando siempre nuevos juegos y aventuras. Y no están educados con mano de hierro, como los de Manolo, sino con esa ternura de la que Candita es maestra.

No hay que escoger entre autoritarismo y libertinaje. Hay que escoger siempre por la libertad. Que no es hacer lo que me da la gana, sino poder hacer el bien y hacerlo bien. Amando tanto la libertad, que la respeto también en el otro. Aunque sea mi enemigo, aunque sea un ignorante, aunque sea un maleducado. La libertad no se opone al orden y las normas. Se opone a la dictadura de la ley o de la autoridad tiránica. No cree que la convivencia se mejora con el poder, sino con la fraternidad, la gran olvidada de la trilogía de la revolución francesa de la que unos escogieron la igualdad, aun a costa de la libertad, y otros la igualdad, aunque haya que imponerla por la fuerza. Quizá si hubiéramos escogido la fraternidad hubiéramos podido combinar igualdad y libertad.

Sí, sabemos que mientras más autoritario el país, menos nos podemos fiar de los números ofrecidos en versión única sin posibilidad de verificación, hay que creerlos. Que cuando hay represión vemos menos las transgresiones, porque la corrupción aprende a moverse más silenciosa. Que cuando se impone la salvación (de la epidemia o de cualquier otra cosa),

No hay que escoger entre autoritarismo y libertinaje. Hay que escoger siempre por la libertad. Que no es hacer lo que me da la gana, sino poder hacer el bien y hacerlo bien. Amando tanto la libertad, que la respeto también en el otro. Aunque sea mi enemigo, aunque sea un ignorante, aunque sea un maleducado. La libertad no se opone al orden y las normas. Se opone a la dictadura de la ley o de la autoridad tiránica

¹ Sacerdote Jesuita, Coordinador de la Red de Centros Loyola, Cuba.

esa salvación no sabe a triunfo, porque anula creatividad, libertad, gratuidad, sociedad civil, espiritualidad, alegría. Crea tristes pueblos respetuosos.

Por eso no me gustan las filas ordenadas de los militares. Pero tampoco las peleas en las conflictivas colas para conseguir alimentos que nunca alcanzan.

Las llamadas democracias basadas en la exclusión de muchos, en la inequidad y la corrupción, no son formas participativas de organizar la sociedad. Pero la solución no es la imposición represiva de igualdades en la pobreza y la impotencia. El problema del poder no es de unos o de otros, sino de todos.

Tener normas bien justificadas en informaciones que todos conocen, que no privilegian unos sobre otros, ayuda a proteger los más débiles. Cuando no hay ley, el que gana es siempre el más fuerte. Por eso todos quieren acceder a las armas para defenderse. Una nación cuyas leyes no protegen los derechos de los más débiles no es democrática.

La acción contra la pandemia puede usarse para justificar regímenes autoritarios en los que siempre hay perdedores. Pero la solución no es dejar que cada cual resuelva lo suyo, desprotegiendo al más débil.

Por eso no quiero la eficacia del autoritarismo, ni el laissez-faire de los liberales, quiero la ternura de Cándida; del pueblo que escucha, comparte y trabaja unido; del funcionario que más que cumplir la ley, busca servir a la persona.

Además, hay dictaduras que parecen democracias, pero se imponen por el poder o el dinero que manejan unos pocos.

Ojalá que al enfrentar la pandemia aprendamos formas de convivencia basadas en la ley y la justicia, aplicadas desde la compasión por los más débiles, donde no haya ganadores ni perdedores, sino un pueblo que aprende a sobrevivir por la colaboración y la solidaridad.

La manera cómo enfrentamos el COVID-19 definirá nuestra manera de organizar la sociedad como verdaderas democracias, o como sistemas de exclusión. Es una oportunidad de aprender, en momentos de crisis, para democratizar nuestra política y nuestras instituciones.

Una democracia que incluya la participación de todos en el acceso a la información con plena transparencia, en el acceso a los bienes a través de servicios públicos de calidad y redistribución equitativa de los bienes, en dar peso a las voces más débiles para que hagan valer sus derechos y sus aportes. Donde nadie se sienta con derecho a decidir lo que los otros deben pensar, creer, hacer, comer, compartir. Donde nadie quede excluido del derecho a trabajar, poseer, organizarse, expresarse, vivir. Donde todos podamos convivir sin tener que renunciar a nuestra identidad.

Una democracia orientada a garantizar el bien común. Que acabe con un Estado como negocio privado del partido que gobierna y se convierta en garante del bien común. Un Estado que no pretenda sustituir las capacidades de la sociedad, sino facilitar la participación de todos en la construcción del buen vivir. Un Estado que por la transparencia y la adecuada legislación dificulte la corrupción; que por las múltiples formas de participación organizada impida la concentración de poder; un Estado fuerte, pero no autoritario.

Si en vez de declarar la guerra a la pandemia aprendemos a gestionarla así; si comenzamos a gestionar así nuestras instituciones, quizá aprendamos a gobernar las naciones.

Las llamadas democracias basadas en la exclusión de muchos, en la inequidad y la corrupción, no son formas participativas de organizar la sociedad. Pero la solución no es la imposición represiva de igualdades en la pobreza y la impotencia. El problema del poder no es de unos o de otros, sino de todos



Desaprender y reaprender para el cuidado de la vida



Karina Fonseca Vindas ¹

“La ausencia de la voz y la mirada femeninas empobrecen el debate de la Iglesia y el camino, restando al discernimiento una contribución preciosa”²

La lucha por la justicia de género representa una prioridad impostergable. Hoy más que nunca nos asalta el convencimiento de que la crisis sanitaria mundial nos ha colocado en un punto de inflexión: no queremos volver a una normalidad que aplasta sin misericordia a quienes son excluidos y descartados, pero son enormes las barreras que habrá que superar para colocarnos en una normalidad distinta. La aspiración de impulsar transformaciones en momentos de incertidumbre no puede pasar de lejos de las demandas por una participación equitativa de las mujeres en la búsqueda de esas nuevas formas de ser y estar.

Es necesario erradicar las violencias de género y su hondo enraizamiento en los contextos económicos, políticos y culturales que conocemos y que nos articulan como sujetas y sujetos sociales. También en los contextos religiosos y eclesiales. Necesitamos voluntad colectiva para desaprender y reaprender, para garantizar no sólo una convivencia sostenible con el resto de la vida en el planeta, sino también un relacionamiento humano basado en el respeto, la celebración de las diferencias y la superación de la dominación masculina.

Nos corresponde, pues, promover la equidad entre hombres y mujeres, como una prioridad que revolucione la colaboración en la Compañía de Jesús, entre jesuitas, laicos y laicas. ¿Tendríamos el valor de abrirnos paso en medio de la maleza que oculta esa ruta? Se requiere valentía y sobre todo se requiere humildad

¹ Directora del Servicio Jesuita a Migrantes de Costa Rica. Artículo fechado 06/05/2020.

² Documento final Sínodo de los Jóvenes (Octubre, 2018)

Nos corresponde, pues, promover la equidad entre hombres y mujeres, como una prioridad que revolucione la colaboración en la Compañía de Jesús, entre jesuitas, laicos y laicas. ¿Tendríamos el valor de abrirnos paso en medio de la maleza que oculta esa ruta? Se requiere valentía y sobre todo se requiere humildad. Lo cierto es que en el desarrollo de propuestas para la reducción de las asimetrías que privan de una vida digna a las grandes mayorías en nuestro planeta, no puede omitirse una propuesta que sacuda nuestras bases institucionales, en la que las mujeres y los hombres vinculados a las obras, programas y sectores de la Compañía de Jesús sean reconocidos en todo su potencial y capacidades.

La pandemia del COVID-19 nos lanza una advertencia directa y contundente como especie. Debemos cuidar la vida desde otro lugar o quizás desde múltiples lugares. Es hora de combatir las mezquindades, la acumulación, el individualismo, los regímenes autoritarios, la corrupción y las innumerables expresiones de violencia y destrucción que nos acechan o de las que hacemos parte con cómplice indiferencia. No se trata solamente de imaginar la “pospandemia” como un puerto al que llegaremos luego del arrepentimiento colectivo, sea porque el miedo a la muerte nos ha tomado por sorpresa o porque presenciamos una visión reveladora que nos hace un llamado a ser mejores personas para alcanzar la salvación.

No olvidemos que el ejercicio intelectual, el anhelo de un nuevo paradigma y la búsqueda de sentido en esta coyuntura, tan compleja, convocan a un grupo muy reducido de quienes habitamos el planeta. La inmensa mayoría de la población mundial está resistiendo en medio de las más lamentables realidades. No tienen tiempo para nada más. Sobreviven con el pan de cada día. Por eso, el cuidado es central. Cuidarnos y reconocernos en esas asimetrías y rescatarnos de las mismas es central. Es hora de desaprender y por eso es imposible que pensemos en la “pospandemia” sin tener en cuenta “el pospatriarcado” como una base firme para empalmar el nuevo orden social que soñamos y en el que deberían poder confluir muchas diversidades.

Se impone que generemos propuestas que hagan frente a la desvaloración y la sumisión que las mujeres han sufrido a lo interno de estructuras hegemónicas, de las que no escapan las iglesias. Es hora de apostar por

una construcción conjunta que empiece por la renuncia de los hombres a sus privilegios. Queremos nuevas estructuras dialógicas, cuya inspiración esté puesta en el cuidado de la Casa Común y en nuestro papel protector y respetuoso como huéspedes. ¿Cómo reconocer el cuidado de los otros, de las otras, no como un rol constitutivo de “ser mujer”, sino como la mayor misión global que nos reclama la Tierra a todas las personas, hombres y mujeres?

ONU Mujer ha insistido, que con el COVID-19, las mujeres están en la primera línea de las respuestas y asumen una importante carga en costos físicos y emocionales, así como mayores riesgos socioeconómicos. En América Latina las mujeres son el 74% de las personas empleadas en el sector sanitario y social (OMS: 2019), pero están excluidas de las funciones de liderazgo en esas áreas. Las mujeres saben de cuidado y lo ejercen en todas las esferas de su vida, pero muy pocas veces en roles públicos de jefatura. En una publicación reciente de *BBC News* se señalaba que *“las respuestas ante la pandemia del nuevo coronavirus varían según cada país, pero hay un punto que tienen en común algunas de las que han sido más alabadas: se han dado en naciones lideradas por mujeres”*. Lo anterior, a pesar de que menos del 7% de los líderes globales son mujeres.¹

Por su parte, la Organización Internacional para el Trabajo (OIT) ha indicado que, si el trabajo de cuidados fuera remunerado, representaría el 9% del PIB mundial, equivalente a 9 billones de dólares. Sin embargo, eso no sucede. En la cuarentena, al ser la mujer la principal cuidadora indirecta, el hogar se convierte en un espacio de trabajo, con tareas como la limpieza, la cocina y la atención a la familia o a los enfermos².

La pandemia del COVID-19 nos lanza una advertencia directa y contundente como especie. Debemos cuidar la vida desde otro lugar o quizás desde múltiples lugares. Es hora de combatir las mezquindades, la acumulación, el individualismo, los regímenes autoritarios, la corrupción y las innumerables expresiones de violencia y destrucción que nos acechan o de las que hacemos parte con cómplice indiferencia

¹ <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52295181>

² En <https://www.telesurtv.net/news/mujeres-mas-vulnerables-pandemia-coronavirus-20200408-0051.html>

Se impone que generemos propuestas que hagan frente a la desvaloración y la sumisión que las mujeres han sufrido a lo interno de estructuras hegemónicas, de las que no escapan las iglesias. Es hora de apostar por una construcción conjunta que empiece por la renuncia de los hombres a sus privilegios. Requerimos nuevas estructuras dialógicas, cuya inspiración esté puesta en el cuido de la Casa Común y en nuestro papel protector y respetuoso como huéspedes

Podríamos apuntar, además, una serie de alarmas sobre la violencia intrafamiliar agudizada por la cuarentena y por el cierre de espacios de esparcimiento u otras disposiciones que han limitado nuestra movilidad. La pérdida de ingresos en el hogar se suma al estrés y al incremento de la agresividad masculina. Ni qué decir del sufrimiento traumático de mujeres y niñas que se ven obligadas a pasar más tiempo bajo el mismo techo con sus abusadores incestuosos (figuras cercanas como padres, abuelos, tíos y amigos de la familia). Todos estos elementos y muchos más

apuntan un modelo insostenible que persiste, que no llegó con la pandemia, sino que la antecede y se nutre de las consecuencias de ella.

No hay que olvidar tampoco, que las mujeres afrontan condiciones aún más precarias en el mundo laboral externo, cargando con el peso de la crianza y la manutención de los hijos, ante un abrumador número de padres ausentes económica o afectivamente. La misma OIT ha registrado que 126 millones de mujeres trabajan de manera informal en la región. Esto representa aproximadamente la mitad de la población femenina de Latinoamérica. No creo que quede duda, con estos mínimos datos, de las apabullantes desigualdades que pisotean el mundo femenino.

Con la pandemia se pone de manifiesto que la discriminación y las inequidades están muy presentes. Es la gente más pobre, la hacinada, la que tiene que salir a trabajar cada día para ganar el pan, la que está más expuesta a la enfermedad. Y en ese inmenso universo, mujeres y niñas corren el mayor peligro. No niego que existan problemas en el mundo causados por hombres y por mujeres, pero a la vez afirmo que existen problemas en el mundo causados por estructuras sociales

patriarcales que afectan a hombres y a mujeres de muy diferentes maneras.

De eso es que quiero hablar. Hoy más que nunca, las sociedades en general, y la Compañía de Jesús en particular, están llamadas a entender la centralidad de la justicia de género, mediante la reivindicación de las diferencias entre las personas y los grupos sociales como factor de riqueza en todos los ámbitos de desenvolvimiento humano y espiritual. Es hora de un desafío enorme: “Caminar con mujeres, hombres, niños y niñas de distintas edades, orientaciones sexuales, identidades de género y con diferentes manifestaciones de su sexualidad, que quieran afirmar su dignidad y derechos inalienables” (Iglesia Sueca, s.f.: 10).

La reconocida teóloga brasileña Ivone Gebara (2004) plantea dos diferencias fundamentales en la crítica, pero también en la búsqueda de conciliación entre el cristianismo y el feminismo, que merecen la pena tenerse en cuenta en estas reflexiones:

“...primero, desde el punto de vista religioso institucional, las conquistas feministas fueron pocas; es decir, los espacios ocupados por las mujeres en las iglesias no fueron modificados sustancialmente. Continuamos siendo mayoritariamente consumidoras de la religión patriarcal y servidoras de sus proyectos. Muchas líderes populares femeninas, así como muchas líderes intelectuales, viven una compleja relación de pertenencia a sus diferentes comunidades cristianas. Perciben cada vez más que no se puede hacer un análisis de género sin feminismo”. La segunda tiene que ver con que “el feminismo lleva a cabo la crítica de los dogmas cristianos revelando su temporalidad y su parcialidad. Intenta devolver el cristianismo a la historia, sacándolo del mundo metafísico donde se incrustó y del que parece no querer salir. El feminismo crítico insiste más en la vivencia de los valores relacionales presentes en la tradición cristiana...”

Dice la autora que es en esa recuperación de valores relacionales que podemos escribir una nueva página de nuestra historia común, en el que la ética cristiana, así como la lucha por la justicia de género, que por décadas los movimientos feministas han impulsado, deben poder confluir o reinventarse, para ver cambios pro-

gresivos en las instituciones clericales masculinas. Esto es, cómo pasar del dominio y la sumisión: “hágase en mí, según tu palabra” a “juntas y juntos construyamos la justicia, la ternura, el cuido, la empatía y respeto en todos los ámbitos de nuestra existencia en esta casa común”. ¿Qué es más evangélico? Lo segundo, sin duda.

Necesitamos concreciones cotidianas que nos permitan abrir brecha. Me posiciono como mujer que lidera una obra jesuita en Costa Rica. Hablo desde ahí, desde mis circunstancias y mi socialización, desde mis apuestas como feminista, que pueden guardar similitudes, algunas veces sí y otras no, con lo que puedan expresar miles de otras mujeres que colaboran en estructuras jesuíticas. Se requiere educación. Las nuevas generaciones de jesuitas deben distanciarse de las viejas creencias, de la formación convencional y dogmática, deben iluminarse con más mujeres maestras que los inspiren. Debe atreverse a cuestionar y ser cuestionados sobre sus masculinidades. Se requieren voces de muchas más mujeres, en diálogo permanente y confiándoles posiciones de liderazgo, reconociendo sus propuestas y competencias en distintas esferas. Sin temerles.

Por otra parte, las mujeres necesitan sus espacios propios, para pensarse, para abandonar sus miedos, protegerse y reeducarse también. Eso nos permitiría ir construyendo paulatinamente nuevos sentires y maneras de actuar en la relación con los hombres, tanto laicos como religiosos. Por eso, hablar de “pospandemia” carece de sentido si nos olvidamos que tenemos pendiente avanzar hacia el “pospatriarcado”. El chispazo estará en reconocer que la lucha por relaciones igualitarias entre hombres y mujeres es la llave que nos ayudaría avanzar hacia una transformación duradera e inclusiva. La iglesia católica debe aceptar la magnitud de esta urgencia.

Como se apuntó en el documento final de la 16° Congregación General del Sínodo (octubre 2018), en referencia al papel de las mujeres en el trabajo de Iglesia: “Muchas mujeres desempeñan un papel insustituible en las comunidades cristianas”. Y se “recomienda que todos sean más conscientes de la urgencia de un cambio inevitable, también a partir de una reflexión antropológica y teológica sobre la reciprocidad entre hombres y mujeres”. Si al menos actuásemos poniendo energía suficiente en esas afirmaciones, estaríamos empezando a honrar una deuda milenaria, que ya no puede ser nuevamente postergada o invisibilizada. Hay aires de cambio resoplando en todo el mundo. Ojalá seamos capaces de reconocernos en los puntos de partida que son medulares para propiciar un cambio. Todo se trata de reaprender a cuidar la vida. Así de sencillo, así de complejo.

Con la pandemia se pone de manifiesto que la discriminación y las inequidades están muy presentes. Es la gente más pobre, la hacinada, la que tiene que salir a trabajar cada día para ganar el pan, la que está más expuesta a la enfermedad. Y en ese inmenso universo, mujeres y niñas corren el mayor peligro





Ruralidad global y COVID-19

Carlos Duarte¹

aurora

34

A pesar del preocupante panorama mundial que el COVID-19 ha instaurado, la prevención y el pensamiento crítico de ninguna manera puede traducirse en inmovilidad. Por lo tanto, mientras que se va reduciendo la incertidumbre, es necesario seguir estudiando cómo esta pandemia se desarrolla a nivel global. Como es de dominio público, el área de focalización actual del COVID-19 es la ciudad. Muy poco se sabe de su dispersión en contextos rurales, por lo que parece relevante echar un vistazo a lo que es posible rastrear al respecto. Así las cosas, se propone revisar los casos de China, Norte de África – Medio Oriente, África subsahariana, Europa, los EEUU y, claro está, Sur y Centro América. Finalmente, se revisan algunas directrices globales en la materia.

China: Empobrecimiento comunitario y confinamiento riguroso

Poco se sabe sobre las acciones que se tomaron en las zonas rurales como parte de la cuarentena nacional, y aún menos se sabe sobre los efectos del COVID-19, en las aldeas rurales de China, fuera del epicentro en el momento del brote

Poco se sabe sobre las acciones que se tomaron en las zonas rurales como parte de la cuarentena nacional, y aún menos se sabe sobre los efectos del COVID-19, en las aldeas rurales de China, fuera del epicentro en el momento del brote.

Un reporte del International Food Policy Research Institute - IFPRI² nos advierte que, a la fecha, ningún estudio ha examinado empíricamente los impactos económicos y sociales del COVID-19 o sus contramedidas en un contexto rural. Vale la pena remarcar que, de acuerdo con el IFPRI, los residentes rurales de China son una subpoblación relativamente pobre, con una escasa red de seguridad social en el mejor de los casos. Sin embargo, se conoce que en respuesta al COVID-19, China implementó una fuerte política de cuarentena y bloqueo de viajes en todo el país, que significó que todos los espacios

¹ Profesor de la Universidad Javeriana de Cali, Colombia. Coordinador de la Línea de Investigación Aplicada en Desarrollo Rural y Ordenamiento Territorial del Instituto de Estudios Interculturales – IEI.

² IFPRI (30/03/2020): Extraído de <https://www.ifpri.org/blog/lockdowns-are-protecting-chinas-rural-families-COVID-19-economic-burden-heavy>

públicos, empresas y escuelas cerraran sus puertas hasta nuevo aviso; así mismo, se establecieron fuertes restricciones a la movilidad de los individuos para impedir que abandonaran sus hogares.

Para evaluar los efectos de las medidas de control de COVID-19, locales y nacionales, sobre la salud y la economía de la población rural de China, un equipo de investigadores, dirigido por el Programa de Acción de Educación Rural (REAP) en la Universidad de Stanford, realizó encuestas telefónicas con 726 seleccionados al azar, informantes de aldeas en siete provincias chinas rurales fuera de Hubei, el epicentro del virus.

Esta investigación permitió confirmar que todas las aldeas habían implementado universalmente medidas de cuarentena extremadamente estrictas para detener la propagación del virus, entre las cuales vale la pena resaltar: i) el 100 % de todas las aldeas habían erigido barreras para poner en cuarentena sus aldeas del resto de China; ii) el 98 % informó que todas las reuniones grupales (incluidas bodas y funerales) habían sido prohibidas temporalmente; iii) el 97 % informó que los aldeanos no podían visitar las casas de amigos o familiares dentro del pueblo; iv) el 86 % informó que ni siquiera sus familiares cercanos o amigos que vivían fuera de la aldea podían ingresar; v) el 96 % informó que los aldeanos debían usar máscaras para salir (aunque solo el 16 % afirmó que había máscaras disponibles para la compra); y vi) el 95 % informó que podrían abandonar la aldea para buscar atención médica.

Los resultados de la encuesta confirmaron que la draconiana política de cuarentena permitió contener con éxito la propagación de COVID-19 en las aldeas rurales. Solo cuatro informantes de 726 reportaron de infecciones COVID-19 en sus aldeas, y de los casi 700.000 residentes en estas aldeas, solo alrededor de 10 habían contraído el virus. Nadie, en ninguna de las aldeas encuestadas, reportó muertes por el virus. Esto sugiere que las medidas de bloqueo pueden minimizar efectivamente la propagación del virus.

Sin embargo, la investigación en cuestión también encontró una serie de impactos negativos, relacionados fundamentalmente con la inflación de los alimentos, acceso a los servicios de salud y educación. Si bien todos en China estaban sintiendo el efecto del brote de COVID-19 después de un mes de restricciones, es casi

seguro que los residentes rurales fueron los más afectados por los impactos económicos y sociales. El análisis del IFPRI sugiere una disminución radical del empleo en las zonas rurales de China debido, al menos en parte, a las restricciones que impiden que los trabajadores migrantes regresen al trabajo. Mientras que a los trabajadores urbanos asalariados se les pagaba durante la cuarentena como lo exige el consejo de estado de China, los trabajadores rurales casi nunca recibieron un salario: si no trabajan, no se les paga.

África Subsahariana: la letalidad podría ser la más alta del mundo

Si bien el virus tardó en llegar al continente africano, en comparación con otras partes del mundo, su gran volumen de conexiones de tráfico aéreo con China, Estados Unidos y Europa ha significado que, en las últimas semanas, su ritmo se acelere y continúe propagándose. Al 7 de abril se han notificado más de 10.000 casos de coronavirus en 52 de los 54 países de África³, según los Centros para la Prevención y Control de Enfermedades de África (CDC de África). De los países del África subsahariana con el mayor número de infecciones por COVID-19, Sudáfrica es el país más afectado con 1.686 casos y 12 muertes, seguido de Camerún con 658 casos y nueve muertes y Burkina Faso con 364 casos y 18 muertes.

Sin embargo, de acuerdo con un análisis del Foro Económico Mundial⁴, la población y los sistemas de salud de la África subsahariana la hacen diferente de

Si bien el virus tardó en llegar al continente africano, en comparación con otras partes del mundo, su gran volumen de conexiones de tráfico aéreo con China, Estados Unidos y Europa ha significado que, en las últimas semanas, su ritmo se acelere y continúe propagándose. Al 7 de abril se han notificado más de 10.000 casos de coronavirus en 52 de los 54 países de África, según los Centros para la Prevención y Control de Enfermedades de África (CDC de África)

3 Ver <https://www.afro.who.int/news/covid-19-cases-top-10-000-africa>

4 Extraído de <https://www.weforum.org/agenda/2020/03/why-sub-saharan-africa-needs-a-unique-response-to-covid-19/>

debemos anticipar que, en África, se producirá una mayor incidencia de formas graves de COVID-19, en pacientes más jóvenes, debido a la demografía y las condiciones endémicas asociadas que afectan el sistema inmune. La desnutrición, la anemia, la malaria, el VIH / SIDA y la tuberculosis pueden aumentar la gravedad de COVID-19. Es posible que la África subsahariana no vea la misma narrativa de "la mayoría de las personas que la obtienen estarán bien"

otras regiones que han experimentado COVID-19 a la fecha. Tres factores son importantes a nivel de su población.

El primer factor está relacionado con la estructura demográfica del continente. La mediana de edad de los 1.300 millones de habitantes de África es de 19,7 años. Por el contrario, la edad promedio en China es 38,4 años, y la edad promedio en la Unión Europea es 43,1 años.

El segundo factor, es la alta prevalencia de desnutrición, anemia, malaria, VIH / SIDA y tuberculo-

sis. Liberia, por ejemplo, tiene una de las tasas más altas de retraso en el crecimiento en el mundo: uno de cada tres niños menores de cinco años tiene retraso en el crecimiento. En las últimas semanas, hemos sido testigos de un aumento en la incidencia de la desnutrición. Además, la temporada de lluvias ha llegado a principios de este año, lo que significa que los casos de malaria aumentarán rápidamente y los casos máximos de malaria en 2020 pueden coincidir con la actual pandemia de COVID-19. Por lo tanto, debemos anticipar que, en África, se producirá una mayor incidencia de formas graves de COVID-19, en pacientes más jóvenes, debido a la demografía y las condiciones endémicas asociadas que afectan el sistema inmune. La desnutrición, la anemia, la malaria, el VIH / SIDA y la tuberculosis pueden aumentar la gravedad de COVID-19. Es posible que la África subsahariana no vea la misma narrativa de "la mayoría de las personas que la obtienen estarán bien".

Mientras que el tercer factor subraya hasta que punto la cohesión y las reuniones sociales son de gran importancia en África subsahariana. Por ejemplo, la asistencia semanal a un servicio religioso es elevada en

África, con tasas tan altas como 82 % en Uganda y Etiopía. Como resultado, las medidas para imponer el distanciamiento social y físico pueden resultar más difíciles, como lo demuestran las protestas que estallaron el 20 de marzo de 2020 en Senegal, después de las reuniones públicas, incluidas las reuniones en las mezquitas que se prohibieron cuando aumentaron los casos de COVID-19. A principios de esta semana, Tanzania fue objeto de escrutinio cuando se anunció que el país no cerrará los lugares de culto.

Bajo el anterior contexto son dos los principales retos del sistema de salud que en África subsahariana harán que la respuesta COVID-19 sea más compleja. El primer reto sanitario del continente emerge cuando se observa la doble carga de enfermedades que podrían estar experimentando: además de lidiar con estas enfermedades infecciosas endémicas, los sistemas de salud en África enfrentan enfermedades no transmisibles, como lesiones y cáncer. Como resultado, los sistemas de salud ya están saturados, y hay muy poco espacio para absorber la demanda que crearía la pandemia de COVID-19.

El segundo reto, es la constatación de que la capacidad de proporcionar cuidados críticos es la más baja del mundo. Las formas graves de COVID-19 conducen a insuficiencia respiratoria que requiere soporte de ventilación. La capacidad de tratar formas graves de COVID-19 dependerá de la disponibilidad de ventiladores, electricidad y oxígeno. Un análisis reciente de países con el mayor número de camas de cuidados intensivos per cápita no incluye a ningún país de África. En Liberia, por ejemplo, no hay unidades de cuidados intensivos (UCI) con ventiladores. Uganda tiene una cama de 0.1 UCI / 100,000 habitantes. En contraste, Estados Unidos tiene 34.7 camas / 100,000 habitantes.

La proyección del Foro Económico Mundial concluye que existen diferencias en la estructura de la población, la alta prevalencia de enfermedades endémicas y la doble carga de morbilidad, con sistemas de salud que se estiman con poca capacidad de cuidados críticos, que podrían llevar a situaciones de mortalidad desastrosas para la África subsahariana. A lo anterior,

podría sumarse el eco dispar que ha tenido entre los ejércitos en conflicto a lo largo y ancho de la región⁵, el llamado del Secretario General de Naciones Unidas, António Guterres, para comprometerse a decretar un alto el fuego con el objetivo de hacer frente a la pandemia ocasionada por el COVID-19.

Norte de África y medio oriente: entre el polvorín iraní y la autosuficiencia turca

De acuerdo con el Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA)⁶, después de una curva inicial de propagación del virus que aumentaba lentamente, es posible observar en los últimos días, un aumento preocupante de casos en todo el Cercano Oriente y África del Norte. Irán, Egipto, Marruecos y Turquía se encuentran entre los países más afectados, hasta ahora. Al mismo tiempo, leer sobre países que aparentemente no están afectados por el virus, como Libia, Siria y Yemen, no siempre es una buena noticia. De hecho, los países frágiles y afectados por conflictos podrían no ser capaces de realizar las pruebas COVID-19, dado que sus sistemas de atención médica ya están bajo una presión tremenda.

Con respecto a los países que están en capacidad de reportar información de la pandemia, una noticia publicada por la Deutsche Welle⁷ resalta que Irán es el país que está en el corazón del brote: ha registrado más de 6.500 positivos y cerca de 200 muertes por coronavirus. Aunque la asistencia sanitaria es buena en Teherán (la capital) y en los núcleos más poblados, es muy deficiente en zonas rurales. Por lo tanto, los esfuerzos de las autoridades iraníes se concentran en evitar que el virus salga de las “grandes” ciudades. Sin embargo, el gobierno tiene enormes dificultades para imponer la cuarentena, la gente difícilmente obedecerá las reglas de cuarentena y la situación de los suministros médicos es catastrófica gracias a las sanciones estadounidenses y la mala gestión gubernamental. Teniendo en cuenta esas realidades, los investigadores estiman que Irán no alcanzará el pico de la epidemia hasta finales de mayo y estiman que hasta 3,5 millones de personas podrían morir como resultado.

De acuerdo con una reciente publicación del *Daily Sabah*⁸, en Turquía gran parte de la preocupación rural está focalizada en endurecer las medidas de higiene, vivienda y salud de los trabajadores estacionales. El ministro de Agricultura y Silvicultura del país, Bekir Pakdemirli, anunció el lunes que el ministerio subvencionará el 75 % de las semillas para los agricultores en 21 provincias agrícolas de todo el país, en un esfuerzo por evitar interrupciones o retrasos durante la temporada de siembra de primavera en medio del brote, y agregó que solo una cuarta parte de los costos serán cubiertos por los agricultores. Pakdemirli dijo que el ministerio realizó estudios en provincias designadas sobre el potencial de aumentar las áreas de siembra para garantizar la seguridad alimentaria durante la crisis. El ministro de agricultura de Turquía señaló que el programa de apoyo tiene como objetivo aumentar los rendimientos en productos estratégicos como las legumbres, los cultivos de cereales y semillas oleaginosas y guiar a los agricultores a utilizar las plantaciones de manera más eficiente durante la temporada de siembra. Para el gobierno turco: “A medida que la pandemia de coronavirus detuvo la actividad económica en los principales sectores, la industria agrícola ha ganado importancia estratégica, de manera que el gobierno se encuentra trabajando para evitar cualquier interrupción en el suministro de alimentos de la nación”.

Europa: seguridad alimentaria y californización de la agricultura

El hecho de que las fronteras urbano-rurales sean menos rígidas en Europa que en los casos anteriormente analizados, produce a su vez, que la diferencia en la propagación del COVID-19 sea menos marcada que en otros contextos nacionales.

Sin embargo, la Política Agraria Común - PAC, esta justamente en el centro de las preocupaciones que suscita el COVID-19. Fue así, como a finales de marzo la Ministra de Agricultura de Croacia, Marija Vučković, convocó una videoconferencia de ministros de la Unión Europea (UE) responsables de agricultura y pesca, con el objetivo de compartir información

5 Extraído de <https://www.africaye.org/impacto-del-covid-19-en-los-escenarios-de-conflictividad-armada-en-africa-subsaariana/>

6 Ver <https://www.ifad.org/es/web/latest/blog/asset/41839252>

7 Extraído de <https://www.dw.com/es/ir%C3%A1n-enfrenta-posible-cat%C3%A1strofe-por-el-coronavirus-covid-19/a-52820866>

8 Extraído de <https://www.dailysabah.com/business/economy/turkey-wont-see-virus-induced-food-shortage-agriculture-expert-says>



entre los Estados miembros y las instituciones de la UE⁹. La conclusión de dicho evento apuntó a señalar que, en momentos como este, garantizar la seguridad alimentaria es uno de los temas más importantes para 500 millones de ciudadanos europeos. Por lo tanto, la seguridad alimentaria, la disponibilidad y la producción de alimentos estuvieron entre los temas más importantes discutidos.

Se identificaron los siguientes obstáculos críticos causados por la pandemia de COVID-19 para garantizar el funcionamiento normal de la cadena de suministro de alimentos: las restricciones en el movimiento de mercancías, los cambios en los patrones de consumo y en el funcionamiento de los sistemas de producción

agroalimentaria, así como la falta de mano de obra debido al cierre de fronteras, los requisitos de distancia social, el aislamiento obligatorio o la cuarentena.

En respuesta a la situación anterior, la Comisión se refirió a la Iniciativa de Inversión Corona Response para dirigir rápidamente € 37 mil millones de inversión pública europea para hacer frente a las consecuencias de la crisis COVID-19. En cuanto a las ayudas estatales, se recaudaron importes máximos, hasta 120.000 euros por empresa activa en el sector de la pesca y la acuicultura o 100.000 euros por empresa activa en la producción primaria de productos agrícolas. Para las empresas activas en el procesamiento y comercialización de productos agrícolas, el umbral se

9 Ver <https://eu2020.hr/Home/OneNews?id=228>

establece en 800.000 EUR. Además, la Comisión ha anunciado una extensión por un mes de la fecha límite para presentar la solicitud única de pagos directos y otras áreas y animales relacionadas con el mercado en 2020.

Sin embargo, vale la pena destacar que diversas fuentes europeas han coincidido en señalar que la escasez de mano de obra en el campo, por el impacto de las medidas contra el coronavirus, puede convertirse en un problema “grave” para la cadena de producción agroalimentaria de la UE y encarecer la cesta de la compra, sobre todo de alimentos frescos. Las medidas de los Gobiernos de la UE para frenar la COVID-19 tienen efectos notables en la cadena agroalimentaria, entre los que destacan la “alarmante” falta de trabajadores estacionales, las dificultades en el transporte y una previsible subida de precios, según el estudio, publicado por el Servicio de Investigación del Parlamento Europeo.

Para el caso francés, se ha subrayado que esos trabajadores estacionales son por lo general extranjeros. De acuerdo con las cifras suministradas por la oficina francesa de la inmigración¹⁰, cerca del 80 % de la mano de obra asalariada en el campo es de origen extranjero. El modelo agrícola que podría estar haciendo agua en estos momentos ha sido llamado por Jean-Pierre Berlan, investigador del Instituto Nacional de la Investigación Agrícola (INRA), como la “californización”¹¹ de la agricultura francesa. De acuerdo con France Culture¹², las explotaciones francesas han crecido en la medida que los cultivos se han especializado e intensificado, contratando cada vez más asalariados temporales. Para el periodo 2018 - 2019 se registraron 270 mil empleados estacionales, es decir, un tercio del empleo total del sector. Este fenómeno no es solo francés, sino que se ha implementado siguiendo el ejemplo del sur de España, donde la mayor parte de la mano de obra contratada proviene de países como Marruecos, Polonia, Túnez y, cada vez más, Rumania.

En el contexto anterior, el encerramiento de las fronteras europeas por el COVID-19 impedirá que los

trabajadores estacionales trabajen en estos cultivos este año. Por eso el gobierno francés ha hecho un llamado a reclutar cerca de 200 mil voluntarios para ayudar a los agricultores en esta época de crisis¹³, llamado que al parecer y, a pesar de las dificultades, ha tenido muy buena acogida¹⁴.

EEUU: ¿Un sistema de salud para la administración eugenésica de las poblaciones?

A pesar de que Estados Unidos ha sido el país que más caro esta pagando su inoperancia estatal para actuar frente a la pandemia en las ciudades, aún está por verse su afectación en los contextos más rurales, sobre todo en aquellos Estados de habitación dispersa, a veces con acres de tierra entre casas. El modelo *farmer* norteamericano, podría estar produciendo el distanciamiento social por defecto.

Sin embargo, el Dr. John Brownstein, epidemiólogo del Boston Children's Hospital¹⁵, dijo que es común que los virus entren en las comunidades rurales después de golpear primero a las grandes ciudades. “También vemos este tipo de tendencia en la gripe”, dijo. “Tiende a comenzar en áreas urbanas donde hay mucha mezcla, y luego se traslada a las comunidades suburbanas y rurales. Además, en este caso, cuando se les pide a las personas que se pongan en cuarentena o se refugien en el lugar, las personas tienden a moverse fuera de las ciudades a lugares suburbanos y rurales”.

A este respecto, un inquietante artículo publicado en el Washington Post advierte sobre los peligros que el COVID-19 podría acarrear en varias zonas rurales. En opinión de Michelle Williams, decana de Harvard, y Bizu Gelaye, profesora asistente en el Hospital General de Harvard y Massachusetts:

En las últimas semanas, nuestros centros urbanos se han apresurado a movilizarse en respuesta a los crecientes casos de COVID-19. Pero es necesario tener cuidado: es solo cuestión de tiempo antes de que el virus ataque a ciudades y condados rurales pequeños, a menudo ol-

10 Ver <https://www.immigration.interieur.gouv.fr/Info-ressources/Etudes-et-statistiques/Statistiques/Data-migration/Tableaux-des-annees-precedentes/Emploi-2016>

11 Ver <https://www.lebulletin.com/actualites/lagriculture-intensive-exige-limportation-dune-main-doeuvre-flexible-en-france-19518>

12 Ver <https://www.franceculture.fr/economie/le-covid-19-revele-la-dependance-de-lagriculture-a-la-main-doeuvre-etrangere>

13 Ver https://www.lemonde.fr/economie/article/2020/03/24/l-agriculture-francaise-cherche-des-bras-et-des-debouches_6034257_3234.html

14 Ver https://www.lemonde.fr/economie/article/2020/03/30/pres-de-150-000-volontaires-pour-aider-les-agriculteurs_6034875_3234.html

15 En <https://abcnews.go.com/Health/surprising-covid-19-hot-spots-coronavirus-threatens-rural/story?id=69940146>

vidados. Y ahí es donde esta enfermedad golpeará más fuerte. [...] Colorado, Utah e Idaho están lidiando con grupos repentinos en condados populares entre los turistas de otros estados. Los casos también se están disparando en los estados del sur, como Georgia, Florida y Louisiana. Hasta ahora, las comunidades escasamente pobladas han estado mejor aisladas de la propagación. Pero dado que ningún lugar en los Estados Unidos está realmente aislado, simplemente no se puede superar este virus. Toda comunidad está en riesgo inminente.

En opinión de las expertas entrevistadas, a las comunidades rurales les podría ir mucho peor que a sus contrapartes urbanas y suburbanas en la medida que las poblaciones rurales son mayores en promedio, con más del 20 % por encima de la edad de 65 años. Las poblaciones rurales norteamericanas también tienden a tener una salud general más pobre y sufren tasas más altas de enfermedades crónicas, como enfermedades cardíacas, diabetes y afecciones pulmonares, lo que las pone con mayor riesgo de enfermarse gravemente, o incluso de morir, si se infectan.

Así mismo, las zonas rurales de EEUU también sufren altos índices de mortalidad rural, con una disparidad en las tasas de mortalidad entre las zonas urbanas y rurales que ha ido en aumento desde la década de 1980. La tensión financiera crónica y la erosión de las oportunidades han contribuido a “muertes por desesperación”, así como a un aumento en condiciones como enfermedades cardíacas, diabetes tipo 2 y accidentes cerebrovasculares. Agreguemos a este contexto el distanciamiento social prolongado, la recesión económica, y estas tendencias seguramente empeorarán.

En la misma línea, el sistema de salud norteamericano ha sido duramente criticado por su excesivo monetarismo, al punto que parece una refinada y masiva política eugenésica, que se alinea directamente bajo criterios de clase, género, raza y ruralidad. En este último aspecto, el artículo del *Washington Post* advierte que:

Mucho antes de que el nuevo coronavirus surgiera como una amenaza, los hospitales rurales de Estados Unidos ya estaban en una situación financiera grave. Aproximadamente 1 de cada 4 son vulnerables a ser cerrados, y 120 se han cerrado en la última década. Con la inminente pandemia, muchos de estos sistemas de salud se han visto obligados a cancelar los procedimientos electivos y los servicios no urgentes, como la fisioterapia y las pruebas de laboratorio, que en algunos casos representan la mitad de sus ingresos. A medida que disminuye el flujo de efectivo, la American Hospital Association advierte que incluso más hospitales podrían verse obligados a cerrar sus puertas exactamente cuando los pacientes más los necesitan.

Sur y Centro América: la realidad populista y la desigualdad rampante

En los países de Sur y Centro América existe un condicionamiento estructural que convierte a la pandemia en una amenaza remarcable: la profunda y expandida inequidad social. Así, mientras que el COVID-19 avanza con paso firme en nuestra región, las respuestas gubernamentales son heterogéneas. Quizás podamos sintetizar dicha diversidad de respuestas en la siguiente tipología:

1. Los que gestionan mejor la pandemia por su aislamiento geográfico o por su capacidad instaurada. Países como Cuba, Uruguay y Costa Rica presentan índices de contagio relativamente bajos, sumados a un acceso relativamente uniforme a sus sistemas de protección social.
2. Los que están haciendo lo que pueden. Países como Colombia, Chile, Argentina, encontramos accesos muy desiguales a servicios de protección social, pero sus gobiernos aplicaron a tiempo políticas

En los países de Sur y Centro América existe un condicionamiento estructural que convierte a la pandemia en una amenaza remarcable: la profunda y expandida inequidad social. Así, mientras que el COVID-19 avanza con paso firme en nuestra región, las respuestas gubernamentales son heterogéneas



de aislamiento social. Lo anterior produjo que el crecimiento exponencial del contagio se ha ralentizado; sin embargo, en la actualidad, la presión del sector productivo y el tamaño de sus economías informales está colocando entre la espada y la pared a estos gobiernos, en la medida que se debaten entre bajar los mecanismos de cuarentena, a sabiendas que la curva de contagios tenderá al alza.

3. Los que quieren, pero no han podido detener la escalada pandémica. En este conjunto de naciones podríamos situar a Venezuela, Perú, Ecuador, Bolivia, Panamá y República Dominicana. Este conjunto de países registra condiciones de marginación social o infraestructura sanitaria deficiente, que los sitúan en un lugar preocupante a la hora de proyectar escenarios de curvas de expansión del COVID-19.
4. Los populistas de corte negacionista. Países como México, Nicaragua y Brasil presentan altos niveles de escalamiento de la enfermedad por la reticencia estatal a tomar medidas de aislamiento preventivo. Los gobernantes de estos países niegan la importancia de la pandemia y no escatiman recursos en desestimar su amenaza. En este bloque de países, sencillamente,

es más grave la amenaza a sus aparatos económicos que la muerte de sus conciudadanos.

Quisiera detenerme un momento en este último conjunto de gobiernos negacionistas. Como hace rato no se veía, esta pandemia viene desnudando los agrietamientos de los regímenes populistas respecto al ejercicio científico. En un panel que organizamos en el Instituto de Estudios Interculturales sobre COVID-19 y ruralidad, un ilustre y muy competente colega, entre muchas verdades, soltaba la afirmación que el COVID-19 se estaba gestionando mejor por los gobiernos situados a la izquierda del espectro político. Creo, sinceramente, que la anterior, es una afirmación difícil de sostener cuando observamos la realidad de casos como México y Nicaragua, los cuales en muy poco se apartan de los postulados que han defendido presidentes como Trump o Bolsonaro. La estupidez, en este caso, parece no distinguir entre izquierda y derecha.

La lógica argumentativa básicamente es la misma: i) primero, la desestimación del riesgo, “eso es una gripecita, no es algo de qué preocuparnos”; ii) luego, está el efectivo recurso a la confusión, colocando en el mismo plano fenómenos y realidades absolutamente disímiles, “Hay pandemias peores, como la violencia, la tuberculosis, el Ebola y, no por eso, dejamos de trabajar”; iii) tercero, el aprovechamiento del pánico con fines cercanos al terrorismo político: “nos van a matar

a todos de hambre y la ruina generalizada se aproxima; y iv) últimamente, se han difundido argumentos alucinantes, entre algunos ejemplos remarcables: el COVID-19 es realmente una conspiración con variantes ideológicas insospechadas, al punto de establecer una nueva triple alianza entre Europa, China y la OMS; tampoco falta la variante *iluminati*, que tiene a Bill Gates como cabecilla.

¿En qué dirección se mueven las orientaciones para la ruralidad global?

Del mismo modo que la pandemia esta teniendo grados de afectación heterogéneos en los contextos urbanos de cada geografía nacional, del mismo modo se prefiguran sus desafíos en las áreas rurales. Tenemos regiones enteras, como el África Subsahariana, donde la expectativa podría ubicarse en cómo detener una letalidad a gran escala, o preocupaciones relacionadas con la seguridad alimentaria turca, o la soberanía alimentaria europea. No escapan, a estas preocupaciones, los países con mayor influencia económica y política como los EEUU, donde contrariamente a lo que podría esperarse, las expectativas tampoco parecen muy halagüeñas.

El International Food Policy Research Institute (IFPRI) subraya que ya sin pandemia África y otros países en desarrollo (más de 820 millones de personas) luchan diariamente con la inseguridad alimentaria. En el contexto de la pandemia, Rob Vos, Director de la División del IFPRI y los Investigadores Senior Will Martin y David Laborde¹⁶ estiman que la propagación del coronavirus podría causar que otros 14 millones de personas caigan por debajo de lo esperado en la llamada línea de pobreza. Nueve millones de ellos son personas rurales que viven en países en desarrollo. En esos países, incluido el nuestro (Colombia) el suministro de alimentos depende en gran medida de los pequeños productores rurales y de su contribución al suministro de alimentos.

De acuerdo con Marie Haga, Vicepresidenta Adjunta del Departamento de Relaciones Exteriores y Gobernanza del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA)¹⁷:

La alimentación constituye nuestra necesidad más básica, y debemos defender nuestros sistemas alimentarios y a las personas que trabajan en ellos. Todos hemos escuchado las historias sobre los heroicos empleados de supermercado que mantienen las estanterías bien abastecidas, arriesgando su propia salud, para que las personas en confinamiento puedan seguir alimentándose. A quienes no vemos es a los pequeños productores rurales que trabajan en zonas remotas, lejos de las cámaras, y que siguen cultivando alimentos esenciales para la seguridad alimentaria nacional de los países en desarrollo.

Según datos proporcionados por Marie Haga, las pequeñas explotaciones agrícolas producen el 50 % de la totalidad de las calorías alimentarias en el 30 % de las tierras agrícolas del mundo. En África Subsahariana, el 80 % de las explotaciones agrícolas son de pequeño tamaño. Las pequeñas explotaciones agrícolas podrían ser aún más relevantes a la hora de garantizar la seguridad alimentaria de las personas, tanto del medio rural como urbano, en un momento en que el comercio mundial –incluida la alimentación– se enfrenta a posibles interrupciones.

Sin embargo, como venimos de analizar, los campesinos, pescadores y pequeños mineros de Sur y Centro América están especialmente expuestos a los impactos de la COVID-19. De acuerdo con el FIDA, el acceso a la atención sanitaria, los medicamentos, el agua y el saneamiento suele ser insuficiente en las zonas rurales de los países en desarrollo, donde residen más del 75 % de las personas más pobres y hambrientas del mundo, cuyo sustento depende de la agricultura. Más allá de las repercusiones del propio virus, las suspensiones en el suministro de bienes (como las semillas) y las dificultades para acceder a los mercados, a raíz de las restricciones a la circulación y el cierre de las fronteras, ya están poniendo en peligro los medios de vida de los agricultores y productores de alimentos a pequeña escala.

16 En <https://www.ifpri.org/blog/how-much-will-global-poverty-increase-because-covid-19>

17 En <https://www.ifad.org/en/web/latest/blog/asset/41846623>



Las **JUVENTUDES** activas para... *el día después de mañana*

Karem Paredes¹

43

La emergencia sanitaria mundial nos orilla a la búsqueda permanente del cuidado y la sobrevivencia, pues anhelamos que el “día después de mañana” se pueda regresar a la cotidianidad, a la normalidad. Sin embargo, es vital cuestionar y reflexionar si volver a la “normalidad”, en un continente con necesidades urgentes de transformaciones sociales, es la mejor opción.

Al llegar la lluvia las hormigas ya saben qué hacer. Avanzan hacia las zonas más recónditas de su hormiguero, su hogar, y se protegen unas a otras. Cada hormiga obrera tiene claro su papel en momentos de emergencia con el único fin de sobrevivir. Algo similar al papel que está desarrollando la ciudadanía del mundo, tratando de sobrevivir ante una pandemia que ha paralizado no sólo la cotidianidad, la economía, la política y la cultura, sino también los abrazos y los encuentros que vitalizan el diario vivir.

La emergencia sanitaria mundial nos orilla a la búsqueda permanente del cuidado y la sobrevivencia, pues anhelamos que el “día después de mañana” se pueda regresar a la cotidianidad, a la normalidad. Sin embargo, es vital cuestionar y reflexionar si volver a la “normalidad”, en un continente con necesidades urgentes de transformaciones sociales, es la mejor opción.

Hasta el momento, esa normalidad ha excluido a la población mayoritaria de Latinoamérica. Nos referimos al sector poblacional con una media de edad de 25 años, jóvenes *millennials* que crecieron de la mano con la tecnología, con la carga de prácticas políticas neoliberales y con historias de las luchas populares. Estas juventudes rozan los 140 mil millones de personas en América Latina y el Caribe², lo que significa que son la fuerza motora y dinamizadora de las sociedades.

¹ Periodista y productora en Radio Progreso. Forma parte del equipo coordinador de las Escuelas de Formación Política y Ciudadana del ERIC-SJ/RP.

² Fondo de Población de las Naciones Unidas (2020): “Adolescencia y Juventud”. Extraído de <https://lac.unfpa.org/es/temas/adolescencia-y-juventud>

Los jóvenes viven en sociedades marcadas por exuberantes actos de corrupción, fraudes y nepotismos que destartalan la institucionalidad de los países, por prácticas antidemocráticas que ahogan a la ciudadanía en una normalidad donde apenas se sobrevive, y por un sistema económico colapsado y una aparente seguridad con estampilla militar. Realidades que golpean directamente en la vida y el desarrollo de las juventudes latinoamericanas

En términos cuantitativos, es una cifra relevante para transformar una sociedad. Y en los últimos años hemos visto emerger a una generación inconforme con políticas públicas que no garantizan una vida digna para su desarrollo y el bienestar de la sociedad. Ha sido un proceso lento, pero muy significativo en la segunda década del milenio. La juventud siempre está en movimiento, quizás por eso es reacia a ideologías estáticas y alejadas del bienestar común, y ha dejado claro sus cuestionamientos.

Los jóvenes viven en sociedades marcadas por exuberantes actos de corrupción, fraudes y nepotismos que destartalan la institucionalidad de los países, por prácticas antide-

mocráticas que ahogan a la ciudadanía en una normalidad donde apenas se sobrevive, y por un sistema económico colapsado y una aparente seguridad con estampilla militar. Realidades que golpean directamente en la vida y el desarrollo de las juventudes latinoamericanas.

Si acercamos la lupa, la educación pública y de calidad, que es un derecho social donde los Estados son los responsables de administrar, financiar y garantizar para la construcción de igualdad, ha sido amenazada por las tendencias privatizadoras, provocando el desmantelamiento de los sistemas educativos públicos. Por ello, en la última década, en países como Brasil, Chile y Honduras, los estudiantes de educación media y universidad se han organizado en diversos movimientos, demandando a sus gobiernos una educación gratuita y de calidad, así como la inclusión en la toma de decisiones en cuanto al rumbo y los procesos de transformación de la educación. En Argentina, los jóvenes también han luchado para que se siga respetando el bono estudiantil que suaviza la carga económica de los estudiantes. Producto de la beligerancia, los y las jóvenes han cargado con el estigma de vándalos, rebeldes e inconformes. Pero no se profundiza en el estigma



que tiene orígenes sistemáticos, los famosos “NiNis” que ni trabajan, ni estudian. Para 2016, 20 millones de jóvenes entre 15 y 24 años en América Latina y el Caribe estaban en esta categoría³, lo que significa que la crisis económica y democrática de los países de América Latina, que se agudizó en los últimos años, afectó de manera crucial a la juventud.

Estos temas han sido las banderas de la juventud latinoamericana, específicamente de los movimientos estudiantiles. Sin embargo, el colapso de la institucionalidad y las decisiones políticas de los gobiernos de turno produjo que también tomaran la bandera, el compromiso y la buena voluntad de toda una población que busca hacer cambios esenciales en las sociedades. Las juventudes se inmiscuyeron en la lucha con diversas expresiones, trazadas por la creatividad y los colores, desde las antorchas y barricadas en Centroamérica, hasta el canto, el baile y las consignas juveniles anti neoliberales en el sur del continente. Pero, también estas luchas están marcadas por el dolor, el luto y represión por la intolerancia de los gobiernos, ante sus cuestionamientos por la manera de conducir un Estado.

Volver a la “normalidad” sería sinónimo de continuar soportando como juventud y como ciudadanía los procesos privatizadores, excluyentes y generadores de pobreza; un sistema patriarcal que reproduce violencia hacia la niñez, la juventud y las mujeres; y estructuras de poder que continúan carcomiendo las libertades y derechos fundamentales de la sociedad.

Repensar el mañana en esta emergencia es crucial para afrontar las crisis que le siguen. La América Latina post pandemia tiene el desafío de una juventud que genere ideas nuevas y cambios profundos que pasen por una serie de reflexiones personales, pero también organizativas. Urge plantearse qué compromisos está adquiriendo el joven en las decisiones políticas y sociales del país. Qué espacios se abren para inmiscuirse en la dinámica del Estado. Cuántos espacios escuchan las demandas juveniles, esas que apuestan por la cultura, el arte y una educación pública y laica. Qué políticas públicas dan paso al desarrollo profesional y laboral de las juventudes.

La juventud no ha estado ausente en América Latina, la han hecho invisible, que es diferente. Por lo tanto, al pasar la tormentosa pandemia, los jóvenes deben poner de nuevo las “cartas sobre la mesa”, con la construcción de propuestas incluyentes y con los pies en las calles, cargados de valentía y rebeldía, como característica nata de las juventudes. Como bien lo rapea la chilena Anita Tijoux “Con las ganas y el aliento, con cenizas, con el fuego del presente, con recuerdo, con certeza y con desgarró, con el objetivo claro, con memoria y con la historia... El futuro es ahora”.

Hay que anhelar el encuentro que conlleve organización y unidad, que permita sentir y pensar en comunidad, con compromisos personales, pero sin la excesiva carga de individualismo. América Latina y el Caribe ocupa una generación que lea y absorba las historias que marcaron la vida latinoamericana de hace unas cuantas décadas, que se empodere de las luchas que, aunque cambiaron protagonistas, siguen vigentes. Una juventud que no vea las plataformas digitales y redes sociales como un escape de la realidad, sino al contrario, como una herramienta para incentivar la opinión pública, el debate y la denuncia, tan necesaria en países donde la institucionalidad pende de un hilo.

Los chavos, las pibas, los pelados, las cipotas, los chavalos, jovems y patojas, las juventudes de esta América Latina y el Caribe tienen el compromiso de hacer redes, de fortalecer sus luchas insertándose en la realidad de sus comunidades, pueblos y aldeas, escuchando las voces de los también excluidos, y al final sabrán que las demandas y necesidades son las mismas, pero con diferentes matices. Es tan importante acentuar las coincidencias de las demandas, como también identificar los matices, porque en la diversidad de los aportes y acentos, está gran parte de la riqueza de nuestras juventudes.

Repensar el mañana en esta emergencia es crucial para afrontar las crisis que le siguen. La América Latina post pandemia tiene el desafío de una juventud que genere ideas nuevas y cambios profundos que pasen por una serie de reflexiones personales, pero también organizativas. Urge plantearse qué compromisos está adquiriendo el joven en las decisiones políticas y sociales del país

3 Banco Mundial (2016): “Ninins” en América Latina: 20 millones de jóvenes en busca de oportunidades. Extraído de <https://www.bancomundial.org/es/events/2016/01/07/out-of-school-and-out-of-work>



Este ejercicio no es nada más que crear empatía y humanizarse. Paralelo a esto hay que repensar nuevas prácticas que fomenten el buen vivir y el cuidado de la Casa Común, como un todo. Así como suena el reggae de la banda boricua Cultura Profética, “hay que reestructurar, no hay más que hablar, somos la gente que deja huella... hay que evolucionar”. Las juventudes que necesita nuestro pueblo grande, son aquellas que hagan historia tanto en los encuentros y debates, en las aulas y en las redes sociales, pero que desemboquen en las calles, como punto de encuentro luego del COVID-19. Porque las crisis sociales, políticas y económicas y las estructuras de poder deben ser afrontadas por una generación con valentía y compromiso.

Luego de las tormentas, las hormigas vuelven a organizarse y a construir camino. Así nos toca a nosotros, y no solo organizarnos, sino saber identificar y

forjar el camino y el rumbo. Y esta es tarea de esta generación, de nosotros los de veinte y treinta años. Somos una generación que no puede permitir y aceptar el retorno a una normalidad que ya nos hizo demasiado daño. Después de la pandemia, de estos encierros a veces angustiosos, nos toca un retorno que nos conduzca a la construcción de una nueva normalidad latinoamericana, digna, justa e incluyente.

Nos toca, nadie nos ha de sustituir. Es responsabilidad nuestra levantar la bandera, con alegría y esperanza, con nuestros bailes y nuestras sonrisas. Y con la firmeza de sembrar el nuevo paradigma de la América latina y el Caribe, ya nunca al gusto y antojo de los capitales y los poderes excluyentes y patriarcales, sino al ritmo de las juventudes comprometidas y entusiastas, porque, hoy y siempre “este pueblo no se ahoga con marullos, y si se derrumba, yo lo reconstruyo”⁴.

4 Frase de la canción “Latinoamérica” de Calle 13.

Bendita Pandemia

Tony Mifsud S.J.¹

la pandemia también está siendo una gran lección de humanidad en una cultura que se ha deshumanizado por su talante materialista, individualista, líquida y frívola. Si hay algo que ha quedado claro es el hecho de que nos necesitamos mutuamente los unos de los otros. Esta pandemia que nos azota no la vamos a superar si no somos capaces de pensar en el otro. No existe una solución individualista frente al coronavirus; así que, o nos salvamos remando juntos o nos hundimos todos y cada uno por su lado.

El coronavirus es, de por sí, muy débil porque basta con lavarse las manos con jabón para eliminarlo. Sin embargo, su capacidad de propagarse es impresionante y tiene al mundo entero paralizado y de rodillas. La fragilidad humana es aún más débil que la del virus. Desde el desconocido Wuhan (China), el coronavirus se ha propagado por todos los rincones del mundo.

En América Latina, generalmente, el coronavirus ha entrado mediante aquellas personas que volvían de Europa. En otras palabras, los primeros portadores han sido personas acomodadas que volvían de sus vacaciones de verano. De hecho, en Chile la primera comuna contagiada fue una de clase media alta.

¹ Director de la revista Mensaje, revista de actualidad, política y cultura fundada por San Alberto Hurtado, e investigador del Centro de Ética y Reflexión Social de la Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.

Una vez introducido en el país, se propagó rápidamente, revelando, a la vez, la presencia de una desigualdad social oculta. Enormes colas de personas de la tercera edad para cobrar sus pensiones, el estado lastimoso de las residencias de ancianos, la necesidad de ir al trabajo para no quedar sin dinero por el mes a pesar de la cuarentena, los grupos familiares que viven en hacinamiento, el racismo contra los haitianos. En fin, situaciones sociales que chocan con la actitud frívola y ofensiva de algunos otros que viven su vida normal sin importarle lo que está pasando a los otros. El viaje en helicóptero de un hombre que sale de Santiago y viaja al sur del país para comprar marisco dejó a todos con la boca abierta y el corazón doliente. ¡¡Tanta irresponsabilidad llega a ser ofensiva!!

Pero la pandemia también está siendo una gran lección de humanidad en una cultura que se ha deshumanizado por su talante materialista, individualista, líquida y frívola. Si hay algo que ha quedado claro es el hecho de que nos necesitamos mutuamente los unos de los otros. Esta pandemia que nos azota no la vamos a superar si no somos capaces de pensar en el otro. No existe una solución individualista frente al coronavirus; así que, o nos salvamos remando juntos o nos hundimos todos y cada uno por su lado.

La experiencia cotidiana de la presencia de la pandemia deja en evidencia que cuidarse es cuidar al otro, y cuidar al otro es cuidarse. No basta que uno sea responsable sino también el otro tiene que ser responsable. Sin esta experiencia de mutuo apoyo, el contagio seguirá propagándose. Uno depende del sentido de responsabilidad del otro y el otro pende del sentido de responsabilidad de uno. La propia autonomía, un valor tan apreciado por la sociedad actual, pasa por la dependencia del otro. Es que el otro forma parte de la propia vida, marca profundamente la propia identidad, y revela que el individuo es un ser relacional.

Pero, entonces, uno se pregunta si lo humano tiene algún defecto genético que lo arroja a la experiencia de radical dependencia. Pues, no existe ningún defecto, sino que el ser humano es un ser social, y esta dependencia forma parte de su autonomía. Soy porque somos y somos porque soy. Por tanto, el individualismo asocial que predomina en la sociedad ha dañado profundamente la convivencia, porque niega

algo constitutivo y constituyente del ser humano. Al desconocer el otro, uno desconoce lo más auténtico de uno mismo.

Este individualismo establece lo material como su meta, en lo económico, al perder la referencia del otro. Las reglas del mercado sustituyen las relaciones humanas, reduciendo al otro a un objeto entre otros en los cálculos que se realizan. El individualismo mata a la sociedad porque la auto referencia impide la convivencia. El individualísimo niega la construcción de la sociedad porque lo grupal depende de la relacionalidad entre los individuos. En este sentido, el coronavirus es una luz amarilla. ¿Sabremos aprovecharla?, ¿cambiaremos nuestro estilo de vida?, ¿seremos capaces de pensar de otra manera?

Se dice que la sociedad no será la misma durante y después de la pandemia. Ojalá. Pero este deseo no se cumplirá automáticamente, porque requiere una profunda conversión cultural.

En una sociedad narcisista se debilita el sentido del “nosotros”, fundamental y fundante de cualquier convivencia. San Alberto Hurtado S.J. (1901-1952) hablaba del sentido social. “La necesidad imperante de una nueva mentalidad, que nace de la solidaridad (ese vínculo íntimo que une los unos con los otros para la obtención de los beneficios en la sociedad),

Este individualismo establece lo material como su meta, en lo económico, al perder la referencia del otro. Las reglas del mercado sustituyen las relaciones humanas, reduciendo al otro a un objeto entre otros en los cálculos que se realizan. El individualismo mata a la sociedad porque la auto referencia impide la convivencia. El individualísimo niega la construcción de la sociedad porque lo grupal depende de la relacionalidad entre los individuos. En este sentido, el coronavirus es una luz amarilla. ¿Sabremos aprovecharla?, ¿cambiaremos nuestro estilo de vida?, ¿seremos capaces de pensar de otra manera?

y se expresa en un sentido social (esa *actitud espontánea para reaccionar fraternalmente frente a los demás, que lo hace ponerse en su punto de vista ajeno como si fuese el propio; que no tolera el abuso frente al indefenso; que se indigna cuando la justicia es violada*), que, a su vez, se traduce en una responsabilidad social (el no *contentarse con no hacer el mal, sino que está obligado a hacer el bien y a trabajar por un mundo mejor*)¹.

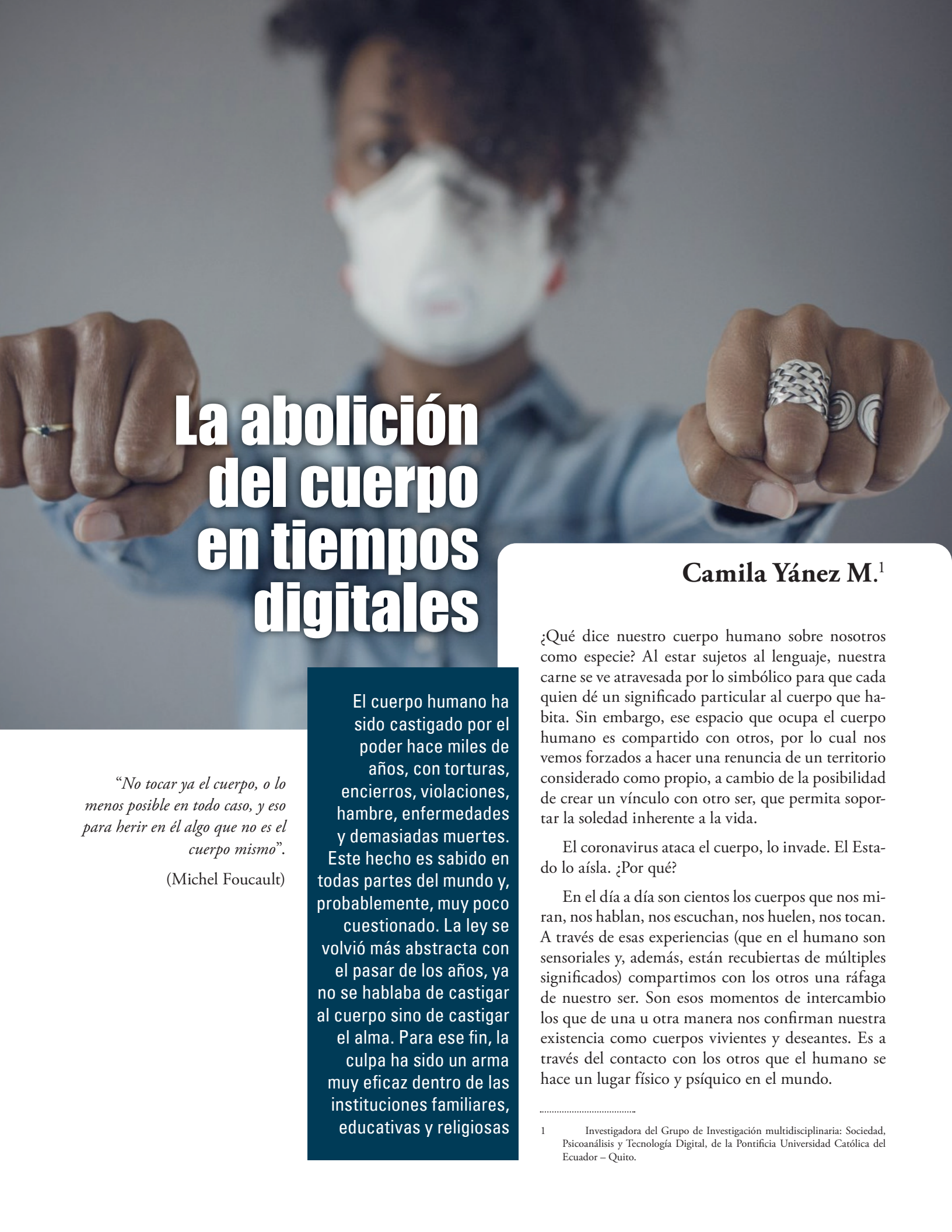
Concretamente, explica el Padre Hurtado²:

El hombre con sentido social no espera que se presenten ocasiones extraordinarias para actuar. Todas las situaciones son importantes para él, pues repercuten en sus hermanos. Por eso cede espontáneamente el asiento en el tranvía; toma para sí el sitio más incómodo; no arroja los papeles en la calle; adivina el dolor que se oculta bajo los harapos y aún el que está todavía encubierto; simpatiza con el empleado condenado a sonreír perpetuamente y a quien incomoda lo menos posible; a pesar de su pobreza sabe encontrar medios para hacer la caridad... En cambio, quien no tiene sentido social actúa siguiendo la ley de su capricho, buscando siempre el menor esfuerzo aunque haya de molestar a los demás en los cuales no piensa. (...) Mientras los otros descansan él habla en voz alta; si pasa por una puerta la deja abierta; si suena el teléfono lo deja sonar hasta que otro vaya a atenderlo. Sus conversaciones son siempre de sí mismo, sin interesarse en las cosas de los demás.

La fe cristiana, desde su inicio, ha subrayado el carácter comunitario del ser humano. La creatura está hecha a imagen y semejanza de Dios. Ahora bien, la fe en un Dios Trinitario, un Dios comunidad, reconocido como el único Dios en Tres Personas (Padre, Hijo y Espíritu), significa que el ser humano está creado a imagen y semejanza de una comunidad. Por tanto, sólo en comunidad puede realizarse y profesar su fe. Esto explica la importancia de la Iglesia, como una comunidad de personas que desean ser discípulos de Jesús el Cristo, que, mediante el bautismo, asumen la misión de vivir y proclamar la Buena Noticia anunciada por Jesús el Cristo.

1 En Patricio Miranda (2004): *Moral Social: obra póstuma del Padre Alberto Hurtado*,
2 "Humanismo social" (1947): En *Padre Hurtado: Obras Completas* (2001): Tomo II,





La abolición del cuerpo en tiempos digitales

Camila Yáñez M.¹

“No tocar ya el cuerpo, o lo menos posible en todo caso, y eso para herir en él algo que no es el cuerpo mismo”.

(Michel Foucault)

El cuerpo humano ha sido castigado por el poder hace miles de años, con torturas, encierros, violaciones, hambre, enfermedades y demasiadas muertes. Este hecho es sabido en todas partes del mundo y, probablemente, muy poco cuestionado. La ley se volvió más abstracta con el pasar de los años, ya no se hablaba de castigar al cuerpo sino de castigar el alma. Para ese fin, la culpa ha sido un arma muy eficaz dentro de las instituciones familiares, educativas y religiosas

¿Qué dice nuestro cuerpo humano sobre nosotros como especie? Al estar sujetos al lenguaje, nuestra carne se ve atravesada por lo simbólico para que cada quien dé un significado particular al cuerpo que habita. Sin embargo, ese espacio que ocupa el cuerpo humano es compartido con otros, por lo cual nos vemos forzados a hacer una renuncia de un territorio considerado como propio, a cambio de la posibilidad de crear un vínculo con otro ser, que permita soportar la soledad inherente a la vida.

El coronavirus ataca el cuerpo, lo invade. El Estado lo aísla. ¿Por qué?

En el día a día son cientos los cuerpos que nos miran, nos hablan, nos escuchan, nos huelen, nos tocan. A través de esas experiencias (que en el humano son sensoriales y, además, están recubiertas de múltiples significados) compartimos con los otros una ráfaga de nuestro ser. Son esos momentos de intercambio los que de una u otra manera nos confirman nuestra existencia como cuerpos vivientes y deseantes. Es a través del contacto con los otros que el humano se hace un lugar físico y psíquico en el mundo.

¹ Investigadora del Grupo de Investigación multidisciplinaria: Sociedad, Psicoanálisis y Tecnología Digital, de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador – Quito.

La supuesta conexión que ofrecen las redes sociales y la inmediatez de los medios digitales generan una ruptura en el espacio y tiempo, como los hemos concebido hasta ahora. El mundo digital ofrece un espacio virtual que parecería estar atravesado por el tiempo de diferente manera, donde la imagen se conserva a pesar de la muerte del cuerpo. En esa existencia virtual, el intercambio deja de ser físico y pasa a ser imaginario, lo que la hace más soportable en apariencia, ya que no tiene las “fallencias” del cuerpo que duele, sufre, cambia, envejece y muere.

¿Pero por qué los estados aíslan los cuerpos? Foucault² menciona que en el siglo XVIII la ley castigaba a los ciudadanos mediante torturas en partes específicas del cuerpo; pero quizá lo más importante a resaltar es que, en esa época, las personas se reunían para observar dichas torturas y gozar de ellas, como una suerte de teatro. Con el paso del tiempo, estos espectáculos fueron cuestionados moralmente y el castigo se convirtió en algo oculto dentro del proceso penal. De esta manera, la ley se construía una imagen de no violencia.

El cuerpo humano ha sido castigado por el poder hace miles de años, con torturas, encierros, violaciones, hambre, enfermedades y demasiadas muertes. Este hecho es sabido en todas partes del mundo y, probablemente, muy poco cuestionado. La ley se volvió más abstracta con el pasar de los años, ya no se hablaba de castigar al cuerpo sino de castigar el alma. Para ese fin, la culpa ha sido un arma muy eficaz dentro de las instituciones familiares, educativas y religiosas.

Sin embargo, detrás de todo ese telón, los cuerpos han seguido siendo atacados. Sólo hay que fijarse en la cantidad de químicos nocivos que consumimos a diario en nuestras comidas, el aire contaminado que respiramos, la pérdida de visión progresiva por el excesivo uso de pantallas, la violencia visual y auditiva provocada por la publicidad, la sobrepoblación, el éxito de las farmacéuticas, la dependencia a los estupefacientes, etc.

Los cuerpos se convierten en un estorbo para las políticas actuales de control. El movimiento implica cambio, flujo, vitalidad. Si las personas se quedan en sus casas y dejan de formar colectividades, es más fácil controlarlas, más aún si tienen un dispositivo electrónico en mano. La historia que nos precede nos cuenta que ha sido la unión de personas la que forma la fuerza; sin embargo, en estos días los medios nos dicen que esa unión

es nociva y que hay que evitar el contacto a toda costa. La orden de quedarse en casa para salvar la vida no permite cuestionamiento alguno, pues el miedo a morir es predominante.

Entonces, el estado de aislamiento de millones de personas debido al COVID-19, aparece como un método de prevención frente a una emergencia sanitaria, que no sería una emergencia si los sistemas de salud estuviesen preparados y las tecnologías estuviesen destinadas para la supervivencia humana y no para su destrucción. De cualquier modo, esta situación nos pone de frente con uno de los actos más violentos que se pueda ejercer sobre un cuerpo humano: su silenciamiento.

No es la cuarentena como tal la que da cuenta de este hecho, sino el impacto que ésta comienza a ejercer a nivel psíquico y social. El panorama que se puede entrever es el que ya nos han ilustrado muchas obras cinematográficas, de un mundo en que los cuerpos están controlados por dispositivos digitales, es decir, utilizados como objetos y no como componente fundamental de la existencia real de un ser. Lo que deja ver la cuarentena es el resultado de años de manipulación mediática en la que se ha intentado convencer al ser humano de que es recomendable habitar un cuerpo sin dolor y pronto sin caducidad. En otras palabras, es mejor habitar un cuerpo no humano, inerte.

Lo que se repite, y que según Foucault ya había sido abandonado a finales del siglo XVIII, es el espectáculo del cuerpo, que ahora se manifiesta en el goce de mirar y ser mirado a través de las pantallas. Sigue siendo una fuente de atracción el mirar otros cuerpos torturados, desnudados, arrancados de su subjetividad, pero sin la responsabilidad que implica el ser un espectador presente.

La pandemia es una representación de la lucha del cuerpo contra un sistema que busca su abolición. El cuerpo que vive la cuarentena siente la fragilidad de su ser, experimenta con más cercanía la posibilidad de su muerte. Esta experiencia, aunque dolorosa, reafirma la vida, la recarga de significados. Si renunciamos a la posibilidad de experimentarnos vivos a través del cuerpo para volcarnos a una existencia imaginaria en lo digital, renunciamos también a lo real del amor, a ese tejido colectivo de seres que se encuentran para desencontrarse y así poder hallarse en la diferencia.

2 Foucault, Michel (1975): *Vigilar y Castigar: Nacimiento de la prisión*.

Matthew Ippel, S.J.¹

¿Por qué permanezco en mi misión en ÁFRICA durante LA PANDEMIA DEL COVID-19?



1 Jesuita en formación realizando su magisterio con JRS en Mabán, Sudán del Sur. Originalmente publicado en America Magazine el 14/05/20. Extraído de <https://www.americamagazine.org/faith/2020/05/14/why-i-have-not-left-my-jesuit-mission-africa-during-coronavirus-pandemic>

Cuando parecía que el nuevo coronavirus iba a llegar a Sudán del Sur, a fines de marzo nuestro personal nacional del Servicio Jesuita a Refugiados (JRS) recibió la orden de regresar a sus familias, mientras que el personal internacional regresaría a sus países de origen.

Ya que nuestros programas no implican actividades que salvan vidas (como atención a salud, alimentación, agua y saneamiento) la decisión de retirar el personal de nuestro proyecto fue prudente. La salud y la seguridad del personal fueron las prioridades. Volver a casa permitió a mis colegas cuidarse a sí mismos y a sus seres queridos en estos momentos de miedo e incertidumbre. Mientras que parte del personal nacional regresó a otras partes del país, el personal local permaneció con sus familias en Mabán. Y al igual que otro personal internacional, también me dirigiría a casa.

Pero sentí que tenía una responsabilidad diferente. ¿Me quedo acompañando a la gente? ¿O vuelvo a Estados Unidos y espero una fecha de regreso desconocida?

Surgió un deseo ardiente de permanecer con las personas que acompañé durante el último año, aunque ese deseo se combinó con un abismo de incógnitas. Volver a Estados Unidos se sintió extraño pero directo, juicioso pero inimaginable. Como jesuita me sentí llamado a estar físicamente presente, a seguir cumpliendo el mandato humanitario y evangélico de nuestra misión.

El noreste de Sudán del Sur es una de las partes más remotas y vulnerables del mundo. En JRS Mabán, acompañamos a 150.000 refugiados sudaneses de la región del Nilo Azul, repartidos en cuatro campamentos de refugiados y más de 70,000 sursudaneses, que están demasiado familiarizados con el desplazamiento forzado, habiendo sido refugiados en Etiopía algunas décadas antes. Llevamos a cabo actividades para jóvenes que están desarrollando sus capacidades como líderes, miembros preocupados de sus comunidades y seres humanos reflexivos. Ofrecemos un programa de rehabilitación para niños con discapacidades en uno de los campamentos de refugiados y realizamos visitas domiciliarias

a ancianos, personas con discapacidades y viudas. Colaboramos también con feligreses de la Iglesia Católica de San Marcos en Mabán. Hace dos años, dichos feligreses habían demostrado un coraje y cuidado extraordinario por la misión de JRS: cuando cientos de jóvenes locales tenían la intención de amotinarse una mañana contra las agencias humanitarias, los feligreses san marquenses se colocaron frente a nuestro local para reducir la intensidad de la situación.

Desde mediados de 2013, JRS ha estado trabajando en Mabán. El condado de Mabán es un tramo polvoriento y plano que limita con Sudán. La estación seca muestra temperaturas abrasadoras y cantidades increíbles de polvo que cubren cada superficie y se adhieren al sudor que gotea. Las carreteras de tierra permiten el acceso a las principales ciudades y los campamentos de refugiados, pero se vuelven más accidentadas en las zonas rurales. A pesar de las tierras fértiles de la región, la inseguridad alimentaria es una preocupación recurrente. Aunque la mayoría de las agencias humanitarias se encuentran junto a la pista de aterrizaje y al complejo de las ONU, desde su llegada JRS tiene su sede central cerca del mercado, en un terreno ofrecido por la parroquia católica. Si bien el complejo se parece a otras agencias humanitarias (una combinación de habitaciones de ocupación individual y múltiple, tiendas de campaña y chozas de barro con oficinas y un comedor), nuestra ubicación en la ciudad principal nos separa del enclave humanitario cerca de la pista de aterrizaje. De nuestro equipo de 60 miembros, solo un tercio vive dentro del complejo. Otros alquilan cabañas tradicionales alrededor del

Surgió un deseo ardiente de permanecer con las personas que acompañé durante el último año, aunque ese deseo se combinó con un abismo de incógnitas. Volver a Estados Unidos se sintió extraño pero directo, juicioso pero inimaginable. Como jesuita me sentí llamado a estar físicamente presente, a seguir cumpliendo el mandato humanitario y evangélico de nuestra misión.

En medio de la preocupación por nuestro equipo, la precariedad de lo que se ha estado desarrollando en nuestro mundo, la evacuación pendiente de algunos humanitarios y la permanencia perenne de muchos refugiados y sursudaneses, experimenté una paz profunda. Estuvo claro: la invitación de Dios para mí fue permanecer con los refugiados sudaneses y los sursudaneses. Y entonces opté aceptar esa invitación

mercado, mientras que los que son de Mabán viven en sus parcelas con sus familias y ganado.

Estaba en Juba disfrutando unos días de descanso cuando me notificaron la inminente evacuación. Había planeado regresar a Mabán después de mi descanso y esta noticia me tomó por sorpresa. Me preguntaba sobre todas las comunidades y personas que acompañamos. ¿Qué pasaría con nuestro programa de capacitación de maestros y todas nuestras actividades

de salud mental? De repente, una idea cruzó por la mente: ¿podría un pequeño equipo de nosotros quedarnos para llevar a cabo algunos de nuestros esfuerzos y, lo más importante, continuar nuestro ministerio de acompañamiento?

Surgieron muchas preguntas importantes. ¿Cuántas agencias humanitarias quedarán? ¿Qué pasará con el suministro de alimentos con el cierre de las fronteras? ¿Continuarán los viajes internos? ¿Por cuánto tiempo permaneceremos en Mabán? Cualquier decisión de quedarse en Sudán del Sur y en Mabán probablemente sería por meses considerando las incertidumbres de los viajes aéreos y el posible brote de COVID-19 en campos de refugiados densamente poblados.

En este momento, estábamos listos para irnos. Pero yo estaba inquieto. No tenía ni idea de lo que me esperaba realmente si me quedaba, pero irme también me asustó. ¿Y si no pudiera volver a Mabán? ¿Cómo compartiría mi gratitud por el cuidado y la amistad de innumerables refugiados y sursudaneses que se han convertido en mis amigos?

Como jesuita, tengo cierta libertad: no tengo las mismas obligaciones a un cónyuge e hijos que tienen mis colegas, lo cual me permitió estar disponible y abierto a permanecer en Mabán, especialmente en es-

tas circunstancias tan desafiantes y siempre cambiantes. Sería negligente decir que no pensé en mi propia familia. Afortunadamente, sin embargo, mis padres gozan de buena salud y toman precauciones diligentemente. Mi hermana y su familia también se mantienen seguras. Esto hizo más fácil considerar quedarme.

Entre llamadas telefónicas con nuestro director de proyecto en Mabán e intentando juntar mis pensamientos, encontré algo de tiempo y espacio para el silencio. Por la oración. En ese momento, un recuerdo entró en mi corazón, de mi retiro anual en agosto pasado: “Yo te invito a permanecer ... conmigo ... con la gente que te ha acogido y que tú has acogido”.

En medio de la preocupación por nuestro equipo, la precariedad de lo que se ha estado desarrollando en nuestro mundo, la evacuación pendiente de algunos humanitarios y la permanencia perenne de muchos refugiados y sursudaneses, experimenté una paz profunda. Estuvo claro: la invitación de Dios para mí fue permanecer con los refugiados sudaneses y los sursudaneses. Y entonces opté aceptar esa invitación.

Aunque mi propio deseo y, me atrevo a decir, el deseo de Dios de que me quedara parecía bastante claro, también estaba bajo la obediencia a un superior jesuita. No podría simplemente tomar una decisión así por mi cuenta. Necesitaba ser aprobado. Le escribí a mi superior jesuita, a más de 7.000 millas de distancia en Chicago, solicitando su permiso para permanecer en Mabán, acompañado por un jesuita de Kenia, Francis, que también quería quedarse con la gente en Mabán.

Después de decirle a mi superior y al Director Internacional de JRS sobre mi deseo de permanecer, acordaron que nuestra presencia sería importante. Importante no solo para los esfuerzos de prevención de pandemias, sino también para seguir acompañando a la gente. Este es el núcleo de la misión de JRS.

Francis y yo formamos una pequeña comunidad jesuita apoyándonos mutuamente y, al mismo tiempo, representando a nuestros colegas que son la columna vertebral de nuestra misión en Mabán. Aunque somos dos viviendo en el complejo ahora, algunos colegas locales y voluntarios refugiados han sido convocados de vuelta para sensibilizar información sobre COVID-19 a través de visitas domiciliarias a las más de 2.000 per-

sonas mayores y discapacitadas que acompañamos regularmente. Además, un puñado de colegas repartidos por todo el mundo respaldan nuestro trabajo de forma remota. Brindan apoyo logístico y programático, manteniendo líneas de comunicación abiertas y fluidas con otras organizaciones humanitarias y socios. Ha sido un consuelo y un estímulo contar con la atención y el apoyo de colegas y amigos de JRS. De una manera única, continuamos nuestra misión juntos.

Y aquí estamos, Francis y yo. Adaptamos. Celebramos la Eucaristía, no tan diferente de antes, ya sea bajo las estrellas o en una pequeña habitación de bloques de cemento que se ha convertido en nuestra capilla. Llevamos las oraciones e intenciones de personas cercanas y lejanas, y tenemos más tiempo para hablar sobre cómo nos hemos encontrado con Dios durante la semana. Los grandes encuentros parroquiales han cesado progresivamente a pedido del obispo y del gobierno. Sin embargo, nos reunimos en pequeños grupos para celebrar misas, rezar y compartir nuestra fe, lo cual está permitido por las autoridades locales.

Las celebraciones de Pascua fueron bastante simples, pero la fe y el compromiso fueron palpables entre los pocos que asistieron. Los domingos, Francis y yo viajamos a las “estaciones” parroquiales en las aldeas para celebrar la misa o un servicio de comunión. Las actividades educativas y psicosociales de JRS permanecen suspendidas, aunque nuestro pequeño equipo continúa acompañando a las comunidades en momentos de tanta incertidumbre y ansiedad, a través de visitas domiciliarias a los más vulnerables y de los grupos pequeños de discusión con jóvenes para generar formas creativas de implementar las medidas preventivas. Conectar virtualmente con mis compañeros jesuitas, amigos y familiares, así como estar arraigado en mi vida de oración, son fuentes de fortaleza y apoyo para mí.

Hasta el 13 de mayo, hay 203 casos confirmados de COVID-19 en Sudán del Sur. Y aunque la incertidumbre y la preocupación han recorrido más rápido que cualquier virus, los refugiados y los sursudaneses tienen la esperanza de que perseveremos durante la pandemia. Como dijo un amigo refugiado el otro día: “Parte de esa esperanza radica en la creencia de que si rezamos y creemos profundamente, Dios nos protege-

rá.” Otros piensan que Mabán está demasiado lejos, demasiado remoto para verse afectado por la pandemia. Otros sugieren que el calor matará cualquier virus. Tal vez sea una aspiración poca realista. Pero no lo creo. Creo que la gente aquí ha vivido lo peor que la humanidad tiene para ofrecer: guerras civiles, pobreza extrema, desplazamiento forzado, privados de servicios educativos y de salud adecuados. Para muchos, su fe les ha permitido no solo sobrevivir tiempos difíciles sino también imaginar y trabajar hacia un futuro más esperanzador.

La vida en Mabán es hermosa y desgarradora. Los rumores circulan como incendios forestales. El aumento de la retórica y las acciones contra los extranjeros han surgido en diferentes partes del país a la luz de los primeros cuatro casos confirmados de COVID-19, incluidos los rumores en las redes sociales de que los extranjeros trajeron deliberadamente la enfermedad al país. La paz tan esperada es frágil e impredecible, pero los sursudaneses quieren la paz más que nada. En los campamentos de refugiados, el distanciamiento físico es un desafío significativo. Las familias viven muy cerca unas de otras, con múltiples personas, incluidos muchos niños pequeños, que residen en el mismo hogar. El acceso inadecuado al agua, el jabón y las instalaciones sanitarias también complican el cumplimiento de ciertas medidas preventivas.

Es en esta realidad que mi corazón está abierto a la alegría, el asombro y la resistencia permanente de los refugiados sudaneses y los mabanenses locales. Y mi corazón se rompe al presenciar la pobreza deshumanizante, las estructuras sociales inadecuadas y el comportamiento violento también presente en Mabán. Cada día me siento íntimamente cerca de Cristo crucificado y resucitado. En medio de los mitos y rumores, instalaciones y recursos inadecuados, y los desafíos de la pobreza extrema y la violencia, los refugiados sudaneses y los sursudaneses, alimentados por su resiliencia, me dan esperanza en estos tiempos sin precedentes.

Hasta el 13 de mayo, hay 203 casos confirmados de COVID-19 en Sudán del Sur. Y aunque la incertidumbre y la preocupación han recorrido más rápido que cualquier virus, los refugiados y los sursudaneses tienen la esperanza de que perseveremos durante la pandemia

Es en esta realidad que mi corazón está abierto a la alegría, el asombro y la resistencia permanente de los refugiados sudaneses y los mabanese locales. Y mi corazón se rompe al presenciar la pobreza deshumanizante, las estructuras sociales inadecuadas y el comportamiento violento también presente en Mabán. Cada día me siento íntimamente cerca de Cristo crucificado y resucitado. En medio de los mitos y rumores, instalaciones y recursos inadecuados, y los desafíos de la pobreza extrema y la violencia, los refugiados sudaneses y los sursudaneses, alimentados por su resiliencia, me dan esperanza en estos tiempos sin precedentes.

Seguramente, las dudas e incógnitas crecieron cuando discerní y conversé con mis superiores de quedarme en Mabán. También lo hizo mi deseo de permanecer fiel a mi vocación. Mantener nuestra presencia ha permitido que JRS continúe su misión de acompañamiento, servicio y defensa para y con refugiados y personas desplazadas en Mabán. Al comienzo de cada semana, surgen nuevas oportunidades para sensibilizar e involucrar a las comunidades; las conversaciones están abriendo puertas a nuevas formas de conectarse con estudiantes de primaria de la escuela parroquial y maestros en formación de los campos de refugiados; y las visitas diarias con miembros vulnerables de la comunidad están marcadas con gratitud por nuestra presencia.

Agradezco el Espíritu por seguir invitándome persistentemente a una mayor apertura y disponibilidad para esta misión con JRS en Sudán del Sur. Así como los desafíos son grandes, también lo son las gracias. Aquí en Mabán, las gracias abundan y se desbordan.



LAS QUE CUIDAN DEBEN SER CUIDADAS

Una reflexión
situada sobre las
desigualdades
de género en el
contexto del
COVID- 19



57

Inés Aray¹

La pandemia del Coronavirus deja en evidencia los efectos devastadores de la desigualdad de género y el poco reconocimiento que ha recibido la dimensión del cuidado y servicio que prestan las mujeres a la familia, a la sociedad y a las instituciones. Precisamente, muchos de los planteamientos y soluciones válidas para hacerle frente a la pandemia han dependido de la presencia, capacidades y entrega de mujeres, quienes venciendo las brechas de género han creado espacios y oportunidades para un liderazgo previsor y centrado en el cuidado. Sin embargo, las mujeres siguen siendo las más pobres entre los pobres en el contexto de la región. Dicha condición de pobreza deriva en situaciones muy precarias para las mujeres, quienes cada vez tienen mayor dificultad para acceder a empleos dignos, participar de manera protagónica en la toma de decisiones y disponer de mejores condiciones para estar al frente de procesos tan importantes

como el cuidado de la salud, la enseñanza, la participación política, así como el debido discernimiento para asumir la propia vocación y rol dentro de la Iglesia y el cuerpo apostólico de la Compañía de Jesús. Vale decir que lo anterior aplica tanto al análisis de la situación y caracterización del problema a un nivel regional, como en el contexto específico de las mujeres venezolanas.

La pandemia ha venido a profundizar las desigualdades de género

Dicho de manera sencilla: las mujeres son el grupo más pobre entre los pobres de la Región, y subsiguientemente de Venezuela. Según estimaciones de la CEPAL, habrá una pérdida de ingresos del 5% en la población económicamente activa, lo que llevará a un aumento de tres puntos en los niveles de pobreza y a más de 107

¹ Responsable Centro Gumilla Monagas y Coordinadora Red de Acción Social de la Iglesia, Capítulo Monagas, Venezuela.

En el caso de Venezuela, la crisis humanitaria compleja revela que hay más de siete millones de personas en necesidad, de las cuales, por ahora, sólo podrán ser atendidas 2,6 millones de personas. De esta cantidad, el 54% son mujeres, es decir, más de 1,6 millones en condición de ayuda y asistencia humanitaria

millones de mujeres a condiciones realmente precarias. En el caso de Venezuela, la crisis humanitaria compleja revela que hay más de siete millones de personas en necesidad, de las cuales, por ahora, sólo podrán ser atendidas 2,6 millones de personas. De esta cantidad, el 54% son mujeres, es decir, más de 1,6 millones en condición de ayuda y asisten-

cia humanitaria¹.

La situación tiende a agravarse, porque el conjunto de los países de la región no cuenta con sistemas de salud e infraestructura social, política y económica que hagan frente a la situación de manera integral, eficiente y rápida. En efecto, en promedio los países latinoamericanos apenas han destinado un 21% del gasto público a asuntos relacionados con la salud y la prevención epidemiológica. Un dato complementario quizá ilustre esta realidad: en nuestros países sólo hay cobertura del 47% de camas de hospital por cada 100.000 habitantes (Fuente: CEPAL/ Base de Datos de Encuesta de Hogares).

Frente a este contexto se considera que sin un cuidado de las mujeres (las que cuidan), hay pocas posibilidades de superar la crisis generada por la pandemia. En otras palabras: superar la desigualdad de género es una muy buena estrategia para superar los efectos de la pandemia a corto, mediano y largo plazo.

Por qué la falta de cuidado y atención de las mujeres representa un problema para la sociedad y la Iglesia

Las mujeres son un actor clave de cualquier respuesta viable y factible de recuperación post-pandemia. Si no entendemos qué pasa y qué factores inciden en la desigualdad de género, no podremos proponer políticas públicas y acciones apostólicas coherentes con una lógica de reconstrucción y vuelta a una “nueva normalidad”. En razón de ello vale la pena explorar y explicar algunos asuntos.

1. Situación económica, social y laboral de las mujeres en el contexto de la pandemia²

Las mujeres que trabajan y reciben ingreso lo hacen en el sector informal, en sectores de baja productividad y sin acceso a beneficios sociales (más de 51,8% de las mujeres latinoamericanas encajan en esta descripción según la OXFAM). Todo ello, en un contexto que ya se encontraba en crisis y ahora empeora por los efectos económicos y sociales de la pandemia, como se indicó más arriba. Por su parte, las mujeres que trabajan en el sector formal corren el riesgo de perder su empleo como consecuencia de la contracción económica (se estima una reducción del 64% según la CEPAL), sumado a que no ganan lo mismo que los hombres pese a estar mejor preparadas (se calcula una brecha salarial entre hombres y mujeres de 19,5% según la CEPAL).

Es importante decir que una gran porción de las mujeres latinoamericanas realiza trabajo doméstico y de cuidado que no es reconocido, no es bien remunerado (en el caso del trabajo doméstico) y que se añade al resto de las obligaciones sin reconocimiento familiar, social, laboral y económico (el 11,4% de las mujeres de la región son empleadas domésticas y el 77,5% de ellas lo hacen de manera informal según la CEPAL). En muchos casos, estas

Las mujeres son un actor clave de cualquier respuesta viable y factible de recuperación post-pandemia. Si no entendemos qué pasa y qué factores inciden en la desigualdad de género, no podremos proponer políticas públicas y acciones apostólicas coherentes con una lógica de reconstrucción y vuelta a una “nueva normalidad”.

1 Plan de Respuesta Humanitaria-Venezuela, 2019. En https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/20190814%20HRP_VENEZUELA.pdf

2 Se toman fuentes de los aportes y datos recogidos por Rosa Cañete en la presentación “El coronavirus y las desigualdades de género” (04/2020), basada en los trabajos de CEPAL, OIT y Oxfam. En reunión virtual del Grupo de Mujeres de América Latina y el Caribe que trabajan el tema con apoyo de la CPAL. Extraída de <https://jesuitas.lat/attachments/article/1968/Presentaci%C3%B3n%20Coronavirus%20y%20g%C3%A9nero.pdf>

mujeres también viven en condiciones habitacionales precarias que no le permiten mantener dinámicas sanitarias mínimas de prevención (v.g: acceso a agua potable) y le complican, en términos de tiempo y esfuerzo, su actividad diaria de cuidado y trabajo doméstico (la OXFAM estima que el 21% de la población en cuarentena vive en sectores populares y marginales, donde las mujeres emplean en promedio entre 5 y 12 horas más que aquellas mujeres que no tienen necesidad de procurarse servicios básicos, como el conseguir agua potable y adquirir alimentos).

Otro asunto preocupante de esta realidad es que el confinamiento de las mujeres en los hogares por la cuarentena impuesta aumenta el riesgo de la violencia doméstica, por las tensiones familiares y el aislamiento que impide la denuncia y la atención de personas y autoridades competentes (al 2018 se registraron más de 3.250 feminicidios en la región). Sobre ello, en muchos casos brillan por su ausencia los protocolos de intervención, las campañas de información y sensibilización, así como canales efectivos de atención telefónica. Complementariamente al conflicto interno, la gran carga que comporta el cuidado de personas a cargo por muchas mujeres (hijos y adultos mayores) hace que las mujeres no puedan asumir un rol más protagónico y participativo en los asuntos públicos y comunitarios – aunque evidentemente desde el trabajo formativo y apostólico se puedan brindar ejemplos edificantes en la dirección contraria – (Fuente: OXFAM y Ciudadanía, 2018).

2. La presencia de las mujeres en áreas claves para hacerle frente a la pandemia

Un dato significativo es que la mayoría del personal médico y sanitario está compuesto de mujeres (un 78,5% del personal), no son bien remuneradas (ganan un 25% menos que los hombres en el sector salud) y corren un alto riesgo de contagio (por la falta de insumos); realizando a su vez trabajos de cuidado no reconocido social y económicamente, de manera silente y adicional en sus hogares y comunidades, a adultos mayores, enfermos y personas con discapacidad (el valor monetario de los cuidados brindados por mujeres en el hogar equivalen a más del 80% del valor de lo que efectivamente cuestan los servicios hospitalarios se-

gún la CEPAL). Por otra parte, algunos expertos como Cañete (2020) sugieren que las mujeres sustituyen la responsabilidad de los Estados cuando éstos no garantizan un sistema universal y de calidad para asumir la salud, máxime en este contexto de pandemia.

Bajo esta misma lógica, las mujeres también han sustituido al Estado y las instituciones educativas (bien como madre o profesoras), durante la pandemia, sin disponer de tecnologías, herramientas y apoyo pedagógico, en los procesos educativos de todos aquellos que están bajo su cuidado en edad escolar. En efecto, se estima que en América Latina hay más de 113 millones de niños, niñas y adolescentes, que deben ser acompañados las 24 horas por mujeres que, cuando se trata de lo educativo, muchas veces no disponen de los medios digitales, las herramientas, las capacidades y las tecnologías para responder a lo que las escuelas y los sistemas educativos presuponen que debe hacerse desde casa. Un dato significativo arroja que sólo el 52,2% de los hogares latinoamericanos cuentan con internet y un 44,7% disponen de computador. Complementariamente, del otro lado, es decir de aquellos que imparten educación bajo las modalidades disponibles y autorizadas por los Estados, más del 69,8% son mujeres, quienes también carecen de las capacidades en el uso de las tecnologías de la información y las comunicaciones necesarias para implementar la educación a distancia. Ello especialmente en contextos de educación pública y poblaciones escolares pertenecientes a sectores populares urbanos y rurales.

3. Liderazgo y corresponsabilidad de las mujeres frente a los desafíos de la pandemia

A pesar de los indicadores anteriores, sin embargo, queda en evidencia el compromiso y la profunda dimensión de cuidado desarrollado por las mujeres en las familias, las comunidades, las escuelas, los centros de atención de salud y en los centros de decisión a nivel

las mujeres también han sustituido al Estado y las instituciones educativas (bien como madre o profesoras), durante la pandemia, sin disponer de tecnologías, herramientas y apoyo pedagógico, en los procesos educativos de todos aquellos que están bajo su cuidado en edad escolar

global y local. Así por ejemplo, a nivel global, muchos analistas de la situación de la pandemia en el mundo han coincidido que, en los países donde se logró implementar maneras exitosas para contener la pandemia y atender a la población, el dato relevante es que son países liderados por mujeres (Dinamarca, Islandia, Finlandia, Alemania, Nueva Zelanda, Noruega, Taiwán), donde destaca la capacidad de tomar medidas a tiempo (tal como lo hicieron: Ángela Merkel, en Alemania, al identificar de manera temprana de los portadores del virus; Mette Frederiksen, en Dinamarca, cerrando las fronteras; y Jacinda Ardern, en Nueva Zelanda, al eliminar la curva en lugar de aplanarla); hablar con franqueza a la población de manera diferenciada (tal como lo hizo Erna Solbert, en Noruega, al hablarle directamente a los niños sobre el miedo al contagio, o la inusual pero celebrada intervención de, nuevamente, Ángela Merkel, llamando a la solidaridad y la disciplina de la población); ofrecer pruebas gratuitas (como lo hizo Katrín Jakobsdóttir, quien ofreció las pruebas necesarias para la detección de la enfermedad, así como sistemas para localizar a los contagiados, evitando cerrar escuelas); proveer de insumos y brindar la colaboración internacional (tal como lo hizo Sanna Marin, en Finlandia, al poner a disposición de los finlandeses los depósitos de abastecimiento de emergencia; o lo hizo Tsai Ing-wen, al suministrar mascarillas de calidad comprobada a Europa y Estados Unidos). Todo ello desde la sensatez, la capacidad de comunicación y solidaridad, en un contexto mundial de crisis, miedo y medidas erráticas, contradictorias e incluso contraproducentes en muchos otros países³.

Por su parte, a nivel más local y haciendo referencia al compromiso apostólico concreto, las redes de acción social de la Iglesia están integradas en su mayoría por mujeres (tanto religiosas como laicas), que de manera desinteresada han colaborado con servicios de voluntariado, atención parroquial, servicios de solidaridad, oración y criterios de organización en comunidades, entendiendo, quizá de manera práctica, que en estos tiempos de miedo, contrariamente a lo que se cree, no es el momento ni de los científicos ni de los economistas, sino de las personas con habilidades sociales para poder coordinar acciones en contextos donde hay con-

flictos de intereses. En este último aspecto, las mujeres han mostrado sabiduría y prudencia en el liderazgo requerido en este contexto de pandemia.

Un camino alternativo para asumir constructivamente la realidad del COVID-19 y las desigualdades de género, desde lo que podemos hacer como sociedad(es), Iglesia y cuerpo apostólico

En primer lugar, para la sociedad en general, resulta evidente la necesidad de políticas públicas y sociales centradas en el cuidado de la mujer, así como la generación de acciones que rompan la desigualdad de género de manera integral. En esta dirección resulta válido tomar como referencia los planteamientos de las Naciones Unidas y la visibilización de las acciones adelantadas por los gobiernos. Como horizonte o punto de llegada y como línea de base o punto de partida respectivamente.

Así por ejemplo, la ONU propone un itinerario de 5 puntos⁴: 1) asegurar las necesidades médicas y atención de las enfermedades; 2) asegurar servicios dedicados a las víctimas de violencia doméstica; 3) medidas de estímulo y protección social que asuman las circunstancias especiales de las mujeres y sus lógicas de economía asistencial; 4) la inclusión de las mujeres en la toma de decisiones, para dar respuesta a la recuperación post-pandemia; 5) prestar atención a lo que ocurre en los hogares e incentivar el trabajo compartido de cuidado entre mujeres y hombres. Vale decir que todo ello, de una manera u otra, se ha venido haciendo desde los gobiernos, los cuales han adelantado acciones centradas en la prevención de la violencia, concientización de cara a la corresponsabilidad de los hombres en el hogar, así como medidas de protección e incentivos para la participación pública de las mujeres que pueden ser beneficiosas para toda la sociedad. Ahora bien, tanto el horizonte como las iniciativas emprendidas tendrán consistencia en la medida que se implementen políticas contra-cíclicas sensibles a las desigualdades de género; y se promueva la multiplicación e impulso de una economía del cuidado a partir de sistemas más flexibles, que asuman en serio la perspectiva de género, la intersectorialidad y la interculturalidad, desde un

3 En este sentido resulta iluminador el artículo publicado por la BBC News (16/04/2020) "Coronavirus: siete mujeres que están al frente de alguno de los países que mejor están gestionando la pandemia". En <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52295181>

4 Cfr. Departamento de Comunicación Global de la ONU (2020): "Igualdad de género en tiempos de COVID-19". Extraído de <https://www.un.org/es/coronavirus/articles/igualdad-genero-covid-19>

las redes de acción social de la Iglesia están integradas en su mayoría por mujeres (tanto religiosas como laicas), que de manera desinteresada han colaborado con servicios de voluntariado, atención parroquial, servicios de solidaridad, oración y criterios de organización en comunidades, entendiendo, quizá de manera práctica, que en estos tiempos de miedo, contrariamente a lo que se cree, no es el momento ni de los científicos ni de los economistas, sino de las personas con habilidades sociales para poder coordinar acciones en contextos donde hay conflictos de intereses. En este último aspecto, las mujeres han mostrado sabiduría y prudencia en el liderazgo requerido en este contexto de pandemia





respeto por los derechos de la mujer como expresión de los derechos humanos, en clave de corresponsabilidad (Razavi, 2007, citado en OXFAM, 2018).

Finalmente, y no menos importante, desde una perspectiva eclesial e ignaciana, tanto la Iglesia como la Compañía de Jesús están invitadas a generar alternativas válidas en la línea de “las que cuidan deben ser cuidadas”, haciendo realidad lo propuesto desde las nuevas estructuras de la Iglesia y las preferencias apostólicas universales, especialmente la opción por acompañar a los más pobres y vulnerables. En efecto, a nivel de las obras de la Iglesia y de la Compañía de Jesús resulta importante brindar protección a quienes de manera significativa y anónima han protegido a los más vulnerables dentro y fuera de los hogares. En este sentido, el reto común es y sigue siendo cómo cuidar a aquellas que cuidan a otros. Una manera de comenzar a hacerlo empieza por empoderar a las propias mujeres a través de la formación y el acompañamiento.

Precisamente, la formación para el empoderamiento de las mujeres para la participación en políticas públicas, la organización social-comunitaria y la vivencia

de una interioridad centrada en el cuidado, el servicio y la compasión debería ser algo específico, que contribuya no sólo a analizar la situación de las desigualdades de género sino a abordarlas y de manera rápida, empezando por lo pequeño pero pensando en grande, en un contexto de pandemia y de crisis sistémica como el que enfrentan los países de la Región. De manera específica ello comporta un conjunto de opciones potenciales: promover la formación y el acompañamiento del liderazgo de las mujeres en políticas públicas y en la organización social y comunitaria; y establecer alianzas, canales institucionales y redes de solidaridad para aquellas mujeres vinculadas a la Iglesia y la Compañía.

Para lograr lo arriba planteado, quizá resulte útil recomendar, por un parte, crear espacios de discernimiento a lo interno del cuerpo apostólico sobre el tema del cuidado de la persona desde la perspectiva de género; así como propiciar, generar, diseñar y llevar a cabo iniciativas de formación, a corto, mediano y largo plazo, para el empoderamiento de las mujeres.

RETOMAR la vida después de la pandemia



Eva Boyle Bianchi¹

En el Perú y en diferentes países se han tenido diferentes enfermedades colectivas, algunas calificadas como pandemias. En los siglos XX y XXI se dieron, entre otras: la gripe española, la gripe asiática, la gripe porcina AH1N1 y en estos tiempos el COVID-19. Lo inusual es que tengamos en cuarentena a millones de personas en situación de confinamiento obligatorio y distanciamiento social. La experiencia que vivimos no se compara a ninguna otra experimentada en el mundo.

Debido a esta situación y a la necesidad de reflexionar sobre ello con los estudiantes del curso “Ética y Ciudadanía” leí una entrevista realizada al P. Arturo Sosa S.J., Superior General de la Compañía de Jesús, sobre la situación de pandemia que vivimos. En ella, se resaltaba una de sus frases: “Estamos llamados a echarnos al hombro las estructuras mundiales enfermas para curarlas”².

Si partimos de afirmar que existe una enfermedad más grande que el COVID-19, que nos enfrenta con una realidad que vivimos todos los días, debemos considerar que ésta es una oportunidad para poder trabajar con mayor vigor e implementar la cura a esa otra pandemia, cuyos síntomas son el hambre, el desempleo, la miseria, la injusticia. En palabras de Juan José Tamayo:

Empiezo por una primera constatación: vivimos en un mundo donde impera la injusticia estructural, avanza a pasos agigantados la desigualdad y hay una pérdida de la compasión. Los progresos tecnológicos no se corresponden con el progreso en los valores morales de solidaridad, fraternidad-sororidad, justicia, igualdad y libertad, como tampoco el crecimiento económico con la eliminación de la pobreza. Todo lo contrario: a mayor progreso tecnológico y crecimiento económico, menor solidaridad y compasión, justicia e igualdad³.

Si partimos de afirmar que existe una enfermedad más grande que el COVID-19, que nos enfrenta con una realidad que vivimos todos los días, debemos considerar que ésta es una oportunidad para poder trabajar con mayor vigor e implementar la cura a esa otra pandemia, cuyos síntomas son el hambre, el desempleo, la miseria, la injusticia.

¹ Profesora de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima-Perú

² Pérez, J.S. (19/04/2020): Entrevista al P. Arturo Sosa S.J.: «Estamos llamados a echarnos al hombro las estructuras mundiales enfermas para curarlas», publicada en la Revista SIC. Extraída de <http://revistasic.gumilla.org/2020/arturo-sosa-s-j-estamos-llamados-a-echarnos-al-hombro-las-estructuras-mundiales-enfermas-para-curarlas/>

³ Tamayo J. J. (12/04/2020): “La compasión en un mundo desigual y en tiempos de pandemia”. En COVID19, N° 3. Editorial: MA-Editores. p.62. Extraído de <https://boosco.org/www/download/teologos-reflexionando-3-sobre-el-covid19/>

Afrontar estas dos pandemias no le compete exclusivamente al gobierno, sino que también abarca la forma en que las personas nos comportamos y actuamos ante ellas. Las decisiones que se toman afectan a la población, así como la respuesta que se da a ellas, afecta a todos. Hay determinaciones que alteran la vida cotidiana de muchas personas: el no poder trabajar, ni pagar, por ejemplo, la educación de los hijos y tener que suspender su educación o cambiarlos de una institución educativa privada a pública



Se podría decir que millones de personas se encuentran indefensos ante esta realidad, que hace recordar nuestra fragilidad frente a circunstancias tan adversas, como afirma José Antonio Pagola: “El sistema que dirige el mundo en estos momentos es inhumano: conduce a una minoría de privilegiados a un bienestar insensato y deshumanizador, y arruina la vida de inmensas mayorías de seres humanos indefensos”⁴.

Afrontar estas dos pandemias no le compete exclusivamente al gobierno, sino que también abarca la forma en que las personas nos comportamos y actuamos ante ellas. Las decisiones que se toman afectan a la población, así como la respuesta que se da a ellas, afecta a todos. Hay determinaciones que alteran la vida cotidiana de muchas personas: el no poder trabajar, ni pagar, por ejemplo, la educación de los hijos y tener que suspender su educación o cambiarlos de una institución educativa privada a pública.

En el Perú, se percibe que las prioridades han cambiado. Ahora importa que haya más atención médica, camas en los hospitales, respiradores mecánicos, medicinas, pruebas rápidas o moleculares. Ahora, nos da-

mos cuenta que quienes trabajan atendiendo la salud de las personas prestan un servicio invaluable y que si nos hemos quejado en el pasado es porque no nos hemos dado cuenta de su situación, de la carencia de recursos, de los horarios que tenían y que merecen un mejor trato ahora y en el futuro. Por lo pronto, la respuesta a sus demandas ha sido destinar recursos para aquello que antes no se tenía: bonos extraordinarios para los que están en situación de riesgo; compras de insumos, de materiales, reparación de máquinas que estaban abandonadas en los hospitales.

De igual manera, los padres de familia, los estudiantes, los docentes, así como los que trabajan en este sector, están preocupados por no perder el año escolar. Por ello se ha escogido la educación no presencial. Debido a la inmovilización social se está descubriendo que se puede seguir educando y que la tecnología nos permite enseñar y

puedo decir que este virus nos enseña muchas cosas que obviamos como sociedad. Expone muchos problemas que salieron de nuestro campo de visión por mucho tiempo. Nos hace recordar la olvidada cooperación entre hermanos. Tal vez el COVID-19 sea muy letal, pero también hace volver a la vida ciertos valores morales con el prójimo y nuestro medio ambiente. Nos hace ser de un modo “más humanos”

4 Pagola J. A. (12/04/2020): “Aprender del coronavirus a ser más humanos”. En COVID19, N° 3. Editorial: MA-Editores. p.48. Extraído de <https://boosco.org/www/download/teologos-reflexionando-3-sobre-el-covid19/>

alcanzar determinados objetivos sin que haya presencia física.

Ante esta situación el P. Arturo Sosa S.J. nos plantea los diferentes aspectos que tenemos que profundizar dando respuestas hacia el futuro: “Nos descubre de un modo inesperado cómo vivimos, cómo hemos organizado nuestra convivencia, cuáles han sido las motivaciones reales para decisiones tomadas en el pasado que hacen más difícil afrontar con éxito una crisis como la que desata una pandemia”⁵. Hay que repensar nuestras prioridades, en qué pondremos nuestros esfuerzos. Aprovechar estos momentos para ver cómo cabría retomar nuestro enfoque sobre el sufrimiento de las personas y cómo resolverlos. Nos dice Bernet-Strahm:

Incluso más que pensando o rezando, se puede experimentar la cercanía de Dios cuando alguien hace el bien, en el compromiso con los demás por su vida, su libertad y su mayor desarrollo personal. La cercanía de Dios puede experimentarse principalmente cuando se da comida a los hambrientos y se da justicia y liberación a los desfavorecidos⁶.

Es muy posible que en el futuro haya cambios. Lorena Zacarías, estudiante del curso Ética y ciudadanía, escribió sobre esta mirada hacia el futuro:

El Covid-19 es una pandemia letal, eso sin duda. (...) Nos da un mensaje de sensibilidad, que claramente “*el trabajo en equipo*” es lo que hará que salgamos de esta crisis y todos juntos, como país. También nos hace reflexionar acerca del daño que ocasionamos a nuestro medio ambiente. Nos demostró que no convivimos en armonía con otros ecosistemas, sino que los contaminamos y explotamos. Es por ello que cuando nuestra presencia desapareció de las playas, calles, parques, “*la vida pareció volver*”.

Finalmente, puedo decir que este virus nos enseña muchas cosas que obviamos como sociedad. Expone muchos problemas que salieron de nuestro campo de visión por mucho tiempo. Nos hace recordar la olvidada cooperación entre hermanos. Tal vez el COVID-19 sea muy letal, pero también hace volver a la vida cier-

tos valores morales con el prójimo y nuestro medio ambiente. Nos hace ser de un modo “más humanos”.



⁵ En Pérez, J.S. (19/04/2020): Entrevista al P. Arturo Sosa S.J. Op. Cit.

⁶ Bernet-Strahm, T. (12/04/2020): “Diez observaciones sobre la actual pandemia”. En COVID19, N° 3. Editorial: MA-Editores. p.26. Extraído de <https://boosco.org/www/download/teologos-reflexionando-3-sobre-el-covid19/>

aurora

